Jean Craighead George

los GATOS de la Estación de Roxville

DEDICATORIA

Libro original: "The cats of roxville station" por Jean Craighead Georde

Arte del libro: Tom Pohrt

Traducción: Archelogy

*Edición de portada: _Lex_Is_Dumb_*

Última actualización: 05/05/2024

Link para más traducciones:

https://sites.google.com/view/tradulibr/inicio?authuser=0

Acá puedes buscar todas mis redes sociales

https://linktr.ee/archelogy

puedes encontrar la cuenta de Lex aquí

https://linktr.ee/_lex_is_dumb_

Jean Craighead George

The CATS of Roxville Station

ILLUSTRATED BY TOM POHRT

Dutton Children's Books

CONTENIDO

DEDICATORIA…….. 2

MAPA……. 6

CAPÍTULO 1……... 8

CAPÍTULO 2……... 17

CAPÍTULO 3……... 23

CAPÍTULO 4……... 32

CAPÍTULO 5……... 36

CAPÍTULO 6……... 41

CAPÍTULO 7……... 48

CAPÍTULO 8……... 54

CAPÍTULO 9……... 59

CAPÍTULO 10……. 65

CAPÍTULO 11……. 67

CAPÍTULO 12……. 72

CAPÍTULO 13……. 81

CAPÍTULO 14……. 89

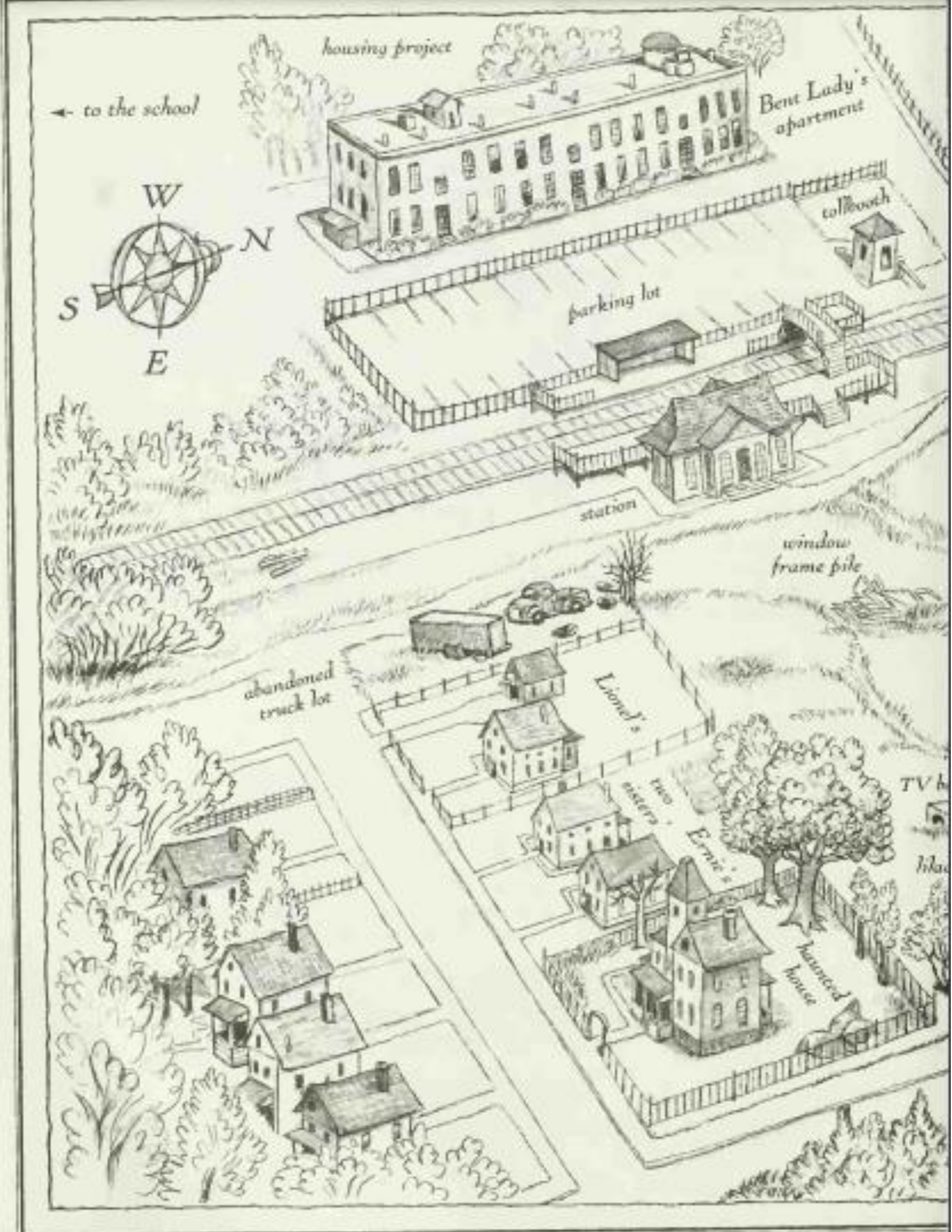
CAPÍTULO 15……. 93

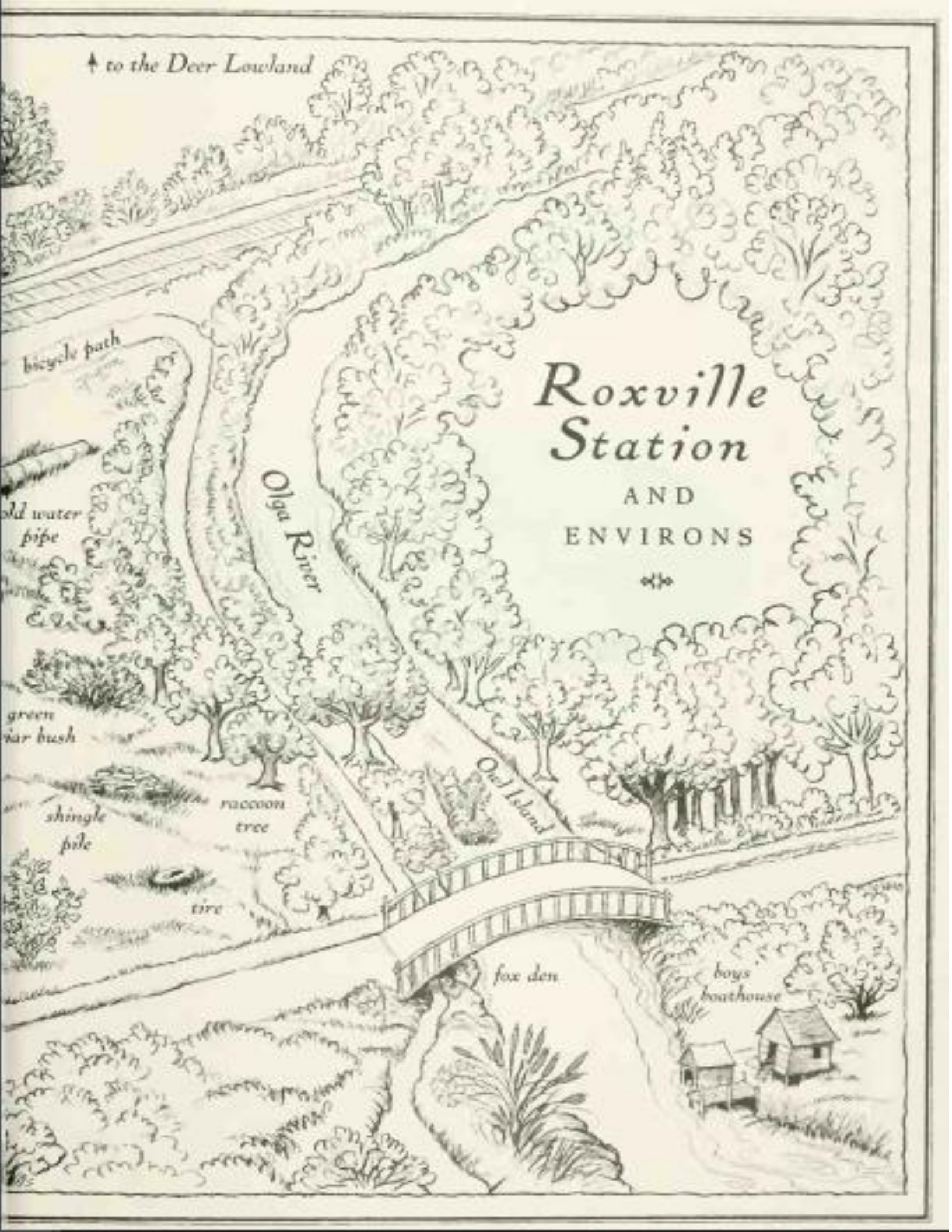
CAPÍTULO 16……. 101

¿Por qué este libro? ……. 107

A Florence y Wendell

J.C.G.


housing project
← to the school
Bent Lady's apartment
W
N
S
E
tollbooth
parking lot
station
window frame pile
abandoned truck lot
Lionel's
Ernie's
haunted house


to the Deer Lowland
bicycle path
Roxville Station
AND
ENVIRONS
Olga River
old water pipe
green bush
shingle pile
raccoon tree
Owl Island
tire
fox den
boys boathouse

Capítulo 1

Una mujer con un abrigo de piel tiró a un gato peleón y ciceante por un puente, volvió a su coche y se adentró en la noche.

Rachet el gato chapoteó en el río.

Sintió la humedad y, odiándola, alargó la mano para arañar a su enemigo. Su pata golpeó un palo, lo rastrilló para agarrarlo mejor y empezó a nadar.

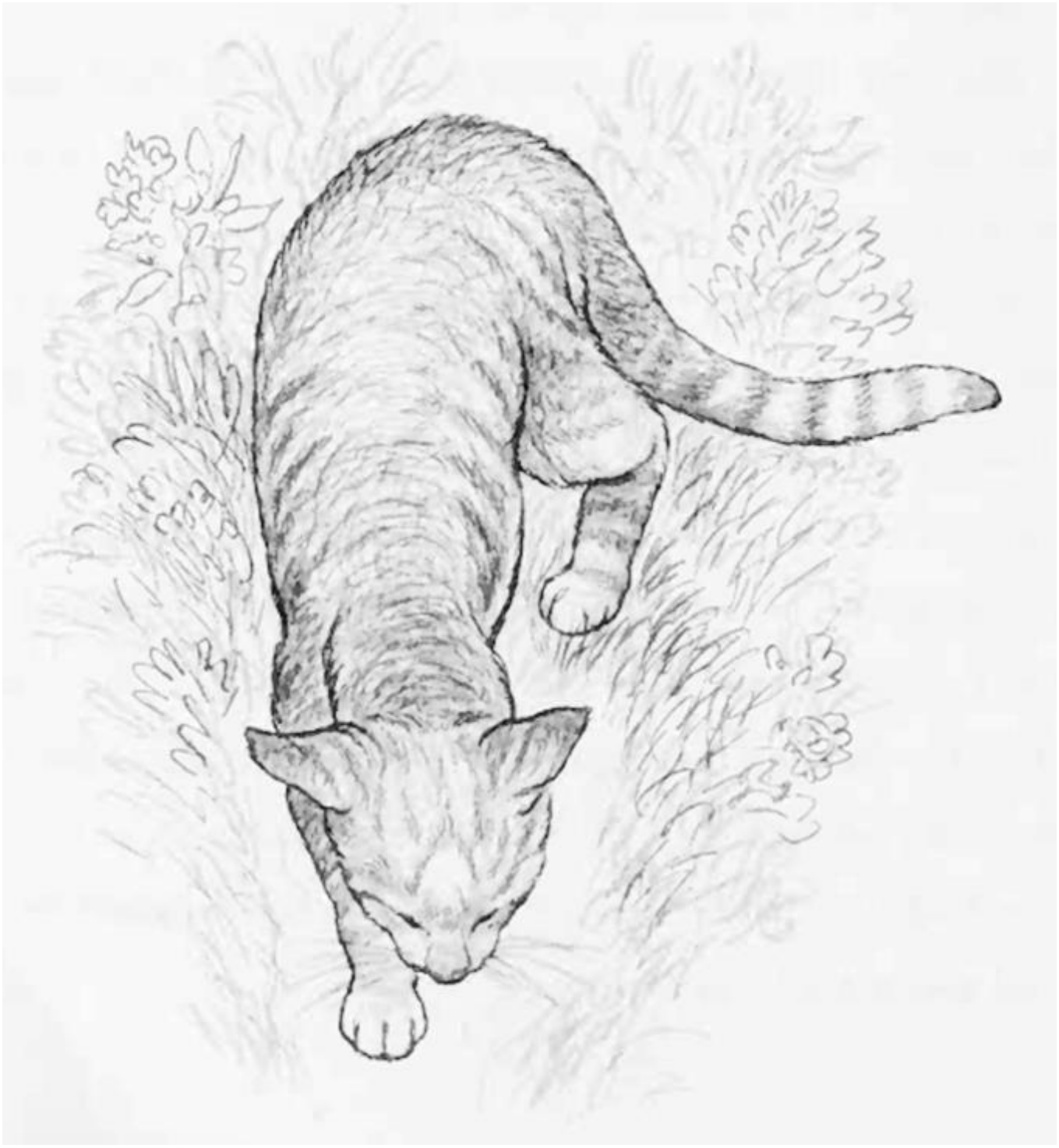
Un remolino la atrapó, la llevó hacia la orilla hasta que sintió piedras bajo sus pies y salió corriendo.

sintió piedras bajo sus pies y salió corriendo del agua. Sacudiendo sus patas, se metió en un bosque que bordeaba el río. Cuando estuvo fuera de la vista del puente se detuvo, se sacudió y lamió frenéticamente el agua de su tigre empapado.

agua de su empapado pelaje a rayas de tigre. Con la pata delantera se limpió las orejas y luego la cara y los bigotes. la cara y los bigotes. El moratón en las costillas donde la

había pateado ayer, se había aliviado con él y ya no le dolía.

Cuando estaba casi seca, se adentró en el bosque nocturno. Rachet, como todos los gatos, se orientaba en la oscuridad gracias a las varillas de sus ojos, que podían captar la luz más tenue, incluso la de las estrellas, y convertir la noche en día. Oliendo la sequedad, corrió hacia las hojas caídas bajo un roble y se revolcó frenéticamente en ellas. Luego, temblando de soledad y miedo, maulló con su voz de bebé para llamar a su madre. No obtuvo respuesta. Su mundo había cambiado.



Con sus bigotes tanteando obstáculos y su nariz olfateando seres vivos, caminó cautelosamente por un sendero bien pisado. El camino tenía el olor del zorro rojo, Shifty, pero siendo joven e inexperta, Rachet no sabía que los zorros rojos cazaban gatos. Así que siguió su camino hasta el borde del bosque. Allí se detuvo para buscar y evitar a la gente.

Los que conocía la pateaban, la cogían por la cola a rayas naranjas o la encerraban en un armario sin comida ni agua cuando se iban varios días. Había sido un juguete para los niños. Ahora, con el verano terminado y los niños de vuelta al colegio, la señora la había tirado al río, con la esperanza de que se ahogara.

Pero Rachet era una gata. Había sobrevivido a las patadas y a los armarios y sobreviviría a esto. Con los pies preparados para correr al ver a un humano, estudió las escenas que se le presentaban. Un campo cubierto de hierbas, vara de oro, algodoncillo y ambrosía cubría los dos acres de tierra de labranza abandonada que había frente a ella. Estaba sembrado de papeles y trastos desechados. El campo terminaba en la estación de ferrocarril de Roxville, ahora bajo la luna creciente. Unas cuantas personas esperaban en un andén a que los trenes diésel que soplaban y silbaban les llevaran a la ciudad. La gente olía a acre.

Al otro lado de las vías de la estación había un aparcamiento y, más allá, un proyecto de viviendas y algunos comercios. A su izquierda había una carretera y una acera.

Frente a ella, varios camiones con olor a aceite estaban aparcados en un solar abandonado. Al otro lado del campo, junto a los camiones, se veían las traseras de casas modestas. En la esquina había una gran casa victoriana descuidada y destartalada. Detrás de ella fluía el río Olga, del que acababa de salir nadando.

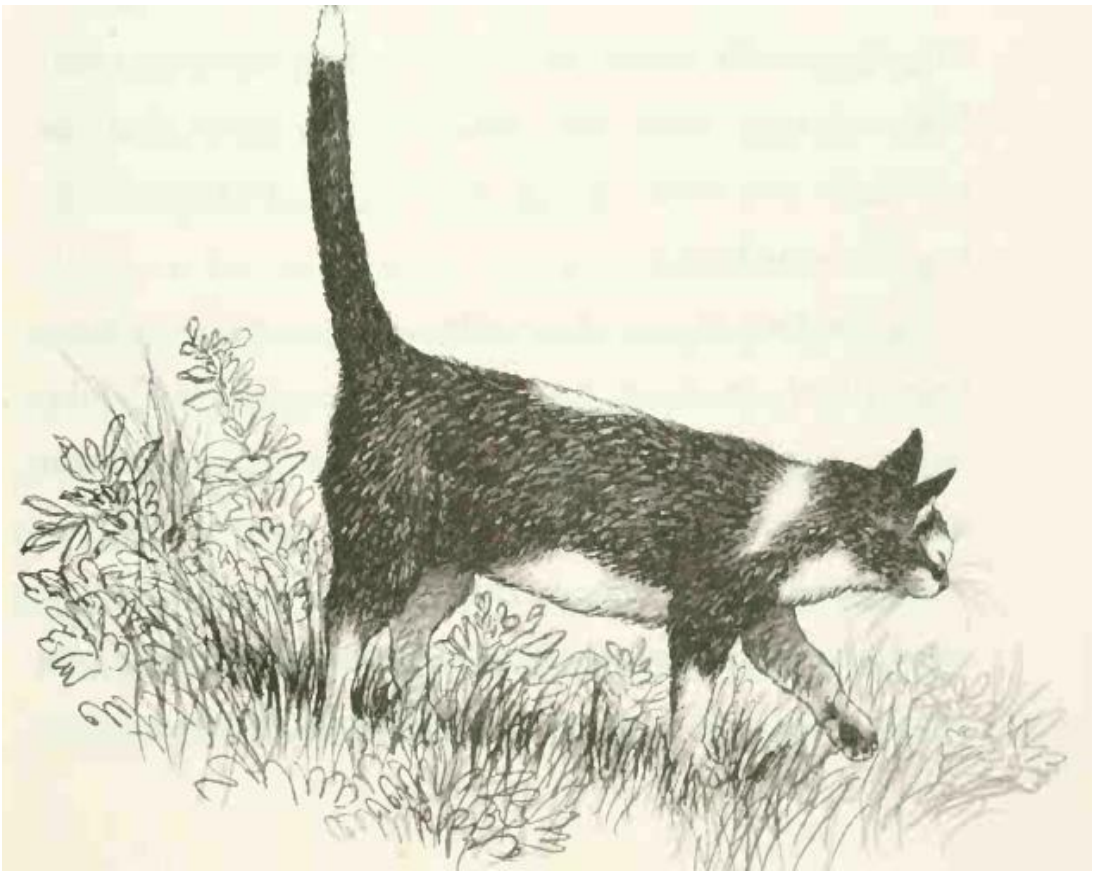
Rachet se quedó quieta para orientarse, utilizando su extraordinario sonar felino. Cerca había ardillas listadas, un mapache en un árbol y, más lejos, algunas personas caminando por la acera.

De repente, percibió a dos gatas cazando en el campo y a un gato, Volton, bajo el puente del río Olga, río abajo. Los evitaría, especialmente a esas dos gatas. Los gatos debían mantenerse a una distancia respetable según las antiguas leyes del gato doméstico solitario.

Con el cuerpo pegado al suelo y los bigotes blancos y almidonados hacia fuera, se escabulló de las gatas, despacio al principio, para no llamar su atención, y luego cada vez más deprisa.

Una de ellas la vio: Queenella, llamada así por la gente que esperaba los trenes en la estación porque caminaba con la cabeza y la cola levantadas y parecía reinar sobre las demás gatas.

Queenella se acercó a Rachet, caminando con elegancia por el sendero de Queenella, su propia autopista entre la hierba. Rachet arqueó la espalda. Su pelaje de tigre se levantó para parecer más grande y, por tanto, más amenazadora de lo que era.



Queenella observó al pequeño gato tigre hinchado, primero con ese ojo en una mancha negra de pelaje y luego con el otro en una mancha blanca. Tenía agujeros en las orejas que indicaban peleas con ratas feroces y una cicatriz en la nariz que indicaba un encuentro con Windy, la lechuza común. Pudo ver que el gato extraño estaba marcado con rayas. Los gatos no ven colores, sólo tonos grises, pero los grises son coloridos para ellos.

Las pupilas negras de Queenella casi llenaron sus iris amarillos, expresando ira. Se agachó y miró hacia otro lado, inclinando ligeramente la cabeza. Ese movimiento de cabeza advirtió a Rachet que estaba en la propiedad de Queenella y que ella, Queenella, lucharía por ella. A través de sus bigotes, nariz, orejas y ojos, Rachet supo que la gran gata blanca y negra, Queenella, era la de mayor rango, la jefa.

Rachet retrocedió. Queenella se acercó, moviendo la cola y ladeando la cabeza, observándola. Rachet conocía el lenguaje "bélico" de los gatos, aunque nunca lo había visto en sus seis meses de vida. Había nacido en ella.

Asustada, saltó del rastro del zorro a la ambrosía, se escabulló detrás de una vara de oro amarillenta y miró fijamente a Queenella, que se dio la vuelta tranquilamente y se alejó. La batalla había terminado. Queenella había ganado. Rachet, la intrusa, estaba fuera de su territorio.

Asustada, Rachet se metió en un neumático de coche abandonado y, con el corazón acelerado, se quedó quieta hasta que desapareció su olor a miedo. El olor a miedo era fuerte y se lo llevó el viento a Queenella, que siseó placenteramente. Había infundido respeto a este joven que intentaba unirse al orgulloso grupo de gatos callejeros e independientes de la estación de Roxville. Queenella trotó hasta la descuidada casa victoriana, conocida como la "casa encantada" por la gente del bloque, se dejó caer por el hueco de una ventana y entró en el sótano a través de un cristal roto.

Rachet se echó la siesta para recuperar los nervios. Su nuevo entorno no era tan amenazador como otro gato, ni siquiera los ruidosos coches y la gente.

Cuando por fin abrió sus grandes ojos verdes, vio que el neumático estaba desgarrado y que había crecido hierba por los agujeros. Eso era bueno. Arañó un poco de hierba muerta hasta formar un montón, le dio forma de nido con su cuerpo y se acurrucó. Ahora, caliente y bien escondida dentro del neumático, volvió a dormir, esta vez profundamente. Cuando se despertó, el sol despuntaba entre nubes grises. Volvió a lamerse para deshacerse del último olor de la señora del abrigo de piel y pensó en la comida.

Una brizna de hierba se agitó justo fuera del neumático. Rachet, instintivamente, puso los pies debajo de ella y estudió la hierba a través de la rotura del neumático. Temblaba, algo vivo. Su hambre le dijo que era un ratón.

Movió la cola, levantó el trasero, bajó el pecho y se abalanzó, abriendo las garras y falló.

El ratón huyó. Se escabulló por su rastro y se metió debajo de una lata de refresco. Rachet corrió tras él, pero sólo hasta cierto punto. Se sentó detrás de una mata de hierba y esperó, inmóvil, a que el ratón saliera y volviera a casa.

El suelo tembló y un tren entró rugiendo en la estación. Ella se quedó quieta y escuchó. Instantes después, la voz de un hombre gritó —¡Todos a bordo!. —El ratón aprovechó el sonido y se escabulló a su nido en el suelo.

Con su desaparición, Rachet sintió mucha hambre. Olfateó. Pero no olía a ratón. Olió a más gatos cruzando el descampado.

Queenella fue la primera. Detrás de ella, corriendo distancias cortas y deteniéndose después, llegó Cubitera, un gato blanco pero sucio. A continuación llegó Flea Mercados. Su pelaje marrón estaba enmarañado por las pulgas. Una pequeña calicó, Elizabeth, llegó escabulléndose desde el descampado. Se arrastraba con delicadeza y timidez. Luego llegaron las hermanas Tatters y Tachometer. Salieron corriendo de debajo de la vieja cabina de peaje, a la entrada del aparcamiento de la estación, donde encontraron su primer hogar tras la instalación de los parquímetros y el abandono de la cabina. Todos los gatos buscan un primer hogar, el lugar al que vuelven una y otra vez, ya sea una almohada junto al fuego, un rincón del sofá o un lugar protegido en la naturaleza. No se trata necesariamente de un lugar permanente, ya que un gato cambiará de hogar en función del suministro de alimentos, el estado de ánimo y los acontecimientos. A veces, uno cambiará de Primera Casa sólo por un capricho gatuno.

Todos los gatos caminaban hacia la estación de tren. Sus despertadores internos les decían que eran las 6:45 de la mañana, la hora en que la Señora Doblada sacaba latas de comida para gatos junto al andén de la estación. Todos los días acudía allí para alimentar a los gatos de la estación de Roxville. Le caían mejor que los vecinos, que apenas le dirigían la palabra. A los gatos también les caía bien. Maullaban y la saludaban chocando la frente contra sus pantalones.

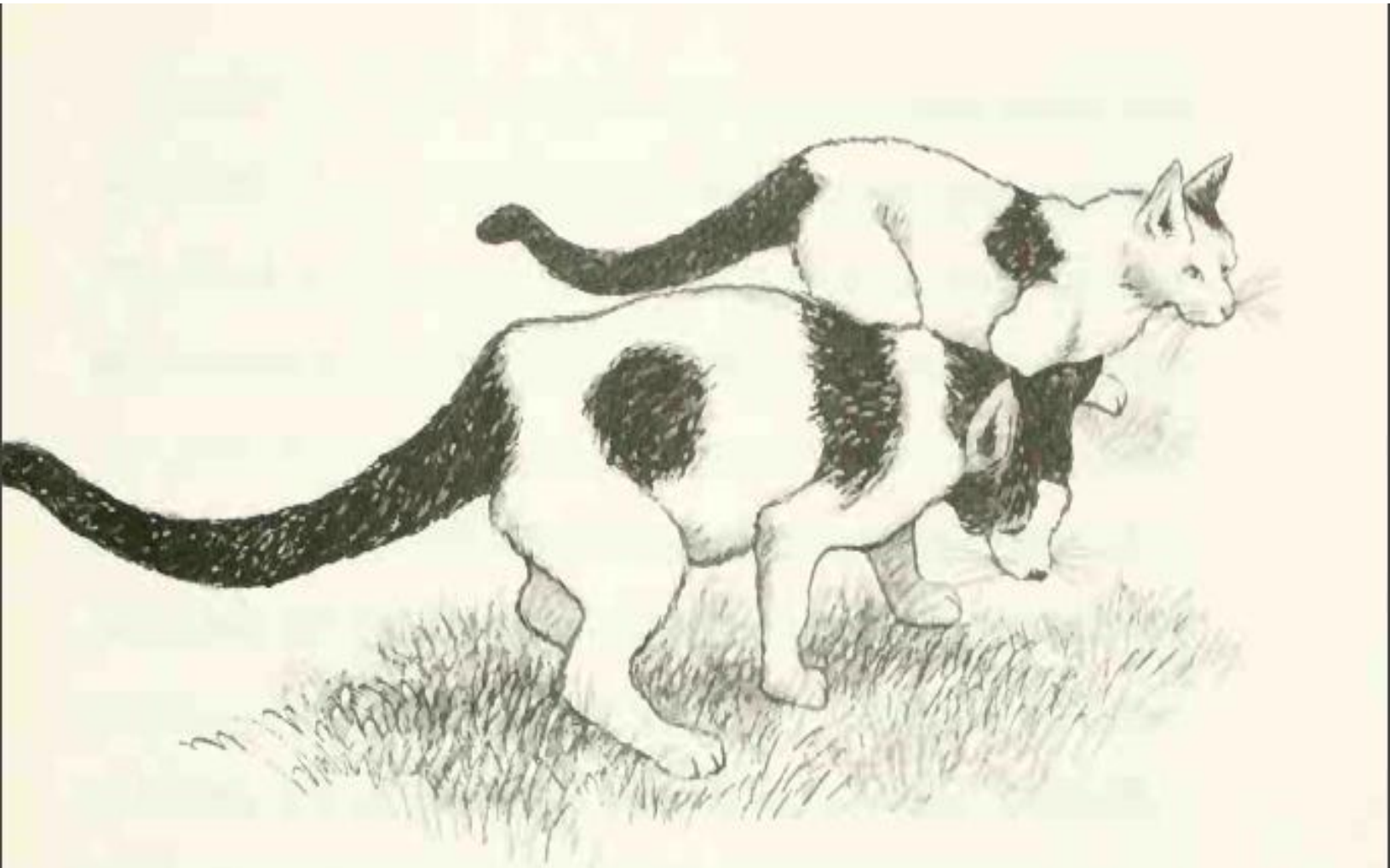
Rachet olió la comida, el tipo de comida de lata que a veces le daban. Su aroma le despertó el hambre, y el hambre la impulsó a seguir adelante. Con valentía, se unió a los gatos en su camino hacia el puesto de comida de la Dama Doblada, parando y arrancando para mantenerse fuera de su vista. Cerca del

andén de la estación, se sentó y observó cómo Cubitera y Flea Mercados se acercaban a la comida. Sus colas estaban levantadas, no tan altas y rectas como las de Queenella, y las agitaban para expresar su recelo hacia la reina.

Frente a Rachet, detrás de una pila de viejos marcos de ventana, se agazapaba Elizabeth, la calicó. Oculta, esperaba su oportunidad para comer. Tímida y de bajo rango, observaba.

Tatters y Tachometer corrieron con confianza a través de las vías y, con la cola levantada pero doblada en la punta para mostrar deferencia a Queenella, cogieron un bocado y corrieron lejos para comer. Cuando se hartaron, siguieron su camino de vuelta a su Primera Casa común.

Por último, Elizabeth corrió nerviosa hacia las latas con el vientre pegado al suelo, casi arrastrando la cola. Se comió las sobras y corrió de vuelta a su Primer Hogar en el camión abandonado del descampado.



El gato Volton, cuyo olor había estado en el puente, no apareció. Se dirigía a otro grupo de gatos callejeros en una granja. Volton, como todos los gatos callejeros machos, vagaba de ciudad en ciudad, visitando a las hembras y peleándose con otros gatos callejeros. Rachet lo aceptó como parte de esta nueva vida.

Cuando los gatos de la estación de Roxville comieron y se fueron. Rachet se acercó al festín y encontró las latas vacías. Las manoseó y las olisqueó y cada vez tenía más hambre. Cuando llegó una multitud de gente para coger los trenes, corrió bajo el andén de la estación y se escondió en una bolsa de papel.

En ese momento llegó un niño. Se dirigía a la escuela por las escaleras que pasan por encima de las vías y atraviesan el aparcamiento y la urbanización. Recorrió este largo camino para observar a los gatos que alimentaba la mujer conocida sólo como la Señora Doblada. Le encantaban los gatos, pero no podía tener uno. ¡En su casa no había animales!.

Vio cómo un gato amarillo y naranja desaparecía bajo el andén, al igual que el amable hombre que cogía el tren 7 : °5 todos los días.

—Mike, —dijo el hombre cuando vio que Mike observaba al gato. —Supongo que tenemos que ponerle nombre a otro gato. ¿Qué tal Tigre? Parecía un tigre.

—A mí me parece más una superviviente, —dijo Mike, echando un vistazo mientras ella se retiraba bajo la plataforma.— Llamémosla 'Rachet'.

—De acuerdo. Parece 'rachety', sea lo que sea, —dijo.

—Ojalá pudiera tenerla. Me encantan los gatos. Son tan especiales.

—Ofrécele una lata de comida para gatos y podrás, —dijo el hombre.— No es propiedad de nadie. Es una gata salvaje.

—Mi madre de acogida no me deja tener un gato. Los odia, —dijo Mike.

Se puso de rodillas y miró bajo la plataforma por donde había huido Rachet. Sus ojos brillaban como gemas verdes desde el interior de la bolsa. Siseó en señal de miedo y advertencia, un comentario de doble sentido. Metiendo las patas con más fuerza debajo de ella, estaba lista para correr. Pero no lo hizo. Se mantuvo firme y gruñó a Mike. Él se rio. Entonces ella levantó las orejas alegremente. Mike volvió a ponerse en pie.

—Es una luchadora, —dijo a la Dama Doblada y al hombre, con la cara iluminada.

Se quitó el polvo de los pantalones anchos.

—Ojalá pudiera tenerla, —volvió a decir.

El tren entró en la estación. El hombre subió y el Dama doblada partió. Cuando el tren se detuvo, Mike saltó del andén, se echó la mochila al hombro y trotó hacia la escuela.

Rachet dijo algo en lenguaje gatuno, musitó, y no fue "Lucharé sijoupick mientras este de pie". Sus orejas se levantaron agradablemente; esas orejas decían algo.

Mike se quedó pensativo mientras entraba en clase y se sentaba en su pupitre. Los demás estudiantes charlaban amistosamente entre ellos, pero Mike no se unió a ellos.

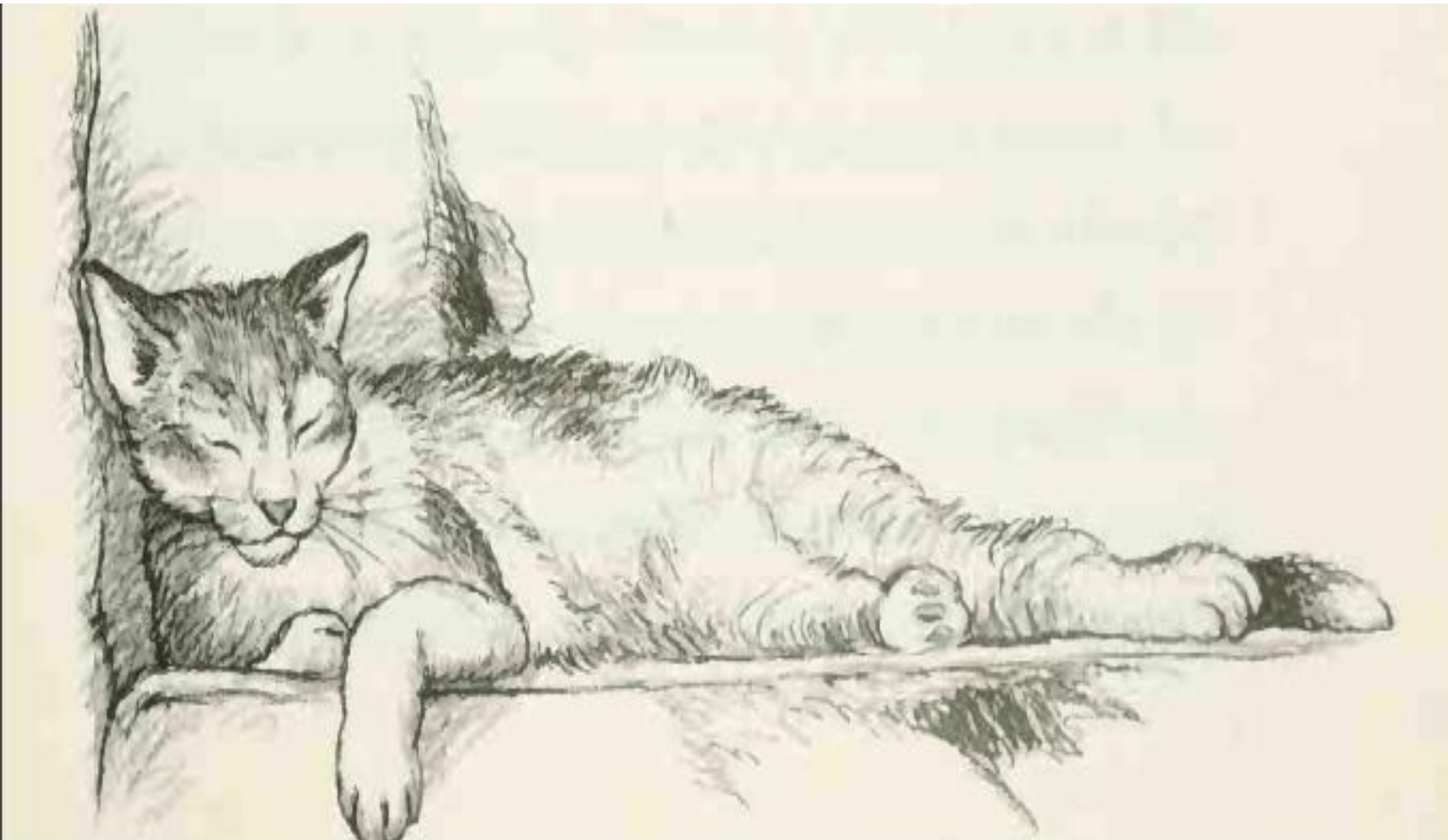
Tenía los codos apoyados en el pupitre y la cabeza apoyada en las manos, pensando. / Quiero a Rachet. Me gusta. Y creo que yo le gusto a ella.

Mientras soñaba despierto, Rachet salió de debajo del andén y corrió hacia el campo al otro lado de las vías, con la cola estirada hacia atrás.

Capítulo 2

Todavía hambrienta, Rachet corrió hasta el neumático y se zambulló en él.

Giró tan suavemente como el agua que fluye, levantó la cabeza e inspiró profundamente. Los gatos de Roxville estaban de vuelta en sus primeros hogares. Podía localizarlos a todos menos a Elizabeth. Elizabeth estaba en algún lugar de aquel solar abandonado. ¿Pero dónde estaba? La buscó con los bigotes y el olfato y finalmente la sintió en el asiento delantero de un camión desguazado.



Cuando hubo localizado a todos menos a Shifty, salió a cazar cualquier cosa que se moviera: pájaros, ratones o ranas. Apenas salió del neumático, sintió la presencia de Shifty. El zorro rojo estaba dormido cerca de la boca de su guarida bajo el puente. Rachet estaba a salvo.

Con el cuerpo agazapado, la cola estirada detrás de ella y los bigotes inclinados hacia delante para sentir las vibraciones de los seres vivos, se arrastró en silencio a través de la vara de oro moribunda.

La hierba se movía. Un ratón que recogía semillas tomó forma mientras corría. Estaba cerca de la madriguera de su guarida, y la sabiduría felina le dijo a Rachet que se hiciera invisible quedándose quieta.

El ratón se terminó las semillas y, aún hambriento, bajó por su autopista de hierba, en busca de más. Una oruga desvió su atención, y Rachet metió las patas traseras debajo de ella, apuntó con las delanteras desenvainadas y se abalanzó. Se abalanzó sobre el ratón con una precisión mortal, lo sintió en sus garras, pero no lo mordió con sus poderosas mandíbulas. En su lugar, levantó una pata por curiosidad y el ratón se escapó. Estaba corriendo tras él cuando Shifty, que había salido de su madriguera y estaba justo detrás de ella, saltó sobre su cola amarilla y naranja. Gritando y silbando, corrió, se zambulló en su neumático, se dio la vuelta y escupió. Ahora comprendía que Shifty era más que un ciudadano de la salvaje Roxville: era un enemigo. Su cola sangrante se retorció de dolor y se la lamió con ternura. Shifty no fue tras ella. Vio una presa mucho más fácil en su ratón herido y lo atrapó de un elegante salto, con la punta de su cola blanca en alto. Shifty se tragó el ratón y se fue trotando.

Durante todo el día, Rachet permaneció dentro del neumático. Por la noche salió, olió a Shifty cerca y volvió a entrar. Un poco más tarde, cuando Shifty estaba junto al río, volvió a asomarse al agujero de su neumático, sólo para oler al chico pelirrojo, Mike, que se acercaba a ella a través de la maleza. Caminaba despacio, en silencio, con una linterna en la mano.

—Gatito, gatito, —llamó cuando estaba casi sobre el neumático. Ella retrocedió más, pero no tanto como para no verle.

—Aquí, gatito, gatito. ¿Estás ahí? —Realmente la deseaba. Había algo mágico en ese gato.

Rachet, por su parte, se sentía extrañamente atraída por el chico y a la vez le tenía miedo. Después de todo, era un humano. Inclinó los bigotes hacia delante para sentirle, no pudo, y se acurrucó en el neumático y durmió.

Pasaron varios días sin comer y Rachet estaba hambrienta. Salió del neumático a última hora de la tarde y escudriñó el campo. Algo se movía en un grupo de viejos algodoncillos. ¿Un ratón? Lo acechó. Pero no era un ratón. Era una mariposa que salía de su crisálida colgada de una hoja seca. La vio sacar sus seis patas negras de la caja de quitina en la que había estado transformándose de oruga en mariposa durante las dos últimas semanas. Puso los pies debajo de ella para abalanzarse, pero, de repente, la criatura de color canela agitó sus alas nudosas, que se llenaron de líquido y se expandieron. Las alas naranjas y negras crecieron como una flor de agua japonesa. En unos instantes, Rachet estaba contemplando una mariposa monarca. La gata que había en ella quería jugar con la criatura, pero en lugar de eso ronroneó. Sólo ronroneaba en presencia de un ser vivo, aunque fuera una mariposa.

Este agradable ronroneo llenó el mundo de la mariposa. No tenía oídos, pero sintió las vibraciones en su antena y levantó las alas. La joven mariposa vaciló, se orientó según el ángulo de los rayos del sol y echó a volar. Iba en línea recta hacia México. A medida que avanzaba, volaba alrededor de edificios y obstáculos altos y volvía a esa línea recta hasta que finalmente llegó a las montañas de México. Colgada de una aguja de pino, pasaría el invierno con millones de otras mariposas monarca que habían emigrado de Norteamérica, haciendo brillar la ladera de la montaña.

Al verlo sobrevolar el parche de algodoncillo seco, Rachet se percató de un ligero temblor en la hierba cercana y se abalanzó. Tenía un ratón.

Esta vez lo agarró con fuerza entre los dientes, se lo llevó a su neumático y se lo comió. Estaba delicioso. Podía cazar. Viviría.

Rachet se acurrucó en el neumático y cerró los ojos. Al anochecer salió a merodear de nuevo.

No llegó muy lejos cuando se desató una tormenta procedente del sur que trajo la lluvia. Mejillas, la ardilla listada, dejó de recoger bellotas con las primeras gotas y corrió a su casa en un montón de piedras junto al puente. Tomó un sendero que había hecho a través y alrededor de las rocas, bajó por un largo túnel en la tierra debajo de ellas, y se detuvo en su despensa. Testareó sus bellotas, y luego bajó por su pasarela para hacer una visita a su ordenada letrina. Cuando la lluvia empezó a caer con fuerza estaba en su dormitorio/sala de estar.

Mike, que se dirigía a casa todavía en busca de Rachet, trepó por su valla y subió corriendo los escalones traseros de la casa victoriana donde vivía. Era conocida como la "casa encantada". Allí vivía una mujer mayor, la señora Matute. Antes de que su marido muriera de cáncer hacía dos años, había acogido a Mike, que entonces era un huérfano de once años. El Estado le pagaba por acogerlo, y él hacía las tareas domésticas.

Rachet no lo percibió, pues estaba escuchando un silbido en la hierba. El ruido era cada vez más fuerte y cercano. Fang, la serpiente, presionaba con fuerza las escamas de su vientre mientras se deslizaba bajo su neumático. El instinto heredado le advirtió que no debía atraparla, aunque se movía tentadoramente. Algún mensaje gatuno programado decía que no era venenosa, sino una serpiente de leche común. Sin embargo, Rachet se mostró cautelosa. Podía morder. Cuando se alejó de él, vio la misma mariposa colgando boca abajo y perfectamente seca en el envés de una hoja. Había sentido la baja presión de la tormenta y se había retirado bajo el follaje.

La lluvia azotó Roxville durante horas. Inundó el campo abandonado y el bosque y corrió por el tallo de la mala hierba junto al neumático de Rachet. La mala hierba creció, se inclinó y vertió agua en el neumático. Allí se formó un charco cada vez más grande. Rachet se alejó de la odiada humedad. Debía encontrar un hogar más seco.

Recordó lo que sabía del extremo norte de Roxville y, a pesar del olor de Shifty, sintió que debía pasar bajo el puente. Estaba seco y sin serpientes. Estaba a punto de correr hacia él cuando Fang salió de debajo del neumático, también en busca de un terreno más elevado. Pasó la lengua y probó sus productos químicos en el aire. Los químicos eran una palabra de serpiente para *gato.*

La clavó con su mirada vidriosa.

Los ojos de la serpiente la paralizaron. Rachet no podía moverse. Fang, como todas las serpientes, mantenía inmóviles a sus presas con ojos que no parpadeaban. Las ranas y los ratones no podían huir, y Rachet, que era una gata, se quedó paralizada por un instante, ya que, al estar oscuro, podía apartar la mirada y romper la hipnótica mirada. Liberada, corrió hacia el puente a pesar del aguacero. La serpiente volvió a deslizarse bajo el neumático.

En el puente, Rachet olió el fuerte olor a limón de Shifty. Estaba en la entrada de su madriguera sobre las carrilleras, el montón de rocas de la ardilla listada, observando la tormenta en seco. De repente captó el olor a mantequilla de Rachet, salió corriendo de su guarida y planeó hacia ella. Rachet lo sintió, dejó la protección seca del puente y corrió hacia el viejo arce. Shifty le siguió, ignorando la lluvia. Tenía hambre. Frenéticamente, Rachet clavó sus garras en la corteza húmeda y trepó por encima de Shifty, luego resbaló y volvió a deslizarse sobre la corteza resbaladiza por la lluvia. Los dientes blancos de Shifty brillaron. Rachet clavó más sus garras, trepó, descubrió un hueco y se zambulló.

Shifty vio que su presa estaba fuera de su alcance y corrió a través de la lluvia hacia su guarida puente.

Rachet se relajó.

Entonces algo se movió en el hueco del arce.

Capítulo 3

Era Ringx, el mapache. Sin saber si Ringx era un enemigo como había resultado ser Shifty, Rachet salió de la profunda hondonada y se subió a una rama. Como era una gata joven, sabía trepar a un árbol, pero no bajar. Se quedó mirando al suelo y oyó al indefenso gatito llorar a su madre, pero fue en vano.

Ringx oyó el llanto de Rachet y salió de lo más profundo de la hondonada para mirar a la gata. Sus ojos brillaban en una máscara negra y peluda, y sus orejas estaban echadas hacia atrás. Rachet echó un vistazo a la cara del bandido que gruñía y saltó. Chocó contra las ramas de los árboles, se agarró a una, no pudo sujetarse y cayó al suelo desde una altura de tres metros. Aterrizó a cuatro patas, corrió bajo el puente y trepó por los soportes de acero. En una viga alta a seis metros de altura, escupió. Con ese comentario de gata adulta, se deshizo del gatito que llevaba dentro y creció. Se acabaron los maullidos.

Estaba sola entre la gente, la tormenta, la serpiente, el zorro y el mapache. Se quedó en lo alto de la infraestructura del puente hasta que dejó de llover. Ya era muy tarde cuando se despertó. Ya podía cazar. Esta es la hora en que los gatos operan mejor y en secreto, pero también lo hacen Shifty y Ringx.

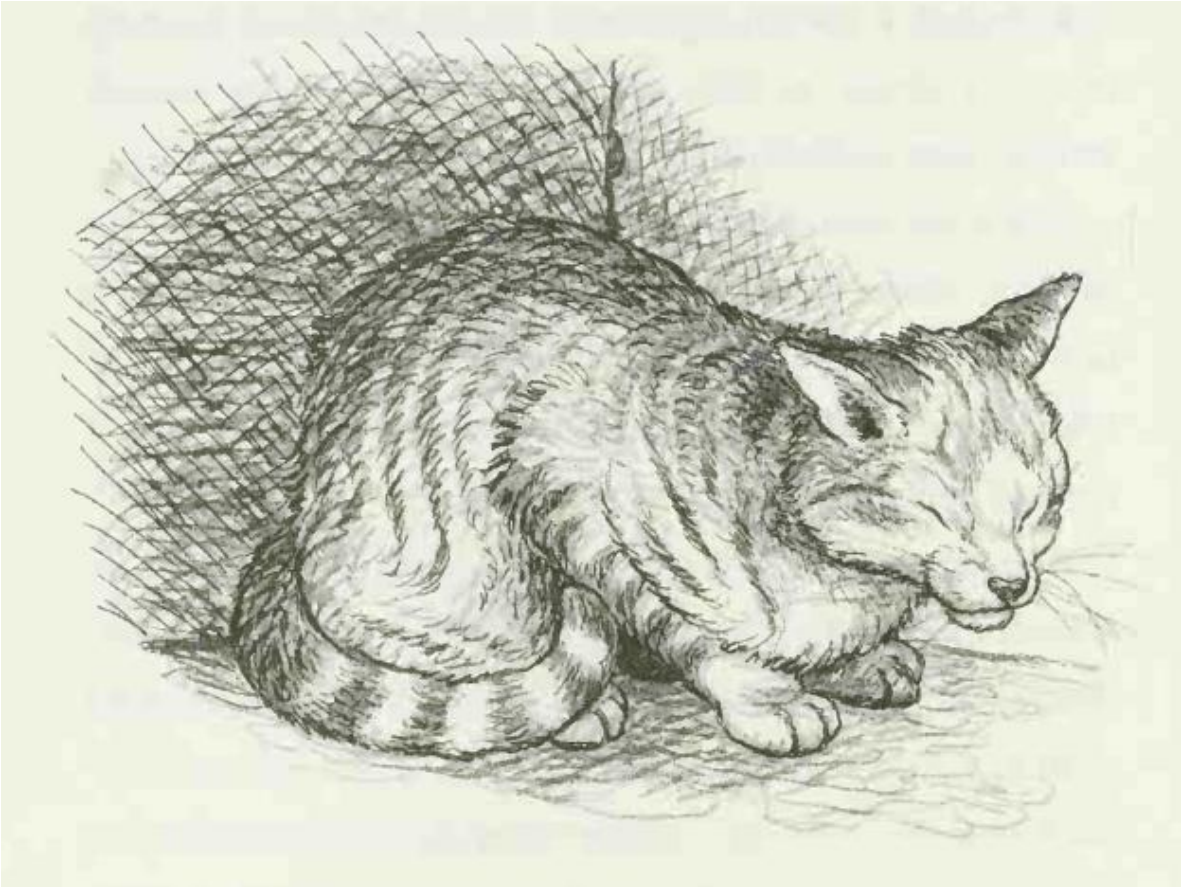
Debajo de ella, dos ratones salieron de entre los papeles y los trastos. Buscaban entre los escombros la sabrosa basura que el crecido río Olga había arrastrado hasta la orilla desde los parques y las ciudades. Rachet clavó los ojos en los ratones. Cuando se metieron en una bolsa de papel empapada, saltó del arco a la viga. Salieron. Se detuvo. Desaparecieron. Corrió. Cuando llegó al suelo, se arrastró, con el cuerpo agachado, hasta una roca cercana a ellos y se quedó quieta. Al quedarse quieta y luego correr, se acercó a los ratones sin que se dieran cuenta de que estaba allí. De repente, con un destello de su pata, atrapó uno. Esta vez no lo cogió por curiosidad, sino que se lo llevó a su sitio en la viga de acero y comió.

Otro ratón ocupó su lugar y luego otro. Rachet había encontrado un restaurante para gatos en pleno territorio de zorros y mapaches. Necesitaría todo su ingenio felino para ratonera aquí con Shifty y Ringx cerca.

Después de comer, se lavó la boca con la lengua, luego las mejillas y la nuca con la pata. Allí encontró una rebaba. Rascándola con la pata trasera, la desprendió. Cayó al agua y flotó con la corriente hasta una cala.

Un gorrión la recogió y voló hacia tierra. De repente, perseguido por un halcón, el pájaro se desvió y dejó caer el abrojo. Allí se quedaría todo el invierno. Cuando llegaba la primavera, echaba raíces y hojas y producía más abrojos que los animales dispersaban. Los abrojos eran autoestopistas. Rachet lo había llevado del campo al río, a un pájaro, y de un pájaro volador a un nuevo hogar. Rachet no era consciente de su participación en el plan de propagación de los abrojos. En lo alto del andamio, sentada como una esfinge y en actitud gato parista.

Noches más tarde, cuando una media luna cabalgaba como un barco entre las nubes, Shifty abandonó su guarida y vagó por la orilla del río, cazando. Rachet se despertó por su olor y lo percibió hasta que su olor desapareció. Entonces saltó, bajó de la infraestructura y atrapó otro ratón.



Corrió hacia el neumático con ella. Todo iba bien. Shifty estaba lejos río arriba, Ringx había ido a los contenedores de basura de un parque cercano y Fang estaba rana en la hierba alta phragmites por el agua. Con ese conocimiento, Rachet pudo volver a su neumático con un ratón colgando victoriosamente entre sus patas delanteras.

Se detuvo en el agujero que había utilizado para entrar en el neumático. No sólo seguía lleno de agua, sino también de mosquitos. Una hembra se encendió en la superficie estancada y depositó sus huevos delante de las narices de Rachet. Otras hembras lloriqueaban alrededor de su cara, buscando un lugar sin pelo donde picar.

Rachet oyó al insecto y, repelido por el agudo tono del canto, saltó a lo alto del neumático. Sus ojos verdes escudriñaron el campo en busca de un lugar seco para hacer su hogar y sus orejas se dispararon, escuchando el vacío de un espacio aislado. No vio ni oyó nada, pero sí escuchó otros sonidos: murciélagos volando sobre ella y un gavilán nocturno volando en círculos para encontrar su dirección antes de dirigirse a una meseta de Argentina para pasar el invierno. Entonces un mosquito intentó posarse en su nariz y picarla. El mosquito necesitaba tomar sangre de un animal de cuerpo caliente para formar sus huevos, y la nariz desnuda de Rachet era perfecta.

Rachet golpeó el mosquito mientras intuía dónde podía vivir ella en estos suburbios. Zorros, ciervos, mapaches, mofetas, pavos y pájaros vivían aquí, ¿por qué ella no? Tenían casa entre la gente maravillosamente descuidada que tiraba comida por todas partes. Estas personas no eran cazadores. Una madre cierva y sus dos cervatillos eran prueba de ello. Caminaban despreocupadamente por el bosque iluminado por la luna de camino a comerse las últimas plantas de costa en los patios de las casas no muy lejos de la casa encantada. Rachet también podría encontrar un lugar aquí.

WHAM! La lechuza común, Windy, con sus silenciosas alas desplegadas y sus patas bajas como las ruedas de un avión aterrizando, derribó a Rachet del neumático y la tiró a la hierba. Volando en picado hacia la rama de un árbol, la lechuza se giró para atacar de nuevo, pero Rachet se había metido dentro del neumático y estaba de pie en el agua fría. Windy no esperó a que saliera. Vio el ratón de Rachet en la hierba, bajó volando y lo recogió. Se lo llevó a una rama del mapache y se lo comió como un búho, entero y tragando de cabeza.

Aquí había otro enemigo, y éste venía del cielo. Rachet se puso de pie en el agua fría, sabiendo ahora que las heridas venían tanto de arriba como de tierra. Esperó hasta que Windy voló hacia el bosque y el olor a pájaro del búho desapareció. Entonces salió de su atuendo, se sacudió el agua de las patas y se agachó en la hierba. Había sido una noche larga.

A las 6:45 de la mañana, su reloj interno le dijo que era hora de la comida para gatos y los trenes. Se levantó, sintió a Shifty en su guarida, a Ringx en su árbol hueco y a Fang todavía en la hierba de las pérgamas. Windy estaba en el refugio de los acantilados a lo largo del río Olga. Rachet se adelantó.

No tenía hambre, pero quería ver al niño. No sabía por qué. Le daba miedo y a la vez le cautivaba. Era humano, después de todo, y su experiencia con los humanos la había hecho desconfiar. Pero este chico parecía diferente.

Los otros gatos también sabían que era la hora de comer. En ese momento, Queenella salió del sótano de la casa encantada y se dirigió por carretera a la estación de tren.

Cubitera, un blanco aún más sucio por el barro y la lluvia, despertó en un nuevo Primer Hogar en una caja de televisión vacía en el campo. A los gatos les encantan las cajas y las bolsas, y Cubitera se había zambullido en ésta nada más verla. Tenía que hacerlo. Ahora, sintiendo y escuchando, salió de la caja y corrió hacia la comida para gatos.

Flea Mercados surgió de un trozo de pipa de agua desechada, su primer hogar, y Elizabeth entró en el campo desde el aparcamiento de camiones abandonados. Se escondió de Queenella detrás de la pila de marcos de ventana rotos y esperó su oportunidad para comer.

La Dama Doblada ya había sacado una lata. Tatters y Tachometer salieron del peaje y corrieron en silencio hacia la estación. Se detuvieron en el borde del andén para juzgar la escena. Queenella estaba comiendo su lata de comida para gatos mientras observaba a los otros gatos. Cuando tuvo la cabeza dentro de la lata, Tatters corrió hacia la Dama Doblada y frotó su cabeza contra su pierna para saludarla. La Dama Doblada, como de costumbre, abrió otra lata para los gatos de menor rango.

Volvía a amanecer en la estación de Roxville. La gente esperaba el tren.

—Me pregunto dónde estará el gato tigre. —preguntó Mike a la Dama Doblada.

—Allí, junto a esos periódicos empapados, —dijo ella.

—Está vigilando a Queenella.

La Dama Doblada había visto al nuevo gato y abrió una tercera lata de comida. La colocó en la hierba, en el extremo de la plataforma, lejos de Queenella.

—Gatito, gatito, —llamó a Rachet.

En la memoria de alguna especie, esa canción de "gatito, gatito" le produjo placer a Rachet. Encantada, pasó corriendo junto a Elizabeth, escondida tras los marcos de las ventanas, y se plantó ante la comida para gatos. Queenella gruñó e inclinó la cabeza.

Ese movimiento de cola y esa inclinación de cabeza eran "palabras de batalla". Rachet no huyó. En lugar de eso, se defendió agitando la cola. Queenella vio la respuesta de Rachet, gruñó de nuevo y volvió a comer. Ese gruñido le había dicho a Rachet —Dejaré que te quedes, pero yo soy la reina. —Rachet volvió a agitar la cola.

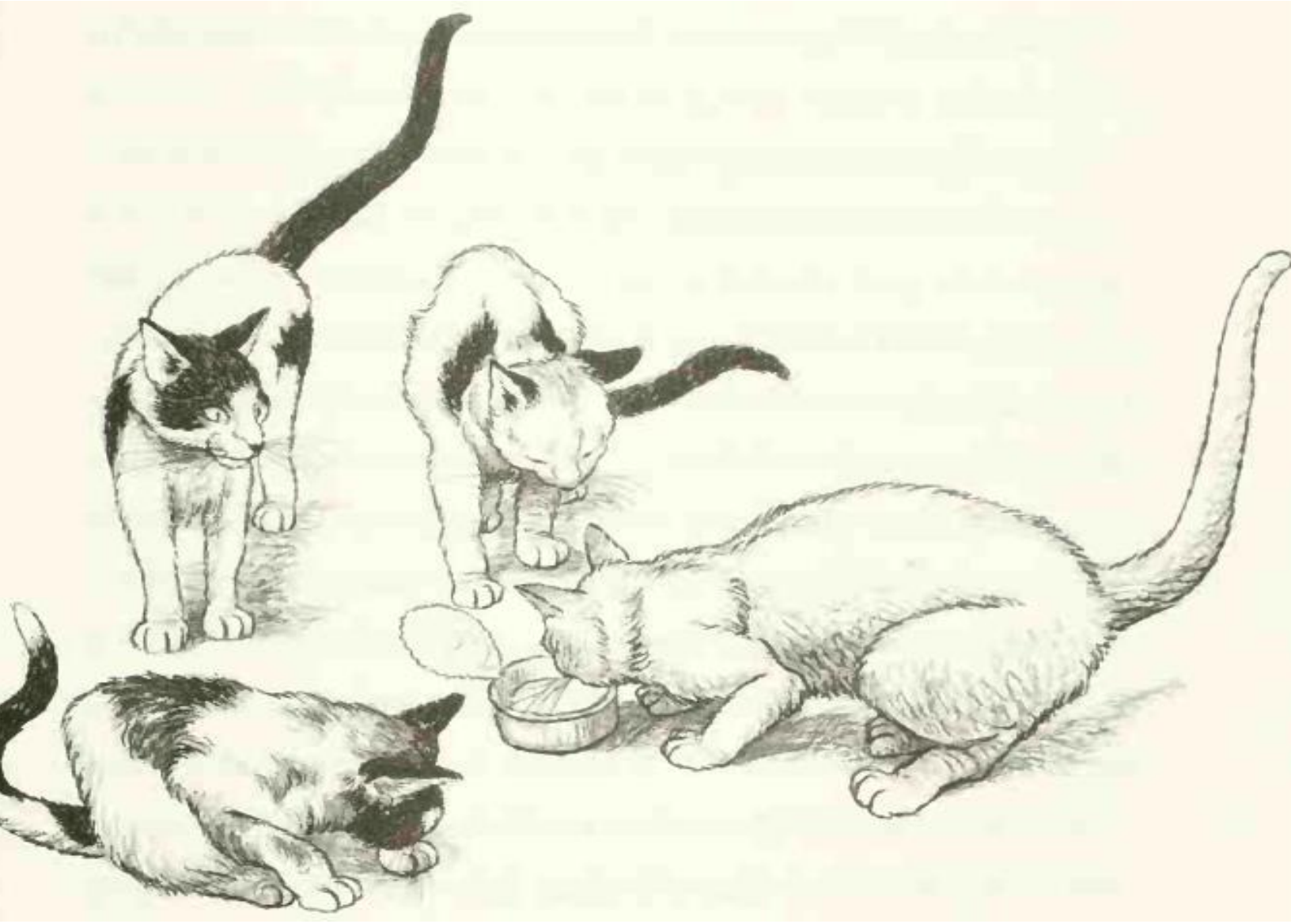
Con ese gesto se unió a los Gatos de la Estación de Roxville como gata de rango y ahora podía comer. Al enfrentarse a Queenella, Rachet había ascendido en la escala social felina. Ahora tenía un rango superior al de Elizabeth, la de los camiones abandonados. Todos los gatos de la estación de Roxville lo sabían. Trabajaban por el mismo ascenso en el poder. Les organizaba y les hacía la vida más fácil, evitando peleas constantes.

Cubitera se acercó a la lata de comida de Queenella, ahora desierta, y Elizabeth se coló a su lado, con las orejas gachas. Cogió comida de la lata de Rachet mientras éste masticaba.

Tatters y Tachometer se acercaron a la lata donde estaba comiendo Cubitera. Sabían que los toleraba y que no se pelearían. Los gatos se respetan pero prefieren no ser buenos amigos o estar demasiado cerca.

De repente, todos los gatos salieron corriendo y Rachet tuvo las latas para ella sola, y entonces supo por qué. Stalin, el sabueso de los alrededores, grande, musculoso y mal adiestrado, se abalanzó sobre ella con las fauces abiertas.

—¡Alto, Stalin, alto! —,rugió el señor Vinski, el dueño de Stalin y vecino de Mike. Corría detrás del perro, intentando agarrar su correa rota. Habían estado dando su habitual paseo matutino por el bosque cuando Stalin se abalanzó sobre una ardilla y se escapó. La ardilla se subió a un árbol, y entonces el perro vio a todos los gatos en el comedero y corrió hacia ellos. Se dispersaron, todos menos Rachet, que ignoraba a los perros.



se había lanzado a por una ardilla y se había escapado. La ardilla subió a un árbol, entonces el perro vio a todos los gatos en la comida para gatos y corrió hacia ellos. Se dispersaron, todos menos Rachet, que ignoraba a los perros.

El señor Vinski, demasiado preocupado para llamar a Mike, alcanzó a Stalin. Se agarró a su collar y se sujetó.

—¡Quieto, quieto!,—gritó. Stalin no se escoró, sino que tiró del Sr. Vinski mientras corría hacia Rachet.

Escupiendo y siseando, levantó el pelaje hasta convertirse en un espectáculo de furia: un gato de Halloween. Stalin se abalanzó, pero antes de que sus mandíbulas pudieran aplastarla, Rachet, convertida en una bola de frenesí, le estaba arañando. Le arañó la nariz. Él gritó y se lanzó a por su cuello. Rachet saltó a un lado en cuatro patas y siseó.

Al ver que la pelea iba a ser injusta (gato pequeño, perro grande), Mike saltó del andén de la estación y arrojó su mochila entre el perro y el gato. Dejaron de pelearse. La gente que esperaba el tren vitoreó al pequeño gato.

Ratchet estaba tan aturdida que dejó que Mike la levantara y se la llevara lejos de Stalin. El señor Vinski tiraba con fuerza del cuello de Stalin y lo arrastraba hacia atrás. Rachet miró a Mike.

—Miau, —dijo.

Por primera vez hablaba un lenguaje gatuno destinado sólo a los humanos. No era el "miau" que emite un gatito para atraer a su madre, sino "miau", un estado directo y lleno de significado. Los gatos se sisean, se escupen y se gruñen unos a otros, pero Rachet había hablado en un lenguaje antiguo que los gatos han evolucionado para hablar con los humanos. No explicó por qué.

Mike la miró a los ojos verdes. Se encontraron con sus cálidos ojos marrones y sonrió. Ratchet sacó las garras.

—Mira, —dijo Mike a la Dama Doblada.—Los ojos de Rachet hablan. Cuando luchaba contra Stalin, sus pupilas eran enormes. Eran negras y llenaban su iris. Cuando la recogí, se estrecharon y maulló.

—Ella confía en ti, —dijo la Dama Doblada.

—Caramba, me gustaría tenerla, —dijo Mike en voz baja.

Rachet sintió que unas manos cariñosas acariciaban su pelaje. Por un momento supo lo que significaba ser una gata doméstica: una extraña combinación de utilidad y comodidad que no incluía la propiedad, ya que los gatos no pueden tener dueño como los perros. Entonces recordó que la gente pateaba y que la gente como este chico era brusca. Tensando los músculos, saltó de los brazos de Mike, volvió corriendo bajo el andén y se metió en una bolsa de papel. En ese momento, el tren entró en la estación y la gente del andén subió.

Asomada a la bolsa, miró las ruedas del tren que giraban lentamente, luego cada vez más rápido hasta que el mamut desapareció. Entonces vio a Mike.

Estaba colgado sobre el andén, buscándola. No la vio y se levantó.

—Menuda pelea de perros y gatos, —le dijo a la Dama Doblada y recogió su mochila. Se dirigieron al puente que cruzaba las vías y luego tomaron direcciones distintas: él, a la escuela; ella, a la urbanización.

Capítulo 4

El fuerte ruido del tren hizo que Stalin dejara de ladrar por un instante y observó cómo se alejaba. Su atención desviada dio al señor Vinski tiempo suficiente para controlarle y apretarle la correa. Stalin miró desde el tren que se desvanecía hacia donde había desaparecido el gato y ladró. El señor Vinski tiró del perro hacia el bosque para reanudar el paseo. Los gatos de la estación de Roxville observaban.

Rachet permaneció bajo el andén, a salvo de la gente y los perros, pero sintiendo aún los dedos de Mike acariciando su pelaje. Cerró los ojos de placer. Había ocurrido algo mágico.

Stalin y el señor Vinski estaban en el carril bici del bosque y todo estaba tranquilo, así que Rachet corrió por las vías hasta el campo. Se deslizó entre la maleza sin hacerla crujir y tomó su propia pasarela hasta el neumático.

Rachet oyó a los grillos haciendo música de grillos mientras se frotaban las alas con los pies. Sus cantos eran lentos, lo que indicaba que hacían cuarenta y siete grados Fahrenheit y que se acercaba el invierno: cuanto más lentas eran sus estimulaciones, o jugueteos, más frío era el tiempo. Por encima del informe meteorológico de los grillos, Rachet oyó los latidos de las patas de los gatos. Volton estaba en la ciudad. Estaba siguiendo a Elizabeth en su cortejo.

Rachet volvió a su neumático, sólo para encontrarlo todavía bajo el agua de lluvia. Debía encontrar un primer hogar seco, pero ahora necesitaba descansar tras la aterradora mañana. Olió a Fang tomando el sol en las rocas cerca de la guarida de la ardilla Cheeks y se escondió en el hueco bajo el neumático.

Al anochecer se despertó, lista para ir a cazar al primer hogar. Miró hacia el solar abandonado donde abundaban los ratones. El primer hogar de Elizabeth estaba allí, y su lugar para tomar el sol estaba en una pila de leña cercana. Rachet no quiso mirar allí ni en el montón de maleza del campo, el Mirador de Caza de Elizabeth. Ella lo había rociado con su olor personal para indicar a otros gatos que era suyo. Rachet lo respetaba. El Solario y el Mirador de Caza eran estaciones en el entorno de un gato que éste seleccionaba y utilizaba con regularidad.

Rachet inhaló profundamente y olió a los dos miembros felinos de Roxville en el lejano peaje del aparcamiento de la estación, al otro lado de las vías. Tatters y Tachometer habían dejado fuertes olores en él al frotar sus costados contra los pilotes cuando salían y entraban en su casa. Los olores decían: "Esto es propiedad de Tatters y Tachometer". Rachet también se mantendría alejado de su espacio.

El bosque no servía para nada; estaba reclamado por Ringx. El mapache vivía en aquel gran agujero del arce y lo protegía con ferocidad. Lysol, la mofeta, se refugiaba bajo un montón cercano. No quería que su Primer Hogar se acercara a él.

Rachet salió arrastrándose de debajo del neumático y estaba siguiendo su rastro para buscar un hogar cerca de las casas cuando Shifty, el zorro rojo, la descubrió. Corriendo hacia abajo y saltando hacia arriba, se abalanzó con las fauces abiertas. Rachet atravesó a toda velocidad el cardo marchito, con Shifty pisándole los talones. Estaba tan cerca que oyó cómo cerraba las fauces. Saltó, apuntando a un agujero en una valla de malla, lo atravesó y se detuvo en el patio de la gran casa victoriana donde Queenella tenía su hogar. Shifty era demasiado cauteloso para seguirla por el agujero y se detuvo. Olfateó la valla y se alejó trotando.

Vieja y destartalada, la casa tenía un gran porche que la rodeaba por dos lados. El porche se detenía en una torre de tres pisos y continuaba por el otro lado. En las ventanas del salón brillaban las vidrieras, y sobre las ventanas y puertas había talladas elaboradas hojas y flores enmohecidas por el abandono. Rachet echó un vistazo al patio. En él había lanchas motoras cubiertas de enredaderas azules; entre ellas crecía la maleza. Esbeltos arbustos voluntarios crecían aquí y allá junto a la valla. Los viejos arces azucareros que bordeaban el patio estaban plagados de agujeros, donde los pájaros carpinteros y los pájaros carpinteros habían taladrado. En el patio había un cartel que decía OCUPADO, por si alguien pensaba que la casa estaba vacía y decidía explorarla.

Rachet olfateó profundamente. La vieja casa olía a gente y a Queenella. De repente, Windy, la lechuza común, voló hacia Rachet para acosarla; era una depredadora. Bajó a poca altura y siguió volando tan silenciosamente como la luz de la luna. Rachet se agachó y corrió hacia delante.

Oyó el sonido de un viento que se colaba por un agujero. Siguió el sonido hasta los cimientos de piedra de la casa, encontró una gran grieta en la pared y se metió por ella. Se deslizó por la grieta de un metro de profundidad y miró hacia el sótano de la casa. No saltó al suelo, sino que se agachó y olfateó.

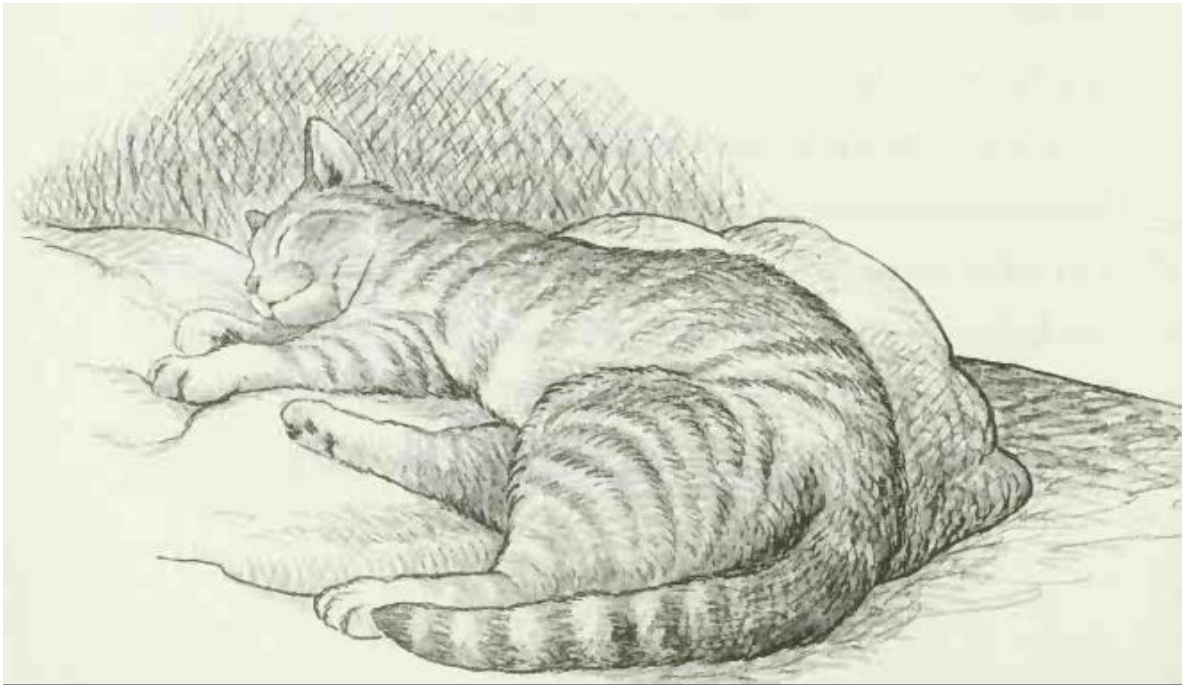
Se respiraba un fuerte olor a Queenella. La gata jefa dormía en su Primera Casa, en algún lugar del sótano.

Rachet se quedó en la ruptura, un pasadizo creado por la escarcha y una casa de asentamiento. Sopesó las posibilidades de qué hacer. Fuera estaban el zorro y el búho. Dentro estaba Queenella.

Esparcidos por el sótano había cajas y cubos de pintura secos, mosquiteras, puertas viejas, motores fuera de uso... todo tipo de desechos amontonados por la gente. Entonces sintió calor de gato de lujo. Desafiaría todos los obstáculos para tener un hogar cálido, incluso Queenella.

Saltando desde la pared para buscar el calor, se escurrió entre dos cajas y debajo de una tabla apoyada en un arcón. Allí vaciló. Más allá de la puerta había una pila de neumáticos, un cubo de pintura y una abertura en la chatarra donde no había nada. Antes de cruzar ese espacio comprobó cómo estaba Queenella. Dormía en una caja de trapos junto a las tuberías de agua caliente. Un lujo. Rachet untó los cubos y las cajas con su olor personal para dejar su rastro olfativo entre los trastos. Para un gato, el rastro olfativo era tan brillante como las luces de neón para las personas.

Trail anunció, a continuación, buscó el calor. Salía de los conductos de aire caliente que calentaban la casa y era cerca de la caldera. Saltó al conducto y caminó hacia él.



En un recodo donde un conducto subía a la casa, encontró un trozo de aislante que se le había caído a un obrero. La fibra estaba caliente. Se tumbó. Fue un placer.

Al cabo de unos instantes, supo que aquel lugar sería su primer hogar. Con o sin Queenella. Roció su perfume, que decía. "Esto. Lucharé por ello".

Capítulo 5

Los conductos de la calefacción estaban tan calientes como las manos del chico. Rachet se tumbó de lado y separó los dedos de los pies para sentirse cómoda. Esto era mejor que el chico. Era un humano. Había que evitarlo. Los de su clase pateaban y torturaban. Se quitó la sensación de las manos calientes con la lengua y las patas delanteras, desenvainó sus garras como escalpelos y se quedó dormida. No se sentiría atraída por él.

Muchas horas después, Rachet se despertó al oír voces que bajaban por los conductos de aire caliente de la gran cocina situada encima de ella.

—Hay una gata nueva en la estación de Roxville, —dijo la voz del chico.— Es bonita. —Hizo una pausa—.

—¿Puedo tenerla?

—¡No! Sabes que desprecio a los gatos. —Una voz de mujer.

—Pero atraparía a los ratones de por aquí.

La mujer caminó pesadamente por el suelo.

—No. Te he dicho una y otra vez que no quiero gatos en esta casa —Alzó la voz.— Ya tengo bastante que hacer, con todo el trabajo para mantenerte alimentado y cuidado.

—Yo misma la alimentaría. Me vendría bien algo del dinero de la Seguridad Social de mi padre que voy a recibir.

—Los gatos se escabullen. Te miran mal.

—Son suaves y silenciosos.

—Dije que no me gustan.

—Ahuyentará a ese fantasma que dices que está en la torre.

—Nada de gatos y punto. Ahora, haz tus tareas, —ordenó.

La discusión sobre los gatos siempre terminaba así. A Alice Matute, la madre adoptiva de Mike, no le gustaban nada los gatos.

Mike se arremangó y empezó a lavar la pila de platos y sartenes en el gran fregadero de acero. Era una de las tareas que tenía que hacer para la señora Matute. Mientras trabajaba, añoraba a la valiente Rachet. Recordaba el calor que había sentido en sus manos. De algún modo, ella llenaba un espacio vacío en él. Sentía que ella compartía esa emoción con él. Rachet, fantaseó, también era un orfanato.

Y, maravilla de las maravillas, se dio cuenta de que Rachet le estaba enseñando a hablar "gato".

Observando cada día a los gatos de Roxville y a Rachet, empezaba a entender por qué mantenían la cola así: por su rango y su estado de ánimo. Por qué sus pupilas se ensanchaban y se estrechaban: ira y miedo cuando se ensanchaban y satisfacción cuando se estrechaban. Los osos también hablaban: hacia atrás por miedo, hacia delante por amistad, contra la cabeza y hacia abajo por agresividad. Pero lo que más le gustaba a Mike era su independencia. Eso le gustaba.

Además, había percibido que Rachet también había conocido una vida anterior miserable. Quizá podrían compensarlo si se tuvieran el uno al otro.

La deseaba con todas sus fuerzas. Ya encontraría la manera de tenerla sin que la señora Matute se enfadara con él.

Cuando el señora Matute murió hacía dos años, la señora Matute se vio obligada a cerrar la torre y los tres dormitorios de arriba para ahorrar calefacción. Se había trasladado al salón, donde estaban los elegantes muebles y la estufa de carbón Franklin, bellamente forjada. Mike vivía en el cuarto de servicio de arriba, esperando impaciente que pasaran los cuatro años hasta que tuviera dieciocho y fuera independiente... como Rachet. . . como Rachet.

Echaba de menos al señor Matute. Había sido un hombre amable y jovial. Los dos habían sido buenos amigos. Habían pasado juntos el rato en los muelles admirando los yates allí amarrados y comiendo cucuruchos de helado y perritos calientes, que la señora Matute nunca permitía en casa. A menudo salían a navegar en las barcas del señor Matute. Él le había enseñado a Mike a mantenerlos perfectos, calafateándolos, lijándolos y pintándolos. Los barcos eran objetos de belleza, decía el señor Matute, y un camino hacia grandes aventuras.

El señor Matute también le había llevado a partidos de baloncesto porque sabía que a Mike le gustaba el baloncesto. Ahora se había ido. Mike se secó los ojos con la manga y pensó en Rachet.

Sonrió mientras enjuagaba los platos y las sartenes, pensando en lo bien que se lo había pasado con un gato cuando era más joven. Su padre biológico había traído a casa una gata atigrada cuando Mike tenía siete años.

Solía sentarse sobre sus libros mientras él hacía sus tareas domésticas, recordaba. Para mantenerla ocupada y que no se metiera en líos, Mike había puesto una bolsa de papel sobre el escritorio y ella se metía dentro. Los gatos tienen que meterse en bolsas de papel, Mike no sabía por qué, pero ella se revolvía en ella hasta que él terminaba sus deberes. Era maravillosa.

"Maldición", dijo en voz alta al agua de fregar, y puso la última bandeja en el viejo escurridor antes de barrer el suelo. "Quiero ese gato. Bueno, en catorce años tendré dieciocho y no necesitaré un padre adoptivo. Entonces haré de Rachet sea mi gato". *Pero seguro que me gustaría tenerla ahora, pensó. Ese hermoso gato tigre de ojos verdes y yo. Somos supervivientes.*

Se limpió las manos y se pasó los dedos por su espeso pelo rojo. La barbilla cuadrada de Mike sobresalía mientras se metía las manos en los vaqueros y subía las escaleras de su habitación. Ese gato, pensaba, llenaría el vacío que había en él.

En su habitación, se preguntó si su madre le habría dejado tener un gato. Había muerto en un accidente de coche cuando él tenía tres años, así que nunca lo sabría. Pero quería creer que lo habría hecho.

El destino le había jugado una mala pasada. Su padre había muerto cinco años después, y él no tenía más parientes. Así que lo habían entregado a los organismos de bienestar social del condado y lo habían ofrecido en adopción. Pero era demasiado viejo y nadie lo quería. Como Rachet.

Había tenido tres parejas de padres adoptivos. Una había sido una pareja de la residencia de grupo financiada por el condado y la otra una familia que se quedó con él durante poco tiempo. Luego Mike había sido entregado al señor y la señora Matute. Le habían dado tareas, que él hacía con gusto: fregar los platos, barrer, tirar la basura y todo lo que le pedían los señores Matute. Las tareas le ayudaron a entrar en sus corazones.

La señora Matute era estricta, pero él había aprendido a hacer lo que ella exigía sin protestar.

Pero ella no le correspondía. Cuando él le pedía un gato o una tortuga, ella decía un no rotundo.

Cuando el señor Matute falleció, a la señora Matute le costó mucho hacerse cargo de la gran casa. El granizo había roto una ventana de la torre, y la señora Matute era demasiado frugal para repararla. Así que seguía rota. También lo estaban algunas de las contraventanas. Dos años de abandono le habían valido a la casa el apelativo de "encantada".

Mike intentaba que la señora Matute le cayera bien, pero deseaba que le dejara tener, si no un gato, una rana o un pez. Pero no lo hizo.

Dejó de soñar, cogió su pelota de baloncesto y salió de casa. La regateó por la acera mientras se dirigía a casa de su amigo Lionel Vinski. Pasó de largo la casa del soltero Ernie, al lado, y la casa blanca de dos hermanas, Mame y Janet. Les quitaba la nieve todos los inviernos y les cortaba el césped en verano. El dinero que ganaba con ello le daba para comprar todo lo que necesitaba: revistas, chicles, zapatillas de baloncesto y cuadernos.

Al final de la manzana, en una casa verde rodeada por una valla, vivía Lionel, un chico moreno y corpulento que lucía el último peinado de instituto de la semana: pelo verde engominado.

Como siempre, Mike subió a lo alto de la verja de Lionel y caminó con elegancia hasta el final, donde dio una vuelta, saltó al suelo y encestó una canasta en el garaje. Lionel estaba fuera.

—Me gusta tu pelo, —dijo Mike, y volvió a meter el balón en la canasta.

—Se supone que te asusta. —Lionel se rio, cogió la pelota y la encestó.

—Se ve bien, —dijo Mike irónicamente. — Me pregunto qué diría la señora D. sí me volviera verde".

—Te comería como ensalada. —Lionel sonrió y encestó otro.

Los amigos tiraron a canasta hasta casi el anochecer, cuando Mike se despidió y emprendió el camino de vuelta a casa.

Un perro ladró dentro de la casa.

—¿Qué hace Stalin dentro?, —preguntó a Lionel—. Creía que era un perro de fuera.

—Stalin está loco, —dijo Lionel refiriéndose al perro ladrador. — Se le escapó a mi padre esta mañana y casi pilla a un gato callejero, pero el gato le arañó la nariz y le tiró una mochila a Stalin antes de que pudiera matarlo. —Se rio.

—Bien, — se dijo Mike. En voz alta gritó,

—Tengo que irme, se hace tarde

Fuera-tal vez Rachet . . . Sonrió. ¿Podría tener a Rachet como gato exterior?

Mike corrió hacia la casa encantada, pasó por delante de los botes abandonados del señor Matute de camino a la puerta trasera y subió los escalones.

Se detuvo.

Una cola a rayas amarillas desapareció por el agujero que la escarcha había hecho en los cimientos.

—¡Vaya! ¿No sería algo?, —dijo. — Rachet aquí en casa de la señora Matute. —Sonrió. Esto era mejor de lo que había imaginado.

Capítulo 6

Rachet se deslizó hasta el sótano y serpenteó entre los trastos hasta las tuberías de la calefacción. Se instaló cómodamente en los alrededores de Roxville. Tenía un primer hogar, un lugar para tomar el sol en la hierba, cerca del neumático, y un mirador para cazar en el bosque, cerca del puente, donde abundaban los ratones. También tenía un segundo hogar por si Queenella la echaba del sótano: su neumático.

Rara vez veía a Ringx, el mapache, en sus rondas nocturnas, pues el aire se había vuelto más frío y la había preparado para la semi-hibernación invernal. Hacía tiempo que los grillos habían dejado de cantar. La mariposa monarca estaba en una aguja de pino en las montañas al norte de la Ciudad de México con millones de su especie. Su bosque parecía respirar con el abrir y cerrar de las alas de las mariposas.

En enero, todas las mariposas dejaban de ser "eso" para convertirse en "él o ella". Se apareaban y las mariposas, aparentemente frágiles, volaban hacia el norte, a los campos y jardines donde habían nacido.

Mientras tanto, Shifty, el zorro rojo, veía que las ratas y los ratones escaseaban y quería ir tras los pavos salvajes. Consciente de sus intenciones, los pavos se posaban en las ramas de los árboles, no en el suelo. Un coyote salió de su casa al oeste de la ciudad, los olió y saltó para alcanzarlos. Podría haber cazado uno al siguiente intento si no hubiera entrado un tren en la estación y lo hubiera asustado.

No fue hasta febrero, un mes húmedo y frío, cuando Rachet descubrió que la comida empezaba a escasear lo suficiente como para enviarla a la estación para el festín de comida para gatos de la Dama Doblada.

Un día en la estación, Rachet se acercó demasiado a Cubitera y le escupió. Cubitera le devolvió el escupitajo. Rachet siseo y echó las orejas hacia atrás. Con eso, Cubitera retrocedió, y la batalla había terminado. Rachet subió otro peldaño en la escala jerárquica. Era un ritual que sus antepasados habían desarrollado cuando había muchos gatos kaffir salvajes y solitarios en los graneros egipcios. Era su forma de asegurarse comida y derechos de reproducción.

A las seis y media de la mañana, tras una noche en vela, Rachet estaba en el pasadizo de los cimientos de piedra, esperando a que pasara el tiempo suficiente para seguir a Queenella hasta los botes de comida para gatos. En la cocina de arriba, donde Mike se preparaba cereales para desayunar, la radio ponía música y luego se paró.

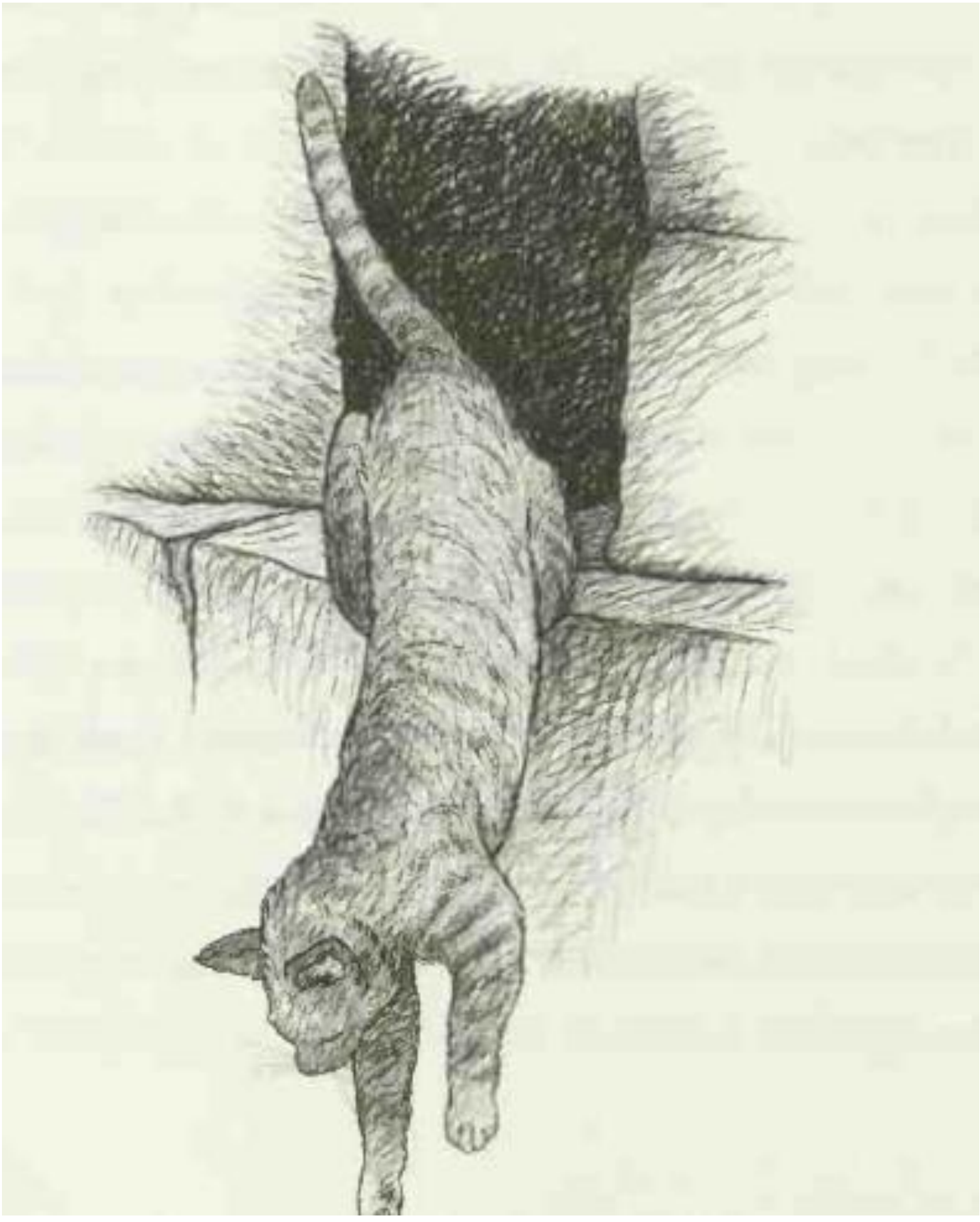
"El día traerá nieve y frío, ya que una extensa zona de bajas presiones al noroeste se une a otra zona desde el sur. Esta será probablemente la tormenta del año", dijo el meteorólogo del Servicio Meteorológico Nacional. "Las dos tormentas van a chocar sobre el área triestada."

"Abastézcanse de pilas y llenen de agua sus bañeras. Podemos esperar más tormentas violentas como ésta a medida que la Tierra se caliente. "

Mientras estaba tumbado en el pasillo esperando para salir, Rachet vio caer grandes copos. Caían más y más hasta que el cielo quedó blanco. Como era una gata, alargó la mano y cogió uno. Se convirtió en agua. Cogió más. También se derritieron. Curiosa y divertida, atrapó los copos de nieve que caían hasta que Queenella saltó de repente al interior a través del cristal roto de la ventana. La nieve la había alejado de la estación. Al volver a entrar, siseó en dirección a Rachet. —Cuidado con tu rango, —decía.

Rachet esperó a que pasara el tiempo suficiente para que Queenella se acomodara en la caja de trapos junto a las tuberías de agua caliente. Pero cuando se dispuso a marcharse, vio que tres ratones entraban en el sótano por la ventana rota de Queenella. Desaparecieron entre los trastos.

Rachet no tuvo que ir a la estación, sino que saltó al piso del sótano. Los ratones habían salido de la tormenta y ella desayunaría aquí.



"Todas las escuelas están cerradas en la ciudad y los suburbios del norte. Día de nieve. Esta es una gran tormenta."

—Será mejor que saques la pala de nieve, —dijo la señora Matute.—Me vuelvo a la cama.

Mike bajó al sótano a por la pala y asustó a un ratón que estaba detrás. De repente, un gato salió de la nada y saltó sobre él. ¡Era Rachet! Se alegró en silencio.

Rachet vio a Mike; se acordó de sus cálidas manos y dejó escapar al ratón. Todavía asustada de la gente, corrió alrededor del arcón y se adentró en las sombras del sótano.

—Aquí, gatito, gatito —llamó Mike esperanzado. Movió un biombo, miró detrás del arcón, pero ella era una gata salvaje y no acudió a su llamada; en lugar de eso, se arrastró silenciosamente hasta los muelles de la silla rota, se apoyó en las espirales y se quedó quieta como un gato.

El niño subió y volvió con pescado cocido. Se sentó en los escalones y, tendiéndoselo, llamó: "Gatito, gatito, gatito". Rachet no se movió.

"La nieve cae a razón de varios centímetros por hora en Central Park y más en los suburbios del norte".

La señora Matute llamó a Mike. Subió los escalones, llevándose consigo el olor a pescado. Rachet corrió hacia su primera casa por el conducto de la calefacción. Sus bigotes hormiguearon cuando un débil movimiento jugó sobre ellos. ¡Cubitera! Había salido de su casa para ir a la estación, sólo para encontrarse empantanada en medio metro de nieve. Era desagradable y frío. Pensó en la casa encantada, bien conocida por todos los gatos de Roxville, y aceleró hacia ella. La conocían por el calor que emanaba en los días de invierno y por el olor de Queenella. Este era el primer hogar de la gata jefa, pero en una tormenta monstruosa Cubitera estaba dispuesto a desafiar a Queenella.

Al atravesar el familiar agujero de la valla, volteó las patas para deshacerse del deshielo. Tambaleándose sobre la nieve, saltó al pozo de la ventana y se inclinó. Allí había más nieve. Cavó a través de ella hasta la ventana rota y se dejó caer al oscuro suelo del sótano.

Cubitera olió al instante a Rachet y a Queenella, pero eso no la alejó del calor. Corrió hacia la carbonera, donde se almacenaba el carbón para la estufa

Frankin, y se acurrucó en un cubo volcado. Nerviosa, puso los pies en posición de salto, lista para salir corriendo si era necesario. Pero confiaba en que la tolerancia de los gatos le permitiera quedarse.

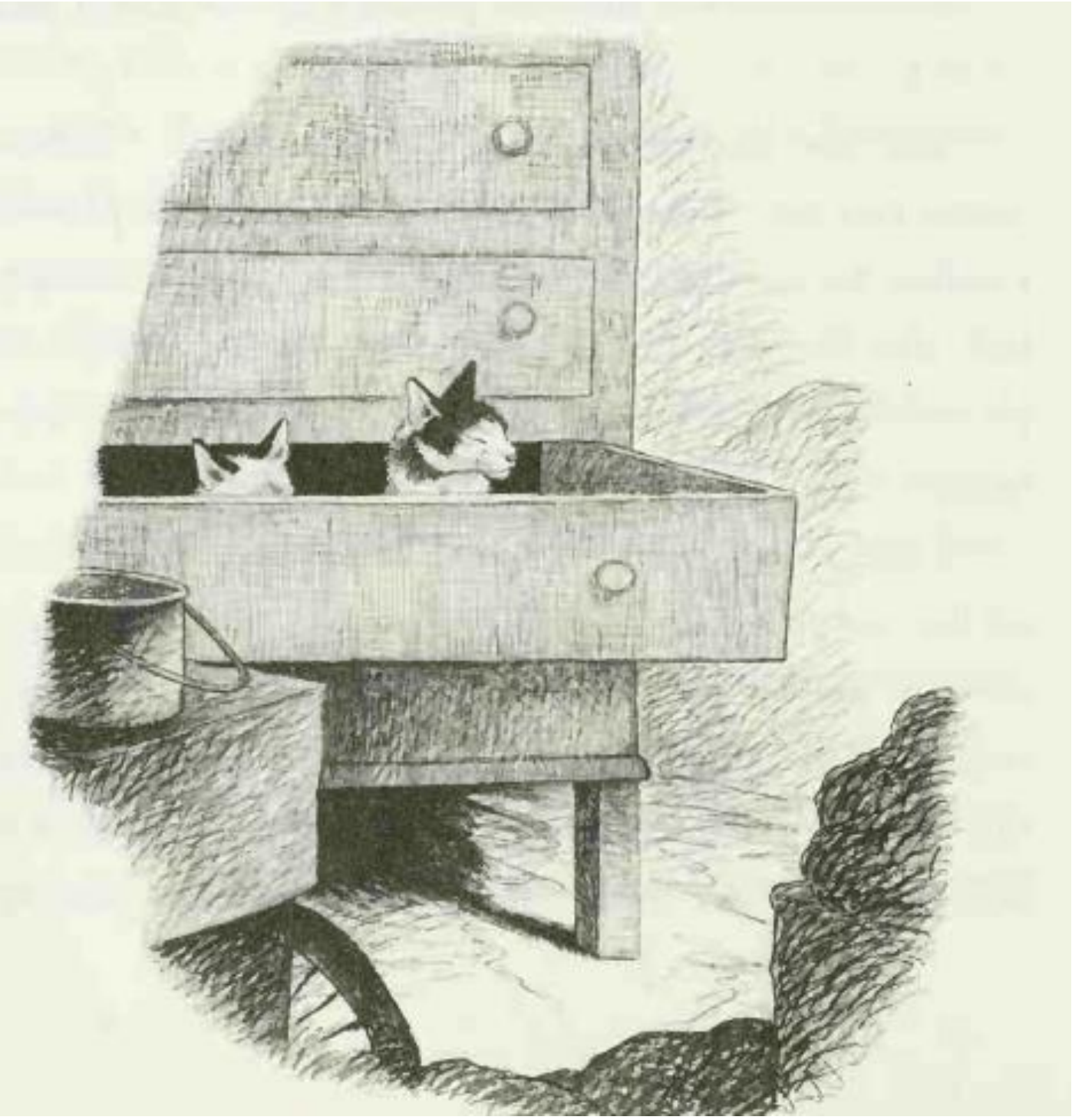
Fuera, un quitanieves pasó junto a la casa y, con un trueno sordo, bajó por la calle y cruzó las vías hasta el aparcamiento. Tatters y Tachometer escucharon cómo subía y bajaba por el aparcamiento, acercándose cada vez más a medida que desplegaba muros de nieve.

Ahora sentían la inusual presión de la tormenta y se ponían tensos.

Cuando el quitanieves pasó por delante del peaje, Tacómetro salió corriendo. Le siguió Jirones. Tomaron la calzada arada hasta la estación e intuyeron que la Dama Doblada no había venido a darles de comer. Volvieron corriendo a la calle arada y se dirigieron a la casa encantada, un lugar mejor que el peaje en una mala tormenta.

En el patio nevado, Tacómetro se deslizó bajo uno de los botes volcados y se escondió en el asiento, un escondite que ya había utilizado antes. Tatters, que estaba justo detrás de ella, olió que Queenella estaba en casa, pero se zambulló por el hueco de la ventana y entró en el sótano a pesar de ella. Se sacudió la nieve, maniobró con elegancia entre los neumáticos y las cajas y se metió en un cajón parcialmente abierto de un viejo baúl.

Una hora más tarde, Tacómetro, que seguía bajo el bote, sintió una mayor presión de esta gran tormenta y siguió a Tatters hasta el sótano, a pesar de Queenella. Encontró a Tatters en el arcón, saltó sobre su parte superior y se metió en el cajón. Frotando su cabeza contra la de Tatters a modo de saludo, se acurrucó junto a ella.



"Esta es la ventisca del miedo. Cien mil personas ya están sin electricidad, y hay un amontonamiento en la Ruta g^ una milla de largo. Utilice el transporte público ifjou debe salir. Pero permanecer en el interior ifjou no son necesarios para luchar contra esta tormenta. Manténgase en sintonía con esta estación para más información sobre la tormenta de nieve. "

El viento había metido nieve por una ventana rota del camión donde se escondía Elizabeth. La detestó y se dirigió a la cálida y seca casa encantada. Entró en la casa por la grieta perfumada de Rachet en los cimientos y echó un vistazo a su alrededor. Estaba a punto de tener gatitos y tenía una cosa en mente: un nido. Nada, ni siquiera Rachet o Queenella, podría interponerse en su camino. Encontró un barril de vestidos viejos y se acurrucó cómodamente entre lentejuelas y seda. Luego roció para decir a las otras gatas que había gatitos en camino. Entendieron su mensaje.

Queenella se despertó, olió a los gatos, siseó en altos decibelios y volvió a dormirse. Estaban lo suficientemente lejos en el gran sótano como para no provocar su ira.

Flea Mercados fue la última de las gatas de la estación de Roxville. en abandonar su Primer Hogar y venir a través de la nieve hasta la casa encantada. Ella también conocía este sótano con sus cálidas tuberías y conductos de calefacción, y ella también, como todos los gatos, había sentido la presión de la llegada de una tormenta ártica. Sensatamente, todos buscaron el calor a pesar de Queenella. Cubitera estaba en un cubo en la carbonera, Flea Mercados acurrucado en una caja de papeles, Tatters y Tachometer estaban en el cajón de una cómoda, Elizabeth estaba en el barril de los vestidos, y Ratchet estaba trepando por su conducto de calefacción.

Los gatos de Roxville estaban todos juntos en un mismo lugar por primera vez en su vida. La tormenta continuaba.

Capítulo 7

La caldera de aceite se apagó de repente. Las luces se apagaron en la casa de arriba, pero los gatos asilvestrados e independientes de la Estación Roxville estaban acurrucados cómodamente. ajenos a la luz o a la oscuridad en el sótano de la casa encantada que pertenecía a la señora Matute, que odiaba a los gatos.

"Todos los suburbios del norte están sin electricidad. Hay varios pies de nieve en Central Park y más cayendo a razón de una pulgada por hora. En algunas zonas, dos. "

Mike estaba preparado. Tenía una linterna y algunas velas. Encendió una lámpara de aceite y luego un fuego de carbón en la estufa Franklin. Él y Alice Matute se acurrucaron junto a ella. —Aquí es donde una casa vieja viene bien. —dijo la señora Matute, acercando las manos a la estufa. — Tengo frío.

—Deberíamos tener un gato. Te calentaría el regazo, —dijo Mike, dándole otra oportunidad a su plan del gato.

—No.

—No te costará ni un céntimo, —dijo él, consciente de su conciencia monetaria. — Puedo alimentarla ahora que los funcionarios del condado decidieron que puedo quedarme con el dinero de la Seguridad Social de mi padre.

—Eso no es definitivo.

Click, click, click, click, sonó débilmente el conducto de calefacción.

—¿Oíste eso?, —dijo la señora Matute, sentándose hacia delante.

—Sí, —respondió. Curioso, se acercó al conducto de la calefacción central.

—Son los conductos enfriándose, —dijo Mike.

—Es ese fantasma, —dijo la señora Matute.

Mike puso la oreja contra el conducto.— ¿Sólo un gato?, —preguntó.

—No.

"Hay pocos coches y menos gente en las calles de la ciudad. Las máquinas quitanieves trabajan contra vientos huracanados y ventiscas. No dan abasto. Los vientos soplan a cuarenta millas por hora en la ciudad y a cuarenta en los suburbios, donde las dos tormentas se han encontrado. Las temperaturas bajarán a un solo dígito durante la noche".

Mike calentó una olla de sopa en lo alto de la estufa Franklin y abrió una caja de galletas. Él y la señora Matute comieron mientras observaban cómo la nieve se amontonaba en los alféizares de las ventanas, trepaba por los cristales y cortaba la luz del día. Estaba tan oscuro que la noche parecía haber llegado a media tarde dentro de la casa encantada.

—Voy a por más carbón —dijo Mike, empuñando la linterna y cogiendo el porta carbones. La señora Matute se envolvió con más fuerza en su chal azul y se acercó más a la estufa. Mike atravesó a toda prisa la oscura cocina hasta la puerta del sótano. Al abrirla, se encontró con un olor a jengibre. Exploró el sótano con su linterna para encontrar lo que desprendía el olor, pero no vio nada.

Rachet siseó a Mike desde su conducto de calefacción. El silbido estaba por encima del alcance de los oídos humanos, pero Tacómetro, Jirones, Cubitera, Flea Mercados, Elizabeth y Queenella lo oyeron claramente. Rachet les había dicho que Mike era un enemigo potencial. Retrocedieron más en sus cubos, cajas y cajones de la cómoda. Cubitera puso pies en polvorosa mientras Mike, con su carbonera llena, pasaba a su lado.

Estaba a medio camino de los escalones cuando tuvo la abrumadora sensación de que el gato tigre le estaba observando. Alumbró los trastos del sótano y luego los conductos de la calefacción. Los ojos verdes de Rachet brillaron. A Mike le dio un vuelco el corazón.

—Aquí, gatito, gatito, gatito.

Ella no se movió.

"Los coches de la ruta 95 están atascados por la nieve y la mayor parte de la ciudad no tiene electricidad. Las máquinas quitanieves tienen problemas para atravesar los dos metros de nieve."

"Quédense adentro. Es una ventisca mortal. El techo de una casa en los suburbios se ha derrumbado bajo el peso de la nieve, y hay informes de

personas atrapadas en sus coches. Háganos saber dónde está. Le llevaremos ayuda tan pronto como podamos".

Mike volvió al salón, echó carbón al fuego e intentó no mostrar a la señora Matute lo contento que estaba de tener a Rachet cerca. Se sentó en la oscuridad, observando el baile de las llamas en la estufa. Estaba pensando con nostalgia en tener a Rachet en su regazo cuando se oyeron golpes en la puerta principal. Mike dejó de soñar y se apresuró a abrirla. Allí, con las mejillas coloradas y cubiertos de nieve, estaban Lionel Vinski y sus padres.

—Vimos el humo de la estufa Franklin y esperábamos que nos dejaras entrar. ¿Podemos dormir en tu piso junto al fuego? —Lionel preguntó.— Tenemos la calefacción y las luces apagadas.

—Si no lleváis a ese perro con vosotros, —gritó la señora Matute desde el salón.

—Sé que no te gusta Stalin, —llamó el señor Vinski,— así que lo dejamos en casa bajo abrigos viejos y una manta. La casa está a oscuras y parece que estamos a cero.

Trajimos nuestra propia comida y sacos de dormir, —llamó Greta Vinski.

—Pasad, pasad, —respondió la señora Matute

A medianoche, el suelo del salón estaba sembrado de cuerpos dormidos, y en el sótano, debajo de ellos, los gatos de Roxville cazaban ratones.

Todos menos uno: Elizabeth estaba haciendo una especie de nido en el barril de los vestidos, entre una bata de seda azul y una camisa violeta, justo debajo de donde dormía la señora Matute en el salón.

Mordiendo los botones de la camisa violeta y mordisqueando las varillas del vestido azul de lentejuelas que sobresalían como palos, creó un lugar para dar a luz. Luego se lavó cada parte de sí misma. Cuando estuvo limpia como una gata, se tumbó y ronroneó. Sus músculos se contraían y expulsaban al primer gatito de su cuerpo.

Lentamente al principio, luego con prisa, el primer gatito, un bebé negro puro excepto por sus patas blancas, llegó enrollado en una membrana. Elizabeth la retiró con la lengua y cortó con los dientes el cordón umbilical a través del cual había estado alimentando al gatito durante sesenta y tres días. Luego lo

lamió hasta dejarlo seco. Se detuvo y descansó, tapándose los oídos ante las ráfagas de viento de ochenta kilómetros por hora.

El gatito tenía los ojos cerrados; sus oídos no oían el viento y no veía, pero olía. Su olfato le llevó hasta la leche de su madre. Como el hierro a un imán, se acercó a una teta y se la metió en la boca. No la soltó hasta que su madre se levantó para dar a luz a un segundo gatito.

El sexto gatito de Elizabeth nació sobre las 5:30 de la mañana, según su reloj interno. Una hora más tarde se puso en pie, se estiró y sintió el dulce olor de los gatitos.

Rachet se despertó, inhaló las feromonas de los gatitos y se quedó dónde estaba, sabiendo que Elizabeth ya no sería la Elizabeth tímida. Combatiría con uñas y dientes a cualquier animal que se acercara a sus gatitos: gatos, perros, zorros, incluso animales tan grandes como los humanos. Rachet marcó un nuevo sendero a través de la chatarra de la base que daba manga ancha al barril de vestidos. Tras dar un rodeo, llegó a su pasadizo en los cimientos.

Estaba bloqueado por la nieve.

Volvía al conducto de la calefacción hacia las ocho de la mañana cuando Mike bajó los escalones que conducen al depósito de carbón. La buscó con el barrido de su linterna, llamando. "Gatito, gatito, gatito".

Rachet sintió que algo tiraba de ella hacia él. Tenía un magnetismo cálido, pero era humano. Ella siseó odio en notas demasiado altas para que él las oyera. Describían a un humano torturador y pateador de pies. Arqueó la espalda y agitó la cola enérgicamente.

Tachometer oyó el "gatito, gatito, gatito" de Mike y retrocedió en el cajón ante el comentario de Rachet. Tachometer había conocido a pocos humanos, ya que había nacido en la naturaleza y había sido criado por una inteligente madre salvaje. Pero el agudo silbido de Rachet fue una advertencia. Se agachó en el cajón.

Mike vio las orejas de Tachometer o por encima del cajón de la cómoda. Eran orejas negras, no amarillas.

—Hay dos gatos aquí abajo, —dijo en voz alta y sonrió. — Dos gatos. La señora Matute se pondría furiosa.

De repente oyó un chillido explosivo. Venía de los conductos de la torre, un grito salvaje e infeliz. Sonaba como un fantasma de película.

—¡Esta casa está encantada!, —dijo, y se rio de sí mismo. Había sido un chillido agudo y solitario que resonaba por los conductos. ¿El viento? ¿La ventisca? Mike alumbró con su linterna todo el sótano, todavía buscando a Rachet. No la encontró, así que subió lentamente las escaleras hasta la cocina. Junto al fregadero, miró la tormenta por la ventana cubierta de nieve.

El viento había amontonado la nieve en montones de dos metros. El jardín y el campo estaban blancos como el Ártico. Había árboles derribados y enterrados bajo iglús de nieve. Los postes eléctricos habían volado y sus cables escupían peligrosamente en la nieve.

—

Mike pensó en Rachet y sonrió al saber que estaba a salvo en su casa.

Al amanecer del día siguiente, los ciervos de los pantanos de las tierras bajas abrieron senderos hacia los álamos y cedros comestibles. Pisotearon la nieve profunda para abrir sus avenidas hacia los árboles. Su temperatura corporal era baja, una maniobra biológica para ahorrar energía. Los ciervos acudían a estas tierras bajas todos los inviernos, como habían hecho sus antepasados antes que ellos.

Un carbonero en una rama de cedro bajo la nieve no se levantaba al amanecer como le indicaba su reloj interno. Permaneció bajo la capa de nieve, donde hacía más calor que en el aire bajo cero. Gorjeó. Otros tres pájaros le respondieron.

Shifty, el zorro rojo, se había enfrentado a un zorro macho rival justo antes de la tormenta utilizando su cola como una espada. Ahora dormitaba durante la ventisca y sus consecuencias cerca de la entrada de su guarida. Estaba protegiendo a Shafty, su pareja, que tendría a sus cachorros en abril.

En el arce hueco, no lejos de los zorros, Ringx estaba en hibernación parcial, no en la hibernación profunda de las marmotas, sino en un sueño atontado del que podía despertar si era necesario.

Los pavos habían volado a los árboles para huir de los zorros. Allí se habían hinchado las plumas, pues el aire entre las plumas es mucho mejor aislante que las mantas de lana o las parkas. Sus pies descalzos, como los de

todas las aves, tienen un sistema circulatorio que permite que los pies se enfríen sin enfriar demasiado el cuerpo.

Fang se había metido en el agujero de la ardilla Cheek

y se había enroscado como la cuerda de un barco en hibernación de serpiente. Mejillas y su compañera dormían en invierno en su cama/sala de estar.

Los ratones hacían túneles hasta las semillas bajo la nieve más caliente que el aire.

Los numerosos animales de Roxville sobrevivían a la ventisca a su ingeniosa manera.

Mike, por su parte, hacía viajes a la carbonera en busca de combustible y buscaba a Rachet. Sonrió cuando pensó en la señora Matute con sus hermosos y ágiles gatos viviendo justo debajo de ella.

Capítulo 8

Volvió la luz y los Vinski se fueron a casa. Encontraron a Stalin durmiendo en el sofá, donde no debía estar. Se despertó a su llegada, echó un vistazo a su regañina y se escabulló con el rabo entre las piernas.

Los habitantes de Roxville empezaron a salir. El primer tren desde el punto álgido de la tormenta llegó a la estación alrededor de las diez de la mañana. Llegaba tarde porque los ferroviarios tenían que descongelar las agujas y arar los ventisqueros. En las calles de Roxville, los vehículos de emergencia respondían a las llamadas de socorro.

"Todavía hay zonas sin electricidad y la temperatura sigue bajo cero. La sensación térmica es de diecisiete grados bajo cero. El centro del condado está abierto para los que aún no tienen calefacción".

Mike salió y estaba limpiando el suelo cuando, de repente, se preguntó si Rachet y los otros gatos del sótano tendrían suficiente comida. No le preocupaba el agua. Se comerían la nieve. Se apresuró a terminar el camino y luego se abrió paso a través de la nieve hasta la parte trasera de la casa. La nieve tenía un metro y medio de profundidad sobre los cimientos de piedra. Ningún gato podía salir a comer nieve, y mucho menos a cazar ratones. Paladeó con furia, encontró el pasadizo de los cimientos de Rachet y cavó un camino entre éste y el porche. Los gatos podrían saltar hasta allí y probablemente encontrarían un ratón entre las viejas persianas y mosquiteras.

Preocupado por que los ratones del porche no fueran suficientes, cavó un camino desde el porche hasta la calle arada. No se atrevió a poner comida para gatos por miedo a que la señora Matute la viera y le hiciera preguntas. Con el camino despejado, estaba seguro de que Rachet y el otro gato podrían llegar a la estación. Esperaba que las aceras del barrio estuvieran despejadas para que la Señora Doblada pudiera llegar a la comisaría con sus latas de comida para gatos. No sabía nada del pozo de Queenella con la ventana rota, así que no lo desenterró.

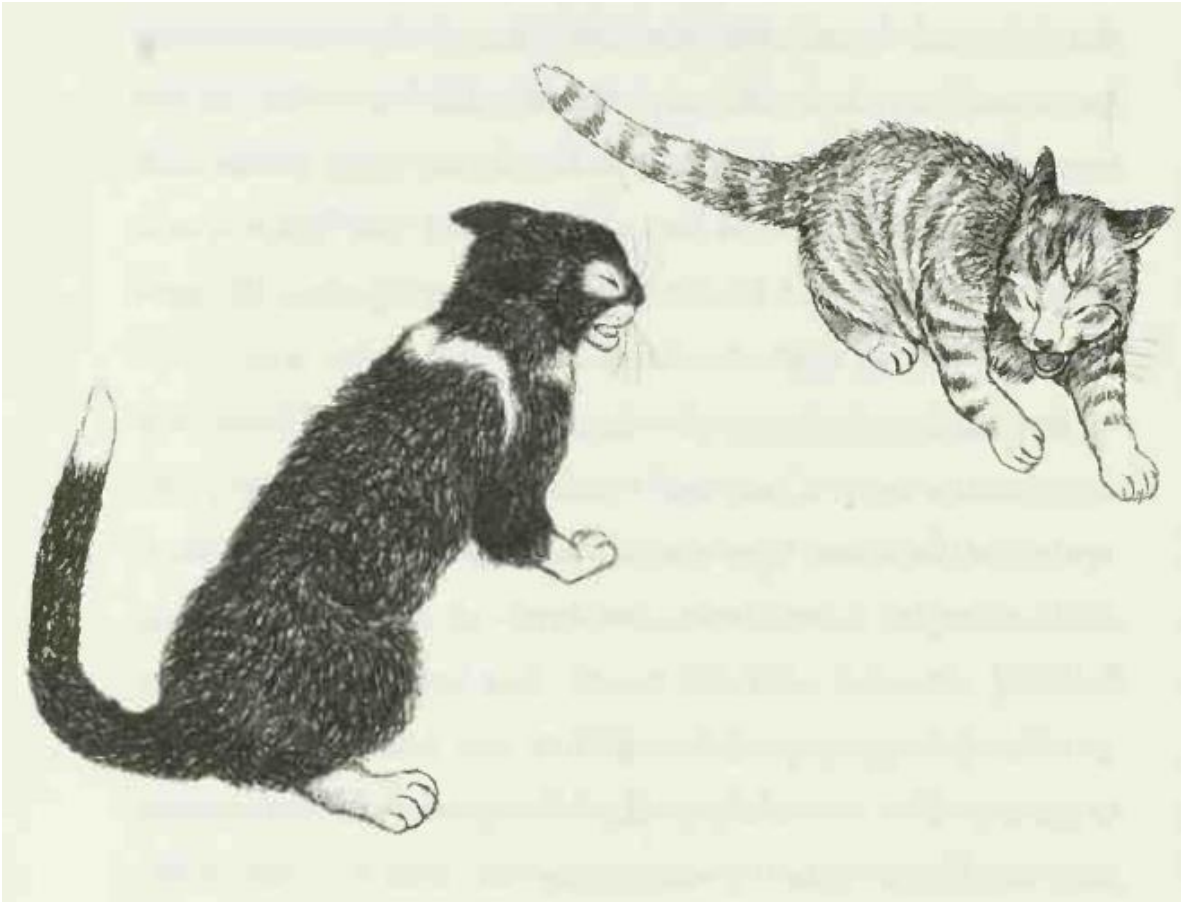
En el sótano, Rachet estaba sentada en el conducto de la calefacción, dormitando y esperando pacientemente a que el mundo cambiara y la nieve desapareciera como la lluvia. Tenía hambre y sed, pero ya había pasado hambre

y sed antes. Por su experiencia pasada sabía que si se movía lo menos posible ahorraba fluidos corporales y energía. Pero Queenella no había aprendido esa lección, y cuando Mike abrió el pasadizo de Rachet, Queenella corrió con todo su vigor felino para reclamarlo.

Al ver amenazada su propiedad, Rachet sintió de repente la furia de la propiedad. Queenella estaba en su territorio. A pesar de que Queenella era la gata superior, Rachet saltó con elegancia desde el conducto de la calefacción. Agazapada detrás de un cubo de pintura seca, con las ancas en alto, se puso en posición de salto. Este era su dominio, su territorio. Lo defendería. Gruñó en lo más profundo de su garganta. Queenella lo oyó, se detuvo y apartó la mirada. Rachet volvió a gruñir y apartó la mirada de Queenella cuando ésta la devolvió.

Rachet inclinó la cabeza. Queenella inclinó la cabeza, el movimiento para proteger sus gargantas en una pelea. Queenella apartó los ojos de Rachet, muy consciente de si la miraba o no. Tras largos minutos de fingir ignorarse mutuamente, aplanaron las orejas hacia atrás y hacia abajo con agresividad

.



siseó Queenella. Apartó los labios y dejó al descubierto sus afilados dientes caninos blancos, una declaración a Rachet para que tomara precauciones. Queenella había hecho este gesto de batalla con ella antes y había ganado. Estaba segura de que la joven gata, Rachet, no la desafiaría, pero para asegurarse, gruñó.

Tachometer y Tatters la oyeron, se asomaron al cajón y luego agacharon la cabeza rápidamente. Los gestos de los dos gatos habían indicado a los demás que estaban dispuestos a luchar. Tatters se fue a la parte de atrás del cajón, pero Tachometer se quedó delante y mantuvo sus ojos valientemente en los guerreros. Sus orejas se inclinaron hacia delante.

Flea Mercados saltó hacia el conducto de calefacción y olfateó el aroma de la guerra. Tensó el cuello para no llamar la atención y observó.

Al oír el gruñido de Queenella, Cubitera salió de la carbonera y se encorvó detrás de un barril para mirar.

Elizabeth no oyó nada. Estaba ocupada con la maternidad.

Las pupilas de Rachet se agrandaron por la ira y el miedo; su pelaje se erizó. Queenella no se movería de su propiedad, de su territorio.

Queenella olió la ira de Rachet y desenvainó las garras. Olía a guerra de gatas.

Rachet también olió las feromonas de la guerra y metió la cabeza para protegerse el cuello, previendo lo peor. Había visto las garras desenvainadas de Queenella, que hablaban de una lucha inminente.

Apartó la mirada y volvió a mirarla cuando Queenella la apartó. Queenella apartó la mirada y volvió a mirarla cuando Rachel la apartó. Media hora después, Queenella levantó los cuartos traseros para lanzarse hacia el pasadizo y reclamarlo con su olor.

Rachet sintió este movimiento en sus bigotes y se levantó. Con la cola baja, caminó con las piernas rígidas hacia Queenella, que rodó hacia su lado. Su cabeza y sus hombros guiaban a su cuerpo, un movimiento de "ven a luchar conmigo". Rachet, sorprendida por este movimiento, dejó de caminar. Queenella levantó la pata delantera, simulando un golpe. Rachet avanzó de nuevo, acercándose.

Queenella golpeó la nariz de Rachet, un punto sensible en la mayoría de los mamíferos. Rachet levantó las fosas nasales fuera del alcance de sus garras desenvainadas y respiró como un león. Queenella golpeó y falló. Enfurecida, agarró y derribó a Rachet con las patas delanteras, con la boca abierta y la voz en silencio. Con sus patas traseras intentó abrir el vulnerable estómago de Rachet.

Aunque estaba fuertemente sujeta por las patas delanteras y las mandíbulas de Queenella, las fuertes patas traseras de Rachet aún podían rastrillar sin piedad el vientre de Queenella. Ambas gatas estaban de costado, golpeándose con garras y dientes. Queenella aulló. Rachet siseaba, escupía y gruñía. De repente, Queenella rodó bajo Rachet y le rastrilló el estómago con sus poderosas patas traseras. Rachet chilló. Queenella chilló.

La puerta de la cocina se abrió.

—¿Quién está ahí abajo?

La señora Matute vio a los dos animales en guerra desde lo alto de la escalera.

—¡Gatos! — jadeó.

Cerró la puerta de un portazo, corrió hacia el teléfono y llamó al exterminador.

Rachet, alarmado por la aparición de la mujer, dejó de arañar el estómago de Queenella y corrió de nuevo hacia su conducto de calefacción. Queenella se puso en pie de un salto y, sin siquiera sacudir su pelaje erizado, se zambulló por la grieta de los cimientos, rociando con su olor las paredes del pasadizo para reclamarlo como suyo. Saltó a un mundo nevado, sacudió las patas y volvió a entrar. Corrió hacia su caja de trapos junto a las tuberías de agua caliente.

El rango cambió con esa pelea. Rachet había luchado con la reina y habían quedado casi empatados. Ahora era la segunda en la jerarquía de los gatos de Roxville.

Después de la pelea, Queenella no prestó ninguna atención a Rachet, y Rachet no prestó ninguna atención a Queenella. Conocían sus posiciones, y obedeciéndolas se estableció la regla gatuna de la tolerancia.

Los otros gatos reaccionaron a la pelea lavándose enérgicamente. Luego volvieron a dormirse como si nada hubiera pasado.

Rachet gruñó. Por ahora se quedó en el conducto. Pero ella debe tener esa caja de trapo por las tuberías de agua caliente. Era tan acogedora, pero sobre todo era un signo de supremacía: el primer hogar de Queenella.

Capítulo 9

Sonó el teléfono en la oficina de oficina de Boot It Pest Exterminador; contestó el dueño.

—¿Sí-qué? —Se aflojó el pañuelo del cuello con el pulgar y se pasó la mano por el pelo ralo.

—Señora, estoy hasta arriba de trabajo. Los ratones y las ratas han salido de la tormenta y se han metido en tantos sótanos que no puedo contarlos.

—¿Qué, quiere deshacerse de los gatos y no de las ratas? Señora, será mejor que llame al SPGA.

—¿Usted qué? ¿Quiere que los maten?

—¿Son gatos callejeros? ¿Cómo lo sabe?

—Señora, estoy en su zona esta mañana, echaré un vistazo y veré qué puedo hacer.

La señora Matute colgó el teléfono cuando Mike llegó del fuerte que él y Lionel estaban construyendo en el patio trasero. Se sentó en la mesa de la cocina y dobló los brazos.

—He llamado al exterminador, —dijo.— Hay gatos en mi sótano. —Se levantó rígida pero con autoridad y le preguntó a Mike si el camino de entrada estaba despejado. No esperó respuesta, pero dijo— El exterminador llegará pronto. No puede llegar a la puerta principal con toda esa nieve.

—Rachet, —respiró Mike. Decidió no decirle que ya había limpiado el camino. Saldría por la puerta principal y le haría creer que había salido a quitar la nieve, cuando en realidad estaba en el sótano espantando a los gatos. No tenía mucho tiempo.

—Oh, vale, —le dijo, como si fuera reacio.— Le pediré a Lionel que me ayude y así el trabajo irá más rápido. —Sabiendo que Lionel se había ido a casa a comer, Mike se puso apresuradamente el abrigo y salió por la puerta principal, raspó ruidosamente la pala de nieve en el porche y luego se dirigió a la vieja canaleta que hacía rodar el carbón para la estufa hasta el cubo. Lo limpió de

nieve, lo abrió y se quitó el abrigo. Con los pies por delante, se deslizó hasta el lúgubre cubo. Cubitera siseó en decibelios por encima del oído humano.

Cuando los ojos de Mike se adaptaron a la oscuridad, oyó al exterminador al final de la escalera.

Se cubrió con una vieja lona y se agachó.

—Gatos, —oyó decir a la señora Matute desde lo alto de la escalera.

—Yo también odio a los gatos, —respondió el exterminador. — Yo prefiero los perros.

El hombre encendió su linterna, bajó los escalones y se paró a menos de un metro de Mike. Rachet observaba desde el conducto de la calefacción, con los pies debajo, lista para salir corriendo.

El hombre dejó un gran bote en el suelo mientras medía el sótano para calcular la cantidad de fumigante que necesitaba. Encendió la luz sobre el sótano y dos pares de ojos verdes brillaron en el conducto de la calefacción. Mike siseó, como un gato, para distraerlo. El exterminador se volvió hacia Mike para localizar el sonido y Rachet apartó la mirada.

Mientras Mike observaba desde un agujero en la lona, se preguntaba cómo podría salir antes de que el fumigante lo dominara. En ese momento, el exterminador vio la ventana rota y gritó a la señora Matute que el fumigante saldría por ella.

—No puede ser, —dijo, acercándose a la ventana y midiendo el cristal.

Entonces el exterminador subió los escalones del sótano hasta la cocina para decirle a la señora Matute que iba a buscar cristal para la ventana.

—Odio a los gatos, —dijo, dándose cuenta de que tenía una aliada en la señora Matute.— Volveré más tarde y nos llevaremos a los gatos. Que les vaya bien.

—Gatos, —refunfuñó, y atravesó el vestíbulo y salió por la puerta principal, dejando el bote en el suelo del sótano.

Cuando se hubo ido, Mike se deslizó por el conducto del carbón y se metió en la nieve. Se puso el abrigo, esperando que el otro gato percibiera la salida del contenedor de carbón y saltara por ella.

Rachet dio la alarma cuando olió el aroma del bidón. Los otros gatos percibieron el olor de su spray. Era una sirena de gato. Cubitera salió corriendo de la carbonera y se zambulló por el pasadizo de los cimientos.

Dudó en el frío, luego tomó el camino de Mike a través de la nieve hasta el porche. Con gracia, saltó hasta él y se escondió entre las pantallas y persianas deterioradas. Tachometer olió la alarma, saltó del cajón, cruzó el espacio abierto de Rachet y salió por la ventana de Queenella. Encontró el rastro de Cubitera, lo siguió y saltó al porche, pero no se unió a ella. En lugar de eso, continuó hasta los escalones de la entrada y bajó a la calle arada. Manteniéndose agachada, se escabulló hacia el aparcamiento, evitando a la gente con carreras y paradas vacilantes. El arado había despejado el camino hasta el peaje, y ella se zambulló en su Primera Casa y desapareció en los soportes.

Tatters salió del sótano detrás de Tachometer y siguió el olor de su hermana hasta el peaje. Subió la cabeza contra la de Tachometer en señal de saludo se tumbó a su lado.

El Rastro olió el miedo en el aire y salió despavorido hacia el pasadizo. Con el olor de la alarma aun quemándole la nariz, se escabulló por la pared y se zambulló por la ventana prohibida de Queenella, una salida valiente para Flea Mercados.

Una vez fuera, olió que Tachometer, Jirones y Cubitera habían saltado al porche. Ella también saltó, ignorando a Cubitera tras las persianas y mosquiteras, y bajó suavemente los escalones de la entrada y salió a la calle. Con la cola hacia abajo y la espalda recta, se dirigió a un contenedor abierto. Dentro encontró algunos papeles triturados y se acurrucó sobre ellos. Queenella había salido del sótano cuando oyó la voz áspera del hombre en el piso de arriba. Tomó el camino arado hasta la casa de Mame y Janet y se arrastró bajo su porche.

Elizabeth era la única gata que quedaba en el sótano. A pesar de los productos químicos del miedo y los fumigantes,

ella no dejaría a sus seis gatitos ciegos e indefensos. Los cubrió con su cuerpo para protegerlos del desastre y permaneció con ellos toda la noche.

Entonces, una garrapata que se había atiborrado después de morder el interior sin pelo de su oreja se soltó y cayó junto a su pata. Se arrastró, gorda y turgente, a la caza de un lugar donde poner huevos.

Al ver la garrapata, Elizabeth se desesperó por mover a sus gatitos. Para una gata madre, las alimañas eran peores que el miedo a un perro. Podía arañar el hocico de un perro, pero no podía arrancar la vida de algo tan duro y pequeño como una garrapata. Agarrando a un gatito por el cuello, lo sacó por la ventana de Queenella hacia el frío y la nieve. Olió a Cubitera y siguió su olor hasta el porche. Cubitera estaba en el centro de los biombos apilados, calentito y acogedor. Elizabeth dejó al gatito lo más lejos posible de Cubitera, pero protegido por una persiana rota y justo delante de las narices de la señora Matute, por así decirlo.

Con un murmullo al gatito para que se quedara quieto, volvió a por otro. Mientras tanto, el señor exterminador de plagas Boot It había vuelto con su hijo para arreglar la ventana.

—Fumigaremos en cuanto coloquemos esta ventana en su sitio, —le dijo el exterminador a su hijo. Luego se puso manos a la obra para volver a colocar

el cristal. Temerosa como estaba, Elizabeth determinadamente llevó un tercer gatito al porche.

—Estoy listo para soltar. Ve a decirles a la señora y al niño que se vayan ya, Buster, —le dijo a su hijo.

Buster subió los escalones hasta la cocina, metió la cabeza por la puerta y gritó a la señora Matute que ya era hora de que se marcharan.

Mike cogió la maleta de cuero de la señora Matute y su propia mochila y salió por la puerta trasera. Algo voló por encima de su cabeza y, al levantar la vista, vio una gran figura blanca que giraba alrededor de la torre y desaparecía.

De repente, parpadeó.— Debe de ser el fantasma de la señora Matute, — se rio, y entonces vio un pequeño gato amarillo en una rama del arce. Se sintió aliviado. En ese momento pasó de la preocupación a la alegría.

—Rachet, —susurró. — Estás a salvo.

Felizmente, se dirigió a la casa de los Vinski, apartó la nieve de la valla y, haciendo equilibrios con la maleta y la mochila, bailó a lo largo de ella hasta llegar a la acera de enfrente de los Vinski. Dando un respingo, saltó, bailó un tango y llamó a la puerta. Lionel le abrió, diciendo que la señora Matute ya estaba allí.

Minutos después el fumigante llenaba el sótano. Se filtró por debajo de las puertas y entró en la cocina y el salón de la casa victoriana. Allí se diluyó y se despejó.

Al día siguiente, Mike y la señora Matute volvieron a casa. El señor exterminador de plagas Boot It vino y más tarde informó de que había encontrado tres gatitos muertos... y eso era todo. Nada de gatos grandes. Pero cobró su tarifa y se llevó los gatitos para tirarlos a su contenedor de basura. Sólo se preguntó brevemente qué había sido de los gatos que había visto la señora Matute.

Mike lo vio marchar con alivio y aplaudió la huida del astuto Rachet hacia el arce. Debía de haber presentido algo maligno. Se preguntó cómo.

—Si los gatos tienen nueve vidas, —reflexionó, — entonces Rachet tiene diez o quince.

Rachet se quedó en la rama del arce, gato-paciente. Aquella noche bajó del árbol y se dirigió hacia su neumático. Cavó hasta ella. Después de la fumigación, nunca volvió al sótano de la casa encantada.

Capítulo 10

El deshielo llegó de repente. Soplaron vientos cálidos del sur y la temperatura subió hasta los 40 grados, inusual para marzo.

Con el aire caliente, la nieve se derritió rápidamente, inundando ríos y arroyos. Los vasos de papel y los periódicos llegaron hasta los desagües y los bloquearon, inundando las aceras y las calles.

Miles de estorninos ennegrecieron el cielo cuando, en respuesta a este clima inusualmente cálido, abandonaron sus nidos de invierno en la ciudad y volaron hacia el norte, a Roxville.

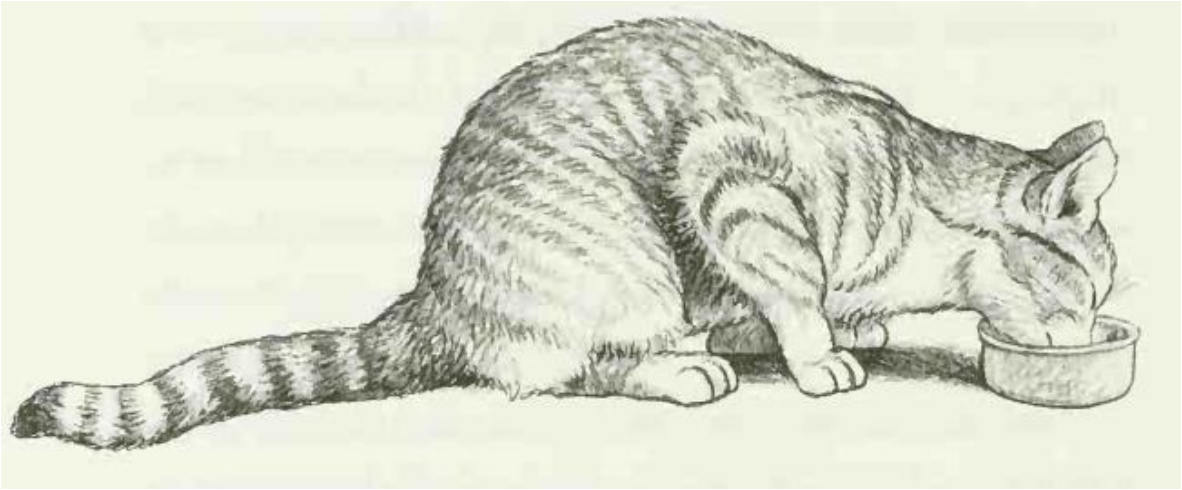
Medio dormido, Rachet escuchó a un macho de mirlo de alas rojas cantar su "bomba oxidada" desde los juncos que bordean el río Olga. Decenas de reyezuelos coronados de oro cantaban a coro en las copas de los árboles. Si el tiempo cálido persistía, se dirigirían al norte, a las altas copas de los árboles donde construyen sus nidos colgantes, pero si volvía el frío, volarían al sur o morirían de hambre. El tiempo fue extraño este año y confundió a algunas de las aves que responden a las temperaturas altas y bajas.

Un chochín de Carolina que había vivido todo el invierno en las tierras bajas de los ciervos voló a un árbol cerca de Rachet para espigar los insectos que se despertaban en los días cálidos. Después de comer y entonar una canción burbujeante, volvió a las raíces del árbol volcado junto al río, donde su compañera estaba ocupada. Estaba tan confusa por el tiempo que había llevado palos para empezar un nido en una acogedora cueva en las raíces unos meses antes.

Respondiendo también al calor, el macho cantó cuarenta de sus cuarenta y una canciones para notificar a su vecina Carolina que esta tierra era suya. Su vecino le devolvió el canto. Para marcar su territorio, los pájaros se cantan unos a otros en lugar de pelearse.

Mike fue a la escuela antes de lo habitual pasando por la estación para buscar a Rachet. Cuando llegó, ella estaba comiendo en una de las latas de comida para gatos. Estaba tan contento que le hizo un gesto con el pulgar.

Rachet levantó la cabeza, le miró y luego miró hacia otro lado. Se preguntó qué estaría haciendo. El movimiento era tan de ballet que la imitó divertido. Miró hacia otro lado cuando ella le miró. Volvió a mirar cuando ella miró hacia otro lado. Y, extrañamente, sintió como si estableciera un vínculo con él.



Rachet por su parte sintió que aquí había un humano que hablaba "gato". Ronroneó.

Durante el siguiente mes de abril, Mike pudo acercarse a Rachet a menos de dos metros, luego a dos y luego a cuatro.

—Le gusto, —dijo en voz alta, emocionado. Pero cuando alargó la mano para acariciarla, ella echó a correr, y él añadió para sí, a su *misteriosa manera...*

Capítulo 11

Recelosa de la casa encantada, Rachet se instaló en un gran arbusto de zarzas verdes al borde del bosque, entre zumaques, arces y espinas. Arañó un túnel serpenteante a través del arbusto hasta llegar a unos palos y hojas y se instaló allí. Ni siquiera Shifty podía sortear las zarzas para llegar hasta ella, y el señor Vinski llevaba ahora a Stalin con una correa más pesada. La lluvia no atravesaba los densos tallos y Stalin estaba a salvo y seca.

Aunque tenía un nuevo hogar, Rachet seguía pensando en la caja de trapos que había junto a las tuberías de agua caliente. Si pudiera reclamarla, desbancaría a Queenella de su primera posición en el orden de los gatos de la estación de Roxville. Ella, Rachet, reinaría.

Se contrajo y abrió las garras de placer al pensar en la comida y en el Primer Hogar que le aseguraría ser la primera gata.

Los días pasaron de cálidos a fríos varias veces y luego llegó mayo. La vida salvaje de Roxville se volvió realmente ajetreada. Los estorninos estaban construyendo nidos, Shifty y Ringx estaban amamantando cachorros, y Windy estaba alimentando a polluelos medio crecidos. Los cazaba escuchando los sonidos que hacían los animales, más que viéndolos. Todos los búhos tienen una oreja más baja que la otra para poder triangular los crujidos y los movimientos. Una vez localizado el sonido, se centran en la presa y la atacan sin verla.

Una noche, tras capturar un ratón en los acantilados del río Olga, Windy voló con él hasta sus mochuelos, "oyendo" las numerosas ramas del bosque sin tocar ninguna. Su oído era así de preciso y exacto.

Voló bajo sobre la maraña de zarzas verdes, oyó respirar a Rachet y viró sobre el campo hacia los lechuzas.

Al amanecer, Rachet oyó a Stalin olfateando su rastro, y luego sintió el roce de su correa cada vez más cerca. Estaba suelto. El señor Vinski corría detrás de él y en poco tiempo llegaron a la entrada de la espesura. El señor Vinski agarró a Stalin, que ladró para anunciar la presencia de Rachet, pero Rachet estaba en lo alto de la zarza.

Stalin siguió ladrando hasta que el señor Vinski lo arrastró de vuelta al carril bici. Rachet siseó.

Confundida por el calor, una hembra de cardenal colocó un palo en la horquilla de un arbusto y empezó a hacer un nido. Cuando construyó el nido, su pareja no ayudó pero cantó claramente y en voz alta que ella era suya y que este era su territorio. Él la alimentaría con dulces golosinas cuando estuviera terminado y ella estuviera lista para poner huevos. Pero eso sería dentro de casi un mes. Este clima cálido y frío había mezclado a los cardenales, así como a los chochines de Carolina.

Los pájaros se fueron volando. Al percibir que sólo había ciervos en el bosque, no zorros ni búhos, Rachet rodó sobre su espalda, con las piernas estiradas, y bostezó. La cierva y su cría pasaron junto a Rachet. La cierva estaba enseñando a su cervatillo su camino secreto hacia la mejor comida. Lo condujo a un jardín de hostas. Se las comieron todas y desaparecieron en las sombras de la mañana. Los ciervos habían pasado todo el invierno en las tierras bajas, donde sólo podían comer cedros y ramitas. Ahora disfrutaban de las dulces plantas jóvenes de los jardines y patios de los suburbios.

Dos gorriones comunes anidaron pronto. A finales de mayo ya habían construido un nido en el alero del peaje y puesto seis huevos. Cuando eclosionaron, Tachometer oyó a las crías y saltó al tejado. Se dirigió hacia el alero del que procedía el ruido. De repente, resbaló sobre la lata. Aunque se escabulló con sus garras, patinó por el tejado y salió. Aterrizó a cuatro patas en el asfalto y volvió a intentarlo. De nuevo resbaló y se dio por vencida.

Tachometer oyó a las crías de gorrión, pero los accidentes del tejado del año pasado le habían enseñado que no podía caminar sobre hojalata. Así que esperó. Al cabo de una semana, una ambiciosa cría de gorrión revoloteó hasta el suelo. Tachometer fue tras él. De repente, un coche se interpuso entre ellos y, cuando hubo pasado, el pájaro había desaparecido.

Los demás polluelos se quedaron en el nido hasta que pudieron volar. Tatters y Tachometer los observaron volar.

También Mike, que ahora estaba interesado en el comportamiento de los gatos gracias a Rachet. Había estado siguiendo a Tachometer y Tatters para averiguar dónde estaba su primer hogar. Había observado que los gatos evitan a otros gatos y se preguntaba por qué estos dos se gustaban. Eran del mismo tamaño y tenían marcas parecidas. Decidió que debían de ser compañeros de camada, como los dos simpáticos gatos de su profesora. Según ella, jugaban y dormían juntos. Y lo mismo hacían Tatters y Tachometer.

Los dos estaban detrás del peaje cuando los polluelos de gorrión salieron volando de repente. Tatters movió una pata, Tachometer saltó a por ellos y Mike tomó nota de que cazaban juntos.

Junio llenó el campo y el aire de crías de ratones, ratas, pájaros y topillos. Los gatos de la estación de Roxville vivían bien.

Elizabeth, sin embargo, no era buena cazadora. Desperdició a sus tres gatitos para que dependieran de la amabilidad de la Dama Doblada para comer. Mike estaba aprendiendo que los gatos son individuos: algunos son buenos cazadores, otros pobres y otros, como Rachet, son audaces.

Una mañana, cuando Mike esperaba a Rachet en la estación, vio a Cubitera luchando por un rango superior. La sucia gata blanca era lo suficientemente mayor como para poner a prueba su rango. Se acercó y siseó a Flea Mercados, el gato de tercer rango. Cubitera levantó el pelaje para parecer más grande de lo que era. Flea Mercados siseó e inclinó la cabeza. Cubitera

arqueó la espalda y escupió. Se batieron con las garras desenvainadas. Flea Mercados corrió bajo la plataforma de la estación. Con esos gestos de apariencia inocente, Cubitera era ahora la tercera gata y lo dijo levantando la cola casi tanto como Queenella. Rachet, que era la segunda gata, vio el nuevo rango de Cubitera por la altura de su cola. Los rangos cambiaban, como ocurre entre los gatos domésticos y las personas.

Cuando casi habían terminado las clases, Rachet se había atrevido a acercarse a Mike antes de salir corriendo. Entonces, una mañana soleada, casi lo tocó, levantando las orejas y la cola para decir que se sentía cómoda en su presencia.

—Miau, —dijo de repente.

Era el "miau" que los gatos sólo dan a los humanos. Sorprendida de sí misma, arqueó la espalda y salió corriendo. Pero Mike había oído amabilidad en su "miau" y sonrió.

—Yo soy su persona, —dijo.

Rachet corrió de vuelta a su zarzal y se estaba acomodando, con sentimientos encontrados hacia Mike, cuando el suelo se movió bajo ella. Levantó la pata cuando dos grandes insectos salieron de la tierra. Los olfateó. De ojos grandes pero ciegos, treparon por un tallo del arbusto y se detuvieron. Lentamente abrieron sus capas ninfa les. Cuando salieron de sus caparazones, ya no eran ninfas monótonas, sino coloridas cigarras adultas.

Llevaban diecisiete años en el suelo comiendo raíces, ¡diecisiete años! A Rachet no le interesaba comérselas, pero a Lysol, la mofeta rayada, sí. Engullía todas las que podía y se llevaba otras a sus crías, que estaban en la vieja madriguera de la marmota. Empezaba sus lecciones de caza con cigarras.

Durante semanas surgieron cientos de miles de cigarras. Rachet las rodeaba, las bateaba y jugaba con ellas; Lysol comía furiosamente. Las crías de Lysol aprendieron que los insectos de ojos rojos, con sus alas translúcidas y su vuelo perezoso, eran deliciosos y fáciles de atrapar, pero no fue una lección de la que se beneficiaran. Ningún zorrillo salvaje vivía diecisiete años.

Las cigarras cantaban, se apareaban y ponían huevos. Los adultos morían, pero sus huevos eclosionaban y vivían bajo tierra durante diecisiete años más.

Una mañana, Mike estaba en la estación buscando a Rachet cuando llegó una cuadrilla de trabajadores del ferrocarril y empezaron a destrozar el andén. Preguntó al capataz qué estaban haciendo. El capataz le explicó que iban a cambiar a trenes eléctricos en lugar de diesely a construir una estación completamente nueva. Dijo que se iba a colocar un tercer raíl que transportaría la electricidad y que era extremadamente peligroso. Para que nadie resultara herido por el raíl eléctrico, iban a levantar una valla alta a ambos lados de la vía férrea. Mike escuchó, se preguntó qué harían Rachet y sus socios, pero no tuvo tiempo de hablarle de los gatos de la estación de Roxville. Casi llegaba tarde a la escuela.

La Dama Doblada llegó a la estación a última hora de la mañana. Los gatos de la estación de Roxville salieron corriendo del camión, del peaje, del campo y de la casa encantada.

—Esta es la última vez que puede alimentar a esos gatos, —le dijo el capataz.— El departamento de sanidad se ocupará de ellos a partir de ahora.

La Dama Doblada dejó las latas y se quedó mirándole. —¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el departamento de sanidad se ocupará de ellos. —El tono de su voz era siniestro. Ella retrocedió lentamente.

El capataz se dirigió a un miembro de su equipo.

—Los gatos asilvestrados son una molestia, —dijo. — Saquen la carne con veneno.

La Dama Doblada escuchó y se horrorizó. ¡Veneno! Bajó las escaleras del sur a una velocidad que asombró al capataz y se apresuró a volver a casa.

Capítulo 12

En las sombras del atardecer, la Dama Doblada salió de su pequeño apartamento y se dirigió a la estación. Salió del andén a las vías y encendió la luz en busca de la comida envenenada. En el lugar donde daba de comer a los gatos encontró cuatro trozos de carne envenenada, los metió en una bolsa de plástico y buscó más. El próximo tren llegaba dentro de media hora, así que se quedó en las vías buscando.

Era casi la hora del tren cuando recogió dos trozos más. Apresurándose a subir al andén, perdió un trozo de carne. La Dama Doblada había planeado tirar la carne contaminada en el contenedor de la estación, pero se lo pensó mejor y caminó hasta la calle principal de la ciudad para depositar la bolsa en un contenedor detrás de una tienda de comestibles. No quería que los ferroviarios la encontraran.

Volvió andando, cruzó las vías y pasó por delante del peaje donde Tatters y Tachometer empezaban a cazar ratones. No los vio.

Satisfecha por su logro, pero entristecida hasta las lágrimas por la idea de que nunca más podría alimentar a sus gatos, abrió la puerta y entró. En la mesa de la cocina, apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Cómo pueden quitarme a mis gatos? ¿Qué voy a hacer?

Al día siguiente, temprano, Mike fue a la estación y buscó a Rachet. No estaba allí, ni los otros gatos ni la Dama Doblada. Preocupado, se sentó en un cajón y esperó a que llegaran los trabajadores del ferrocarril y empezaran a colocar el tercer raíl, un raíl eléctrico que alimentaría los nuevos trenes.

El capataz se acercó a Mike.

—Por el tercer raíl pasará tanta electricidad —advirtió, — como para matar a un hombre al instante.

—Estamos poniendo vallas alrededor de las estaciones para proteger a la gente, —dijo. — Hay un equipo colgando PELIGRO. ALTA TENSIÓN ahora mismo.

El capataz hizo una pausa para recuperar el aliento. —Habrá nuevas escaleras, un ascensor hasta un nuevo paso elevado, así como escaleras para bajar a un andén para los trenes con destino a la ciudad.

Mike se preguntó qué sería de los gatos.

—Ya no pueden deambular por aquí, —dijo el capataz con firmeza. —Es una orden. —Puso la mano sobre el hombro de Mike y le señaló la salida del andén.

Durante varias semanas se desmontó el andén de la antigua estación de Roxville y se vertió cemento nuevo. Los obreros construyeron una pasarela cubierta y escaleras sobre las peligrosas vías.

Toda esta construcción provocó que muchas ratas corrieran desde los cimientos del andén hasta la ciudad. Los gorriones chirriantes salieron volando de los aleros, abandonando las casas donde habían criado y dormido durante generaciones. Tras revolotear de un edificio a otro y gorjear ruidosamente, se instalaron en los aguilones de las casas y tiendas de los alrededores de Roxville.

Pero en la estación no apareció ningún gato.

Desde el campo, Mike observaba a los trabajadores y se preocupaba por Ratchet y los demás. ¿Dónde estaban? Había visto algunas señales de ellos -heces semienterradas, plumas de ave-, pero ningún gato. Sabía que los gatos salvajes eran muy listos. Estaban en alguna parte, y estaba decidido a encontrarlos. A Rachet en particular.

Cuando la valla estuvo terminada. Tachometer y Tatters quedaron aislados de los demás gatos de la estación de Roxville. Siendo ingeniosos, simplemente se fueron a buscar a los muchos ratones a otros lugares. Se separaron para siempre, sin sentir ningún remordimiento. Los gatos caminan solos.

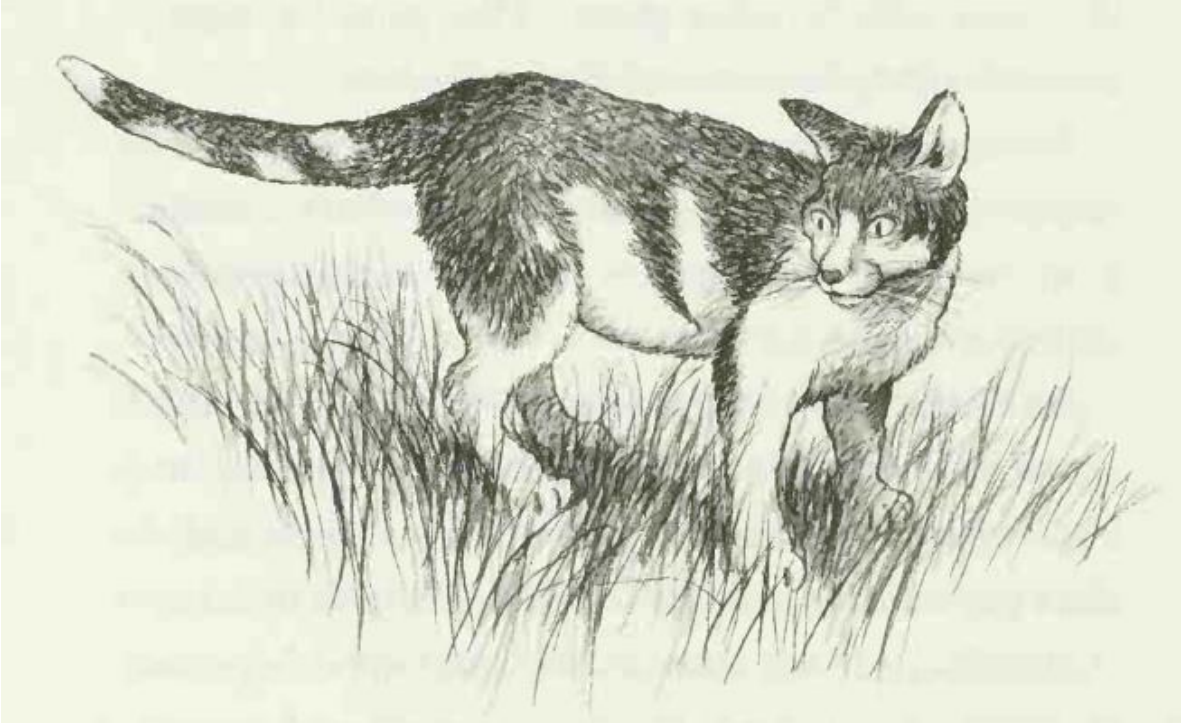
Tachometer encontró un hogar temporal bajo los arbustos de frambuesas en los bajos de los ciervos. Tatters se instaló bajo un contenedor de basura en la urbanización. Por la noche acechaba a los ratones.

Cubitera, al no poder llegar a su cajón de la tele por toda la maquinaria aparcada a su alrededor, deambuló por el carril bici y encontró refugio bajo un espinoso rosal multiflora. Estaba cerca de un cubo de basura colonizado por ratones.

Flea Mercados, con las avenidas y carreteras interrumpidas por los obreros, se dirigió a una selva de enredaderas que conocía. Estaban justo al lado del carril bici. Una semana después estaba cazando topillos cuando un corredor la vio y paró de correr.

—Aww, un gatito, —murmuró, con el corazón a Flea Mercados.

—Gatito, gatito, gatito, —gritó con voz aguda y dulce, un sonido que los humanos han aprendido durante miles de años para atraer a los gatos domésticos. Flea Mercados escuchó su magia insistente, se sentó, como una esfinge, y volvió sus brillantes ojos dorados hacia la niña.



La niña se acercó a ella.

—Gatito, gatito, —repetía una y otra vez.

Flea Mercados no huyó. Se sintió la gata doméstica y se acercó a la niña. Maulló. Con eso, la niña alargó la mano y la cogió, una atigrada andrajosa pero encantadora. Envolvió a la gata en un jersey, la abrazó y la llevó rápidamente a su coche. Flea Mercados no se resistió. La oscuridad del jersey la había calmado. La chica la puso en el asiento delantero y se marchó. La gata, antes salvaje, se quedó quieta.

—Gatito, —dijo la muchacha al girar en el camino de entrada de una espléndida casa, — tienes un hogar.

Varias tardes más tarde, la Dama Doblada, sentada junto a su ventana en el proyecto de viviendas, vio a Tatters saltar del alféizar de la ventana del vecino y fundirse en el crepúsculo. Se apresuró a ponerse en pie, abrió una lata de comida para gatos y la puso en su puerta.

Pasaron dos horas. El sol se puso, y en las largas sombras la Dama Doblada vio a Tatters comiendo de la lata. Dio una palmada y sonrió.

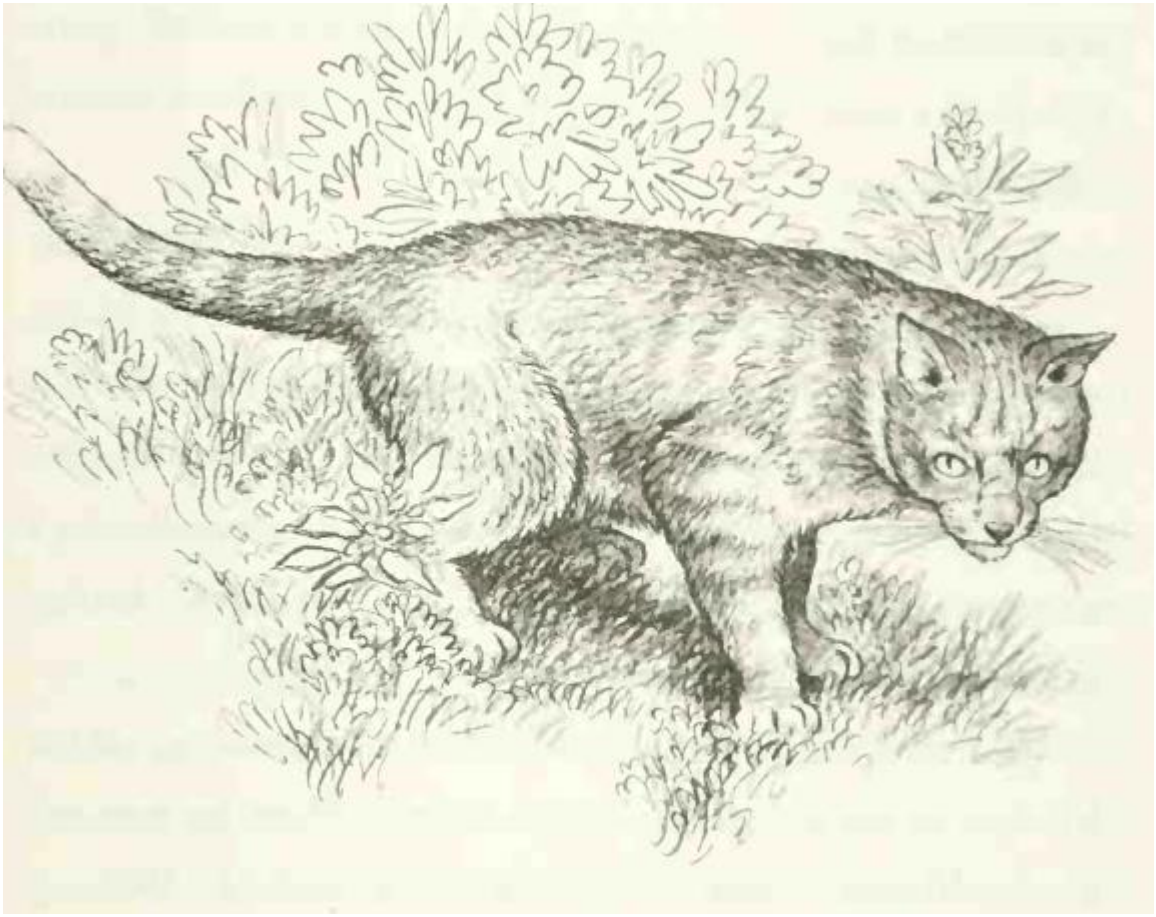
Tachometer, que percibía la comida de la Dama Doblada desde tan lejos como las tierras bajas de los ciervos, se acercó a la vivienda. Después de comer, se instaló en las vigas de la sala de calderas, cerca de la puerta de la Dama Doblada. Rodó sobre su espalda para rozar la viga con su olor y luego la frotó con las mejillas y los labios. Ella tenía un Primer Hogar. Sólo podía entrar y salir cuando la puerta se dejaba entreabierta, como ocurría a menudo cuando hacía calor. Serviría hasta finales de otoño.

A Elizabeth parecía no importarle ser visible para la gente del puente mientras caminaba por la orilla del río. Tenía las pupilas dilatadas y la cola, que normalmente mantenía baja, se le había encajado entre las piernas. Se tambaleaba al caminar. Algo iba mal.

Elizabeth estaba enferma por culpa de aquel trozo de carne envenenada. Se alejó del río, tropezó con los bosques que bordeaban el bosque y durmió para siempre.

Se alejó del río, tropezó con el bosque y durmió para siempre. Elizabeth había regalado sus tres gatitos a las tierras salvajes de Roxville. Uno era un gato al que Mike llamó " Lectura ", porque era blanco y negro como una letra. Los otros dos eran "Triborough", un calicó, y "Rumpus", otro gato blanco y negro. Lectura se marchó al campo y allí encontró una ciudad gatuna. Triborough y Rumpus fueron recogidos por un hombre del barrio y llevados a un centro de adopción de gatos.

Volton, el gato, regresó. Todos los gatos de la estación de Roxville sabían de él por sus bigotes, narices y orejas. Volton dejó el río para merodear por el campo, lanzando su grito de apareamiento mientras buscaba a Queenella en su territorio de Roxville. No la encontró, pero sí a Rachet.



territorio para Queenella. No la encontró, pero sí a Rachet.

Durante tres noches la llamó con sus espeluznantes gritos. Era verano cuando Volton partió de Roxville para visitar a su familia de gatos en el campo, y Rachet estaba preñada. Ronroneaba.

Mike ya no venía a la estación de tren. Cuando no estaba haciendo tareas o jugando a las canastas con Lionel, buscaba a Rachet. Pensaba que debía de estar cerca de su casa, ahora que estaba separada de las vías y la estación bullía de obreros y máquinas.

Rachet sintió la intensidad del olor a hoja de roble de Mike y supo que el chico la estaba buscando. Desconfiaba de él y, sin embargo, se sentía atraída por él. Sin saber por qué, trasladó su punto de asoleamiento a un montón de tejas desechadas en el campo cercano a la casa encantada. Quería y no quería ver al chico. Aún tenía un Primer Hogar bajo el zarzal, cerca del río.

Una mañana, Mike recorrió la valla como de costumbre para ir a encestar con Lionel. Cuando llegó a casa de los Vinski, Lionel aún estaba en la cama.

Esperando a que se levantara, Mike tiró a canasta en el camino de entrada, pero tenía la sensación de ser observado. Por alguna razón intuitiva, echó un vistazo a la pila de tejas del campo y vio el pelaje a rayas naranjas de Rachet contra la madera oscura.

—Rachet, —le dijo en voz alta—. ¡Ahí estás! Me alegro mucho de verte.

Se dijo a sí mismo: *Puede que la saque de la naturaleza si consigo dinero para comida de gato.*

Lanzó la pelota a canasta y falló, preguntándose cómo conseguir dinero y, además, estar al aire libre con Rachet.

Plantaré un huerto en el patio y venderé la cosecha, se dijo. Con un huerto hay que estar mucho tiempo al aire libre. Luego pensó: No, se lo comerían los ciervos.

Cuando apareció Lionel, se tiraron a canasta durante casi una hora. Luego Mike tomó el sendero del patio trasero para volver a casa, saltando vallas a medida que avanzaba. En su propio patio echó un vistazo a los botes abandonados del señor Matute. ¡Una idea! Subió corriendo los escalones y entró en la cocina, donde la señora Matute estaba sentada en albornoz viendo la tele, con el pelo canoso recogido en rulos.

—¿Sabe, señora Matute?, —dijo, tratando de sonar desenfadado—, este verano podría arreglar esas viejas barcas del señor Matute, y podríamos venderlas a buen precio en los muelles.

La señora Matute dejó de ver la televisión y se dio la vuelta en la silla. Le miró agradablemente.

—El señor Vinski no deja de preguntarme qué voy a hacer con esos barcos, —dijo—. Dice que son antiestéticos. Le he estado diciendo que soy una sentimental. —Juntó las cejas—. Pero si los arreglaras y los vendiéramos...

—Podría arreglarlos como nuevos. El señor Matute me enseñó, —dijo Mike—. Y podríamos ganar algo de dinero, —añadió.

—Bueno, quizá deberíamos hacerlo, —dijo la señora Matute, y se pasó los dedos por la barbilla—. Lo pensaré esta noche, —dijo y suspiró—. Soy una sentimental de esos barcos".

A la mañana siguiente le dijo a Mike que estaba de acuerdo con su plan y quería saber cuándo empezaría.

—Ahora, —dijo él, y se dirigió alegremente a la ferretería del centro en busca de pintura marina, material para calafatear y papel de lija.

—¿Tienes dinero?, —le preguntó el dueño de la tienda.

—La señora Matute tiene dinero, —respondió Mike—. Es muy frugal.

—¡Frugal!, —dijo el dueño de la tienda—. Eso está muy bien dicho.

Pero dejó que Mike comprara los materiales a crédito y se los llevara a casa. Mike le dijo que estaba arreglando los barcos viejos del señor Matute para venderlos y que sin duda ganaría suficiente dinero para pagar la deuda.

Mike empezó a trabajar en el bote blanco que estaba en la esquina del patio. Estaba más cerca del campo con la pila de tejas donde Rachet tomaba el sol. Cuando quitó la lona azul de la barca, Cubitera saltó del asiento de proa y corrió hacia el campo. Había estado cazando ratones domésticos desde debajo de la cubierta de la barca. Había ratones por todo el patio. A los cuarenta días de vida, un ratón tiene edad suficiente para aparearse, y en veinte días más da a luz a diez o doce crías. Apenas da a luz, se aparea de nuevo y en veinte días, cuando la primera camada está sola, tiene diez o doce crías más. Mientras tanto, los diez o doce primeros ratoncitos tienen edad suficiente para aparearse y parir diez o doce más cada uno. Son muchos ratones. Cubitera estaba comiendo bien.

Cubitera huyó de Mike a través del agujero de la valla y hacia el campo.

Una noche, Rachet salió a cazar conejos jóvenes con la cola levantada en posición de "estoy persiguiendo un conejo" y el pecho pegado al suelo. Se deslizaba hacia la parcela de mijo silvestre donde se alimentaban los conejos, más cerca del patio donde trabajaba Mike. Él salía a menudo con sus barcos durante el día.

Era pleno verano. Las ambrosías estaban a medio crecer y los zumaques espinosos pasaban de las flores a las semillas. A través de estos olores, Rachet percibió el olor herbáceo del conejo. Enroscando los bigotes y olfateando con la nariz, percibió un conejo en el patio de la casa encantada. Saltó a través del agujero en la valla, utilizando su visión nocturna, y se escondió debajo del barco en el que Mike había estado trabajando. Un momento después empezó a llover a cántaros. Esperó a que terminara de llover a que apareciera el rabo de algodón. No apareció. Rachet permaneció en la parte inferior del asiento del remero.

Llovió a cántaros toda la noche.

Por fin dejó de llover por la mañana. Mike salió por la puerta, bajó los escalones de dos en dos y se quedó de pie junto a la barca invertida.

Rachet se encontró mirándole la pierna izquierda. De repente sintió un deseo irrefrenable de frotársela con las glándulas odoríferas de los costados y reclamarlo como suyo.

Pero dudó. Estaba asustada. De repente, frotó la cabeza contra la pierna de Mike. Luego frotó su mejilla contra él y después todo el largo de su ágil cuerpo. Este ser humano era suyo. Ahora olían igual. La mano de Mike bajó lentamente. Le acarició la cabeza. Ella no silbó, sino que inclinó las orejas hacia delante. Su cara se suavizó

—Meow.

—¡Rachet, te gusto! —Se puso de rodillas para cogerla en brazos. Con un estruendo, dejó caer el material de calafateo que estaba utilizando. Rachet se alarmó y corrió. Hizo amigos a su manera, no a la de él. El gato amarillo y naranja había saltado por el agujero de la valla y había desaparecido.

—Rachet, —llamó, y corrió hacia la valla para buscarla en el campo.

Pero estaba en el neumático.

Esa noche dio a luz a cinco gatitos.

Capítulo 13

Al amanecer, Rachet se puso de lado para que cada gatito ciego y sordo encontrara una teta, mamara su leche y empezara a crecer hacia su ingreso en el club de los gatos callejeros. Cuando los cinco estaban mamando, bajaba la cabeza y descansaba.

Así fue la vida de Rachet durante casi una semana. Entonces, un día, su gatito Coal Tar, el primogénito, un gatito negro con patas blancas, la despertó con un agudo "maullido" desde fuera del neumático. Coal Tar se había tambaleado hasta la hierba y gritaba: "Ven a salvarme. Estoy perdido". Era demasiado joven para generar calor para su cuerpo, por lo que era incapaz de mantenerse caliente sin su madre.

—Miau.

pies en posición fetal, y lo llevó de vuelta a thenest. Lo dejó caer con fuerza como disciplina, y luego se acurrucó amorosamente alrededor del gatito para calentarlo y alimentarlo.

Coal Tar mamó, y cuando la leche caliente fluyó dentro de él, ronroneó. Es un sonido que sólo emite un gato cuando está en presencia de un ser vivo: un insecto, una mariposa o un ser humano.

Rachet se había convertido en un animal social. Ya no era una solitaria. Madre de cinco gatitos, formaba parte de un grupo muy unido en el que cada uno dependía del otro. Rachet cuidaba a los gatitos, los limpiaba y los mantenía calientes. Tomaban la leche que les daba y la estimulaban para que produjera más. Más trade, les enseñaría a cazar y les instruiría sober la tierra y los animales.

A los diez días, los gatitos abrieron los ojos y las orejas y ya podían calentarse solos. Ahora Ratchet podía dejarlos durante más tiempo, pero si tardaba demasiado en conseguir su propia comida, volvía sin haber comido.

A las tres semanas empezaron sus lecciones de caza. El primer paso fue traerles un ratón muerto. Lo batearon y castañetearon los dientes con placer felino. El siguiente paso fue enseñarles a revolcarse en su olor hasta que conocieran bien a un ratón. Entonces trajo a casa un ratón vivo, aturdido pero

no muerto. Coal Tar saltó sobre él inmediatamente. Se escapó, y una hermana saltó sobre él. Las garras de Rachet habían estimulado cierta anestesia para que fluyera en la presa, y el ratón no sintió dolor. Estaba muerto, pero también vivo.

Los gatitos saltaron sobre el ratón, adquiriendo cada vez más destreza a medida que jugaban, y luego lo soltaron. Una noche, al amanecer, Rachet llegó a casa y se encontró con que una cierva y su cervatillo habían comido y estaban pisoteando la vara de oro que protegía su neumático. Les escupió y desenvainó las garras. La miraron con curiosidad y se marcharon tranquilamente, pero ya era demasiado tarde. Las plantas estaban aplastadas y ya no cubrían el fuerte olor a gatito dulce y lechoso.

Un gato macho que se había colado en el territorio de Volton mientras él estaba fuera olió a los dulces gatitos y los estaba rastreando. Él, como todos los gatos machos, se comía las crías de otro macho para asegurarse de que sólo sobrevivieran las suyas, pero también para que la madre estuviera lista, para aparearse pronto de nuevo.

Rachet comprobó cómo estaba su prole. Estaban todos.

No sabía contarlos, pero conocía la sensación de tener cinco gatitos. De repente, olió las feromonas de pimienta del gato. Salió a toda velocidad del neumático y se paró sobre la vara de oro rota, arqueó la espalda y escupió, lista para atacar. El gato olió su olor maternal y retrocedió.

Goal Tar se aferraba a una teta cuando su madre abandonó el neumático con tanta prisa. Se soltó y cayó entre las plantas pisoteadas, y la gata saltó a por él. Rachet apretó las orejas, descubrió sus afilados dientes y se lanzó al cuello del gato. Falló. Se dio la vuelta y corrió por el sendero del zorro. Minutos más tarde gruñó desde lo alto del arce.

Rachet agarró a Coal Tar por el cuello y se alejó corriendo. Debía mover a sus gatitos. Un gato los perseguía. Corrió, no hacia la espesura de zarzas, ni hacia las rocas del río, sino hacia su enemigo: la gente. Se dirigió a toda velocidad hacia el sótano de la casa encantada.

A pesar de su independencia, buscaba a los humanos, pero no por su comida. Ni siquiera por su refugio. Era por ese misterioso vínculo que existe entre gatos y humanos. A lo largo de los años, gatos y humanos han desarrollado una relación cálida y afectuosa. Comenzó con el cultivo de cereales, que sacó al pequeño gato salvaje kafir del desierto del Sahara para cazar ratones y ratas

en los graneros. Una vez allí, sedujeron a los egipcios para que les permitieran entrar en sus casas y dormir en sus camas y almohadas. También los adiestraron para cazar peces y pájaros.

La gata kafir tenía tanto talento y era tan hermosa que los egipcios la proclamaron diosa y la llamaron Diosa Bast.

Algo sucedió alrededor del año 2000 a.C. Los gatos kafir salvajes desarrollaron cabezas más pequeñas, patas más cortas y evolucionaron hasta convertirse en una nueva especie: un animal doméstico. Eran como las ovejas, el ganado y los perros domésticos, pero no exactamente como ellos. El gato doméstico podía seguir viviendo en libertad, sin el hombre.

Sin embargo, el nuevo gato domesticado, Felis catus (su nombre latino o científico), fue bien recibido por su belleza y sus habilidades. Pero los humanos pronto aprendieron que esta amistad sólo se daba en los propios términos del gato. El gato era independiente. Podía vivir completamente solo en la naturaleza o sentarse en una almohada de satén y ser alimentado. Rachet.

a pesar de los malos tratos que recibió de los humanos, sintió ese vínculo ancestral y llevó a su gatito lejos del gato, hacia el niño.

Al acercarse a la casa encantada, una familia de murciélagos salió volando de la torre, barriendo el cielo con sus alas y cazando mosquitos y polillas. Se abalanzaron sobre Rachet, que había molestado a una colonia de hormigas voladoras, y recogieron los insectos en sus colas.

Sin detenerse por murciélago u hormiga, Rachet saltó al bote volcado y trepó a la proa. La cubierta de madera de la proa, ahora boca abajo, formaba un suelo que era un nido perfecto para los gatitos. En él metió a Coal Tar, gruñó suavemente para decirle que se quedara quieto y volvió a por un segundo gatito.

El olor del gato estaba en el neumático cuando ella regresó, y los dos gatitos habían desaparecido. Corriendo contra el tiempo y el gato, corrió hacia el bote con los dos gatitos restantes y bajó su cuerpo sobre los tres. Coal Tar sintió el peligro y "maulló".

Aún era de noche cuando por fin acurrucó a los gatitos contra su pecho. Ella ronroneó, los gatitos ronronearon. Una luciérnaga encendió su luz en la hierba y subió a lo alto de un tallo mientras los gatitos la observaban. Una vez allí

desplegó sus dos alas de gasa y sus dos alas duras y echó a volar. En lo alto de los árboles, dirigió su luz dos veces a las hembras que estaban en la hierba: "¿Estáis listas?". Una respondió "sí" con un solo destello, y la luciérnaga voló hacia ella. Rachet y los gatitos observaron hasta que su fría luz -el misterio de las luciérnagas- se apagó. Entonces los gatitos se revolcaron y jugaron hasta que se durmieron al amanecer.

Rachet escuchaba con sus sensibles oídos al gato, pero sólo oía a los saltamontes y a los catididos.

Durante el verano, Mike intentaba levantarse temprano para estar fuera de casa antes de que la señora Matute bajara a la cocina. Siempre le estaba echando la bronca por lo mucho que tardaba el proyecto de restauración del barco. No quería que ella descubriera que pasaba el tiempo buscando un hermoso gato amarillo y naranja de ojos verdes.

Esta mañana, cuando bajó a la cocina, encontró a la señora Matute también levantada temprano y revolviendo huevos.

—Ahí estás, —dijo ella.

—Sí, señora, —respondió él—. Me levanté temprano para trabajar en el barco.

—El señor Matute ya lo habría terminado y vendido, —se quejó ella.

—Es más difícil de lo que piensas, —se disculpó—. Quiero hacerlo muy bien, como el señor Matute me enseñó. Así ganaremos más dinero.

—Tonterías, —dijo ella—. Te vi junto al río Olga con ese holgazán del baloncesto, el chico Vinski. ¿Qué hacías allí?

Mike suspiró. ¿Cómo demonios le había visto?

—No estaba con Lionel, —dijo—. Estaba ayudando a Ron a buscar un nido de lechuza. Es de la Sociedad Audubon. Dice que hay un nido de lechuza común cerca de aquí y quiere encontrarlo. Está escribiendo un libro o algo así.

—¿Qué quiere encontrar?

—Una lechuza común. Encontró un molde cerca de aquí, un pellet de piel y huesos que los búhos no digieren y arrojan para arriba. ¿No es genial? Se

preguntaba si yo había visto donde anidaban las lechuzas, y le llevé a los acantilados del río Olga. He visto algunos búhos grandes allí.

—Bueno, eso es una tontería, —resopló—. A un hombre adulto también le gusta eso. Buscando lechuzas. Ahora vuelve a ese barco y hazlo. Tengo un comprador para cuando termines.

—Ron es un buen tipo. Él sale al sonido en busca de aves, —dijo—. Sabe mucho sobre ellos.

—Ridículo.

La señora Matute se puso su chal azul de ganchillo y recogió la bolsa de la compra.

—Nos hemos quedado sin leche y sin ziti, —dijo—. Voy a hacer la compra. Atravesó el vestíbulo y salió por la puerta principal, con la cabeza erguida como la elegante dueña de una mansión, cayéndose a pedazos o no cayéndose a pedazos.

Mike se apresuró a salir a una mañana azul de verano y terminó de calafatear la popa del barco. Había estado un poco lento, con Ron, tirando a canasta con Lionel, y sentado a lo largo de la carretera de hierba pisoteada de Rachet, con la esperanza de verla. No sabía nada de su hogar en el asiento del barco, pues ella llegaba allí de noche y estaba tranquila de día, al igual que los gatitos.

Terminó de calafatear, abrió el cubo de pintura y se había sentado en el césped lleno de maleza para removerlo cuando vio una cola a rayas amarillas y naranjas que bajaba desde la plataforma de la proa de la barca invertida. Sólo un animal en el mundo tenía una cola así. Siguió agitándose y pensó qué hacer. La última vez que la había visto, había huido cuando intentó acariciarla.

De repente, Rachet saltó al suelo con boca de gatito. Volvió a por los otros dos y los colocó en semicírculo ante Mike.

—Caramba, —exclamó—, sí que son monos, Rachet. —Él sonrió y siguió removiendo la pintura y admirando a los gatitos. Elogió sus ojos azules y su pelaje blanco y negro, así como sus bigotes, que se acercaban para tocarle. Pero sobre todo le sorprendió la mansedumbre de Ratchet.

Cuando Mike terminó de admirarlos. Rachet recogió a los gatitos y los devolvió al barco.

Se dio cuenta de que era el debut de un gatito. / Vio a unos leones africanos en la televisión poner a sus gatitos ante la manada de leones para presumir de ellos. Wow, soy Rachet orgullo. Eso es lo que significa esta presentación. Dejó de removerse y reflexionó. Es como el debut de una chica. El gato de la casa también tiene una fiesta de presentación.

De repente, los bigotes de Rachet se crisparon y sus fosas nasales se ensancharon. Aspirando olores mientras abandonaba la barca, desapareció.

Sus gatitos, ahora confiados tras el debut, saltaron de la barca y la siguieron por el agujero de la valla. Antes de que Mike pudiera atraparlos, habían corrido hacia el campo y desaparecido.

Se puso en pie, preguntándose qué había hecho huir a Rachet, cuando al doblar la esquina de la casa apareció Ron, el experto en aves de la Sociedad Audubon.

—Ayer encontré otra bolita de búho. Estaba en tu jardín, —dijo mientras se acercaba a Mike.

—Tan cerca, —dijo Mike, interiormente contento de que Rachet se hubiera ido.

—Sí, me hace pensar que el nido está por aquí, —dijo Ron—. ¿Has visto algo espeluznante y blanco por la noche?.

Mike recordó de repente la gran nube blanca que había visto cerca de la torre. Podría haber sido una lechuza. ¿Era la lechuza común el fantasma de la señora Matute?

—Sé que dijiste que anidan en graneros. ¿Podrían anidar en la torre de una casa? —Mike preguntó—. Hay una ventana rota ahí arriba por la que podría entrar y salir volando

—Buena posibilidad, —dijo Ron—, y se echó la correa de su cámara al hombro. —¿Podemos echar un vistazo?

—Ven por aquí, —dijo Mike, y subió a toda prisa los escalones exteriores, atravesó la cocina y subió por la escalera trasera hasta el segundo piso. Ron le seguía de cerca.

Rachet no volvió al barco. Ron era un enemigo. Él era armarios y patadas. Los gatitos ya tenían seis semanas, estaban destetados y podían abalanzarse sobre los ratones con precisión. Era hora de dejarlos.

Coal Tar siguió a Rachet hasta el zarzal y se escondió en el borde de las enredaderas, donde descansó. El cardenal macho le gritó, defendiendo a sus crías en el nido de brea de arriba. Éstos revolotearon ante la advertencia. Coal Tar vio el movimiento y trepó por un tallo espinoso hacia los pájaros. Dio un zarpazo, sacudió la rama en la que estaba el nido y puso a volar a los polluelos casi listos para volar. Salieron volando de la zarza verde y aterrizaron en la orilla del río. Uno de ellos, en la orilla del río, agitó las alas para decirle a su madre que tenía hambre.

Encantado, Alquitrán de Hulla fue tras él. Este pájaro era mejor que los ratones que su madre le había traído para jugar. Levantando el trasero, bajó la cabeza y corrió hacia el pájaro volantón. Lo golpeó, haciéndolo revolotear hasta la rama de un sicomoro que se inclinaba sobre el Olga. Con las patas rígidas, Coal Tar bailó de lado sobre sus cuatro patas y luego trepó al árbol. Trie pájaro voló.

Decepcionado, miró hacia abajo para saltar de la rama y vio que estaba sobre una isla del río. Maulló llamando a su madre, perdió el agarre a la rama y cayó. Aterrizando sobre sus cuatro patas en la isla bordeada de juncos, gritó el "grito de desesperación" del gatito.

"¡Miau!"

Shifty lo oyó, y si no acabara de cazar un conejo, se habría interesado por el gato. Ringx no lo oyó, aunque estaba cerca. Estaba durmiendo en el hueco del arce.

Coal Tar corrió hasta el final de la isla y volvió. El agua rugiente lo rodeaba. Se refugió en un sauce.

Los otros dos gatitos estaban solos. El macho había partido hacia una granja al norte de Roxville, y la otra, una hembra, había ido al carril bici a cortejar a una persona. Su salvajismo no era muy profundo.

Rachet había hecho su trabajo, salvo que Coal Tar estaba "maullando" su necesidad de ella. Aunque debería estar solo, un sentimiento de maternidad en Rachet chispeaba y ardía ante ese "maullido".

Capítulo 14

Mientras Coal Tar lloraba por Rachet, Mike abría la puerta al pie de una escalera de nogal que llevaba a la torre.

—Por aquí, —le dijo a Ron, y subió corriendo. Se levantó polvo al abrir una segunda puerta que daba a una habitación desierta. Ron apartó a Mike, que tenía los ojos muy abiertos, y rodeó la habitación.

—Nada, —dijo, y volvió a rodear la habitación para asegurarse. Una cama, antaño a la moda con sus postes de latón en forma de piña, estaba en un extremo de la habitación. En torno a una mesa con patas de águila había sillas con asientos de crin. Frente a la cama había un armario y, a su lado, un tocador tallado a mano.

—¿Dijiste que era de aquí de donde oías los ruidos raros?. —preguntó Ron.

—Sí, gritos espeluznantes y chasquidos.

—Exacto. —Apartó una polvorienta cortina de terciopelo para dejar al descubierto una estrecha puerta—. Aquí hay otra puerta, —dijo Ron—. Esta torre debe tener un ático.

—A las lechuzas les encantan los áticos, así como los graneros, si tienen acceso a ellos. ¿Abro esta puerta?

—Ábrela, —dijo Mike, y después de varios tirones Ron estaba mirando una escalera que llevaba al ático.

—¿Esa ventana rota está en el ático?, —preguntó mientras subía—. Debe de serlo, no hay ninguna rota en el dormitorio.

—Cierto, —dijo Mike, que empezaba a creer que las lechuzas podían haber emitido esos extraños y espeluznantes gritos que había oído en los conductos de la calefacción. Pero no, esos gritos eran humanos y los grifos parecían relojes. Siguió a Ron, contento de que la señora Matute hubiera salido de compras y no pudiera verlos buscando un nido de lechuzas en su casa. Cuando sus ojos y los de Ron se adaptaron, vieron dos fantasmas blancos que

los miraban fijamente, con sus grandes cabezas agachadas y balanceándose. Ante ellos había un huevo que estaban protegiendo.

—¡Viento, la lechuza! —exclamó Mike—. Y hermética, supongo. Aquí mismo.

—Precioso, —susurró Ron.

La pareja de lechuzas blancas moteadas, con sus graciosas caras de monos, chasqueaban y siseaban como el viento mientras trataban de advertir a estos enemigos que se alejaran de su huevo.

—Es tarde para un huevo. Normalmente ponen huevos en enero o febrero, —dice Ron—. Este no eclosionó. Probablemente es infértil. Los búhos que salieron del cascarón deben haber volado hace tiempo por la ventana rota.

Los búhos chasquearon los picos y Mike se dio cuenta de que aquello sonaba como los golpecitos que él y la señora Matute habían oído en los conductos del salón. Se encorvó en las sombras y observó cómo los búhos abrían el pico, sacaban la lengua por un lado y la cerraban a presión para emitir los sonoros chasquidos.

—Que me aspen, —dijo Mike.

Windy siguió moviendo la cabeza y siseando. Ron apuntó su cámara e hizo clic. Windy y su compañera levantaron las alas en señal de amenaza, como si fueran a volar hacia los intrusos. Mike vio que sus alas blancas como la nieve medían casi metro y medio.

—¡La nube fantasmal!, —susurró Mike.

—Sí, —respondió Ron—. Deberías verlas cuando vuelan. Son enormes y algunos piensan que pueden dar miedo. Pero son fantasmas buenos. Nos libran de las alimañas.

Ron volvió a disparar su cámara varias veces, y Windy y su compañera, ahora realmente alarmadas, sisearon con más furia para defender su huevo.

—Es un hallazgo importante, —dijo Ron en voz baja—. Será mejor que nos vayamos. Incubarán ese huevo infértil hasta que se rompa. Entonces volarán a los bosques y campos hasta la próxima temporada de anidación, cuando querrán refugio de nuevo .

—Vamos, —dijo Mike.

Bajaron la escalera hasta el dormitorio, Ron cerró la puerta del ático y corrió las cortinas. Sonreía ampliamente.

—Esto es genial, —dijo Ron—. Lechuzas.

—Viven en los suburbios, aquí en una casa, no en un granero, —dijo Mike.

—Sí. Pensábamos que estaban desapareciendo por falta de granjas y graneros. Pero este par está aquí con nosotros, comiendo todas las alimañas que atraemos. Les hemos creado un nuevo hábitat. —Ron se rio—. Pájaros inteligentes, escondiéndose entre nosotros.

—También los zorros rojos, los ciervos y los pavos, —dijo Mike—. Los he visto.

—Y osos negros, coyotes, algunos alces y zarigüeyas, incluso comadrejas, —añadió Ron—. Están aquí junto con nosotros.

—Me pregunto si debería contarle a la señora Matute lo de los búhos. —Mike se frotó la barbilla—. Ella fumigará en cuanto se entere. No le gustan los animales.

—¿Fumigar? ¿Tienes que decírselo? —A Ron le horrorizaba que pudiera matar a las maravillosas lechuzas.

—No, no la culpo, dijo Mike. —No la culpo por pensar que teníamos fantasmas. Oímos gritos y golpecitos, debieron ser los búhos de la torre. Pero estaré preocupado hasta que salgan del ático.

—Los gritos son una llamada de cortejo que oíste, —dijo Ron, sonriendo—. Significa que habrá lechuzas.

Mike abrió la puerta de la escalera. —¿Dices que son raros?

—Sí. Y una ventaja. Si va a exterminarlos es mejor no decirle nada.

Mike abrió la puerta al pie de la escalera y escuchó a la señora Matute. Todo estaba en silencio, así que acompañó a Ron por el amplio pasillo victoriano hasta los escalones traseros. Los bajaron apresuradamente.

Fuera, Ron se sentó a escribir notas. Mike se acercó al bote y miró debajo. Ratchet había desaparecido. Los gatitos habían desaparecido. No quedaba ni

rastro de ellos excepto para Queenella. Ella había olido el frenético éxodo de Ratchet y los gatitos cuando volvía a casa, a través del agujero de la valla. La retirada de los gatitos fue una advertencia. Volvió a pie a su lugar de caza en el campo.

Emocionado, Ron miró las fotos de su cámara digital.

—La semana que viene daré una conferencia estupenda sobre la lechuza común en la Sociedad. Cuando vean estas fotos, todos saldrán a la calle: una lechuza común es nuestro tipo de noticia.

—Ron, ¿podrías esperar a que se vayan las lechuzas? No se lo diré a la señora Matute hasta entonces.

Ron lo miró. Mike no iba a decirle a la señora Matute que tenía lechuzas en la torre hasta que se hubieran ido, por lo tanto él, Ron, tampoco debía decírselo a los amantes de los pájaros.

Chocaron los cinco en su acuerdo tácito.

Luego Ron se fue. Mike miró hacia el campo.

—Rachet, —susurró Mike—. Vuelve y sé mi gato. Ron nunca te haría daño.

Capítulo 15

Mike aplicó pintura marina al barco en el que estaba trabajando, un poco de pintura azul, una raya crema, y por fin quedó terminado. La señora Matute lo vendió esa misma tarde. Mike había planeado utilizar su parte del dinero para comprar comida para gatos y atraer a Rachet de nuevo al sótano.

Pero a la mañana siguiente, la señora Matute dijo: —He oído lo que creíamos que era un fantasma en los conductos de la calefacción. Mike estuvo a punto de decirle a la señora Matute que se trataba de lechuzas y que no debía fumigar. Pero no lo hizo. Se lo había prometido a Ron.

En vez de eso, dijo —Debería arreglar otro barco.

—Buena idea, —dijo entusiasmado.

Hizo una pausa; ella no le había ofrecido dinero por el trabajo que había hecho.

—Uh, ¿crees que podría tener algo del dinero que conseguiste por el barco que arreglé? —Mike preguntó.

—La comida es escandalosamente cara, —dijo rápidamente, dando a entender que lo destinaba a gastos.

—Bueno, ¿qué pasa con el dinero de la Seguridad Social de mi padre, entonces? —Ignoró su comentario sobre los precios de los alimentos.

—Oh, sí, lo he estado guardando para ti en una cuenta bancaria. —Sonrió como una zorra.

—Pero no puedo extender un cheque, —dijo—. Quiero utilizar el dinero que me corresponde.

—Te extenderé los cheques cuando los necesites. Guardaremos el resto hasta que tengas dieciocho años. El dinero acumulará intereses.

—Quiero extender mis propios cheques, —dijo—. Mi padre quería que lo tuviera para gastarlo.

—Oh, —dijo ella con cierta culpabilidad—. Bueno. Supongo que puedes tener tus propios cheques. Haré que el banco ponga tu nombre en ellos.

La miró a la cara. Ella no parpadeó ni evitó sus ojos; él la creyó.

Luego se volvió hacia el mostrador y puso unos huevos en un cuenco.

Mike estaba eufórico al saber que ponía su dinero a su disposición. Podría comprar comida para gatos, mucha comida para gatos, y ponerla detrás de un árbol en el patio trasero, donde la señora Matute nunca iba. Podría atraer a Rachet fuera de los bosques. Tal vez ella le dejaría acariciarla de nuevo; tal vez incluso abrazarla.

—Estoy haciendo huevos revueltos, ¿quieres?, —le preguntó—. Mike le dijo que ya había comido. Quería salir.

La señora Matute revolvió los huevos y se sentó a desayunar.

—Sé que el segundo barco será precioso. Has hecho un buen trabajo, —dijo—. Se había dado cuenta.

Conmovido por el cumplido, Mike cerró la puerta de la cocina, bajó los escalones exteriores y sacó la lija para empezar con el segundo barco. Miró el agujero de la valla por el que Rachet entraba y salía. No estaba allí.

—Rachet, —susurró—. Ahora que soy parte de tu manada., ¿vendrás a mí? —Estaba lijando el casco del segundo barco cuando apareció Lionel.

—Hola, Mike, —gritó—. Hay un camión de bomberos y un grupo de gente en el puente del río Olga. Vamos a ver.

—¿Un camión de bomberos en el puente?

—Un gatito negro está atrapado en la isla y están intentando rescatarlo.

Mike echó la lona sobre la barca y siguió a Lionel. Treparon por su valla, cruzaron corriendo el campo hasta el puente y se unieron al grupo de gente reunida en la barandilla sobre el río.

No muy lejos, Rachet tomaba el sol sobre las tejas. Sus ojos somnolientos se inclinaban como los de la diosa gata egipcia Bast, y su pelaje naranja y amarillo se confundía con las hierbas secas del campo. Estaba medio dormida, aunque con las orejas levantadas y atentas y los bigotes conectados a cualquier movimiento. La gente del puente intentaba rescatar a Coal Tar. Pero Rachet no se acercaría a su gatita mientras hubiera tanta gente.

Mike y Lionel se apoyaron en la barandilla del puente, intentando localizar al gatito negro del que todo el mundo hablaba. Mike por fin lo vio entre las ramas del sauce.

Es uno de los gatitos de Rachet. Lo reconozco, se dijo Mike. En voz alta dijo— Me pregunto cómo habrá llegado ahí.

—Un halcón la dejó caer, —dijo Lionel. Supuso, como muchos, que todos los gatos son hembras—. Es la única forma de que un gato llegue a una isla.

—Tal vez un búho, —dijo Mike.

—Tal vez alguien la arrojó allí, —dijo un hombre que los había oído.

—Tal vez, —dijo Mike.

—A la izquierda y abajo, —ordenó un hombre corpulento, que para diversión de los bomberos les estaba diciendo cómo hacer su trabajo.

—Bajadla ya, —llamó una mujer que también participaba en el rescate.

Alquitrán de Hulla, al ver que bajaban la escalera, se refugió entre los sauces y emitió un agudo grito de desesperación. Lo oyeron la mayoría de los gatos de la estación de Roxville, pero fue inaudible para los humanos.

Los observadores del puente vieron con tensión cómo bajaba la escalera. No era lo bastante larga. se quejaron.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?, —gritó una niña llamada Troy.

—Tenemos un kayak, —dijo Derek, uno de los dos chicos del instituto que estaban junto a ella—. Mi hermano y yo correremos por el río hasta la isla y la cogeremos.

—Oh, eso es genial, —dijo Troy.

—Cogeremos a tu gata, —le dijo Derek, y corrió colina abajo hacia su cobertizo para botes con su hermano.

—No es mi gato, —dijo Troy—. Pero lo quiero.

En el embarcadero, los chicos levantaron un kayak por encima de sus cabezas y lo llevaron a poca distancia por encima de la isla. Allí lo metieron en el agua. La multitud vitoreó.

En un santiamén, los chicos remaron hasta cerca de la isla, extendieron la mano y se agarraron a las ramas del sauce para arrastrarse a tierra. Coal Tar desapareció entre las ramas. El agua tiró con fuerza del kayak, los sauces se rompieron y los chicos siguieron navegando por el Olga. Río abajo, se bajaron y volvieron a subir en el kayak hasta el lugar donde lo habían dejado para intentarlo de nuevo.

La segunda vez no llegaron a la isla por un metro y se detuvieron en la orilla, debajo del puente, para volver a intentarlo.

—Pobre gatito, —gritó Troy desde el puente.

—Pronto va a oscurecer. ¿Qué vamos a hacer?"

—El agua es demasiado rápida para vadear hasta la isla, —dijo Aman.

—Y se va a poner más rápido, —dijo un oficial de policía junto a Troy—. Una gran tormenta se acerca. Dicen que caerán 15 centímetros, y 15 centímetros casi cubrirán la isla.

—Tenemos que hacer algo, —gritó Troy—. Haga algo, oficial. Haga algo, por favor. —El oficial se encogió de hombros.

—No vale la pena una vida humana, —dijo y se marchó. Troy se volvió hacia su padre, un hombre llamado Chávez—. La quiero, papá. Es tan dulce. Es sólo una gatita. La quiero, —suplicó—. Por favor, sálvala.

Mike pudo ver en la cara de Chávez que quería que su hija tuviera la gatita y la envidió.

Rachet había oído los estridentes sonidos ultrasónicos de las llamadas desesperadas de Coal Tar. Sonaban por encima del ruido de los rescatadores y del llanto de Troy. Pero la gente no podía oír el sonido. A medida que oscurecía, Rachet respondió esta vez a su llamada corriendo hacia un arbusto cercano a la madriguera de las ardillas, no lejos del agua.

Mirando a través de las hojas, vio Coal Tar en la isla. El agua a su alrededor era rápida y peligrosa.

Cubitera oyó esos mismos "gritos de desesperación" desde su nido en las rosas multiflora donde amamantaba a cuatro crías. Aunque el gatito que lloraba no era suyo, era un llanto universal de los gatos y la puso ansiosa. Sacudiéndose a sus crías, ahora satisfechas, corrió hasta el borde del parche de rosas silvestres y desde allí hasta la orilla del río. Los chicos del kayak pasaron a toda velocidad, con sus remos centelleantes, mientras intentaban por tercera vez sortear la corriente. Gritaron y rieron. Aterrorizada, Cubitera se zambulló bajo las rosas silvestres y volvió a su nido. Se acurrucó alrededor de su cría.

Al tercer intento, los chicos remaron hasta la isla y se agarraron a los sauces, pero antes de que pudieran varar la barca, ésta se precipitó río abajo con los chicos sosteniendo sauces rotos en las manos.

Un hombre que estaba en el puente vio cómo el kayak no llegaba a la isla por tercera vez y bajó una cesta con una cuerda. Pensó que el gatito tenía hambre y saltaría a la cesta para comer. La cesta quedó colgando del puente a unos cuatro metros de la isla.

Queenella lo oyó, pero no le importó. Era demasiado vieja. Su época de gatitos había terminado. Estaba dormida en su primer hogar, en el sótano de la casa encantada. Había sentido la baja presión de la tormenta que se avecinaba y se había refugiado. El oficial, con su acceso a la estación de radio meteorológica, y Queenella, con su cuerpo sensible, tenían razón. El sol desapareció, el cielo se oscureció y los truenos retumbaron entre las nubes. Coal Tar se arrastró hacia los sauces.

Grandes gotas de lluvia cayeron de repente, haciendo que lo que quedaba de la multitud en el puente corriera a refugiarse: Mike, Lionel, Troy y los bomberos, entre ellos. Rachet, con un ojo y una oreja en la guarida de Shifty y

otro en la isla, se quedó bajo las grandes hojas de una col zorrillo en la orilla del río.

La lluvia arreció durante todo el atardecer y la noche. Se metió en el río, elevando el Olga tres pulgadas, luego cuatro, luego seis. Coal Tar subió a las ramas de los sauces jóvenes y se sacudió la lluvia del pelaje. El Olga subió aún más.

A las dos de la madrugada, un vehículo de dos por cuatro se estrelló contra los sauces de la isla y se atascó contra sus ramas. Una caja chocó contra la madera y encima se amontonó un cobertizo para botes que se caía a pedazos. El agua corría a torrentes por encima y alrededor de ellos. Coal Tar se arrastró por los sauces y alcanzó una viga del desván del cobertizo. Mojado y tembloroso, observó el diluvio a su alrededor.

La noche era larga. Rachet se alejó del río a medida que éste crecía, pero mantuvo sus ojos verdes fijos en el gatito del desván del cobertizo.

Coal Tar se aferró a su sitio en la viga de arriba. En altos decibelios, "maulló".

Hacia el amanecer, un árbol que había sido arrancado de raíz se vino abajo con la crecida y se alojó contra el cobertizo para botes. Bloqueaba el río a un lado de la isla y llegaba desde la orilla hasta la isla. Coal Tar volvió a "maullar". Para entonces había dejado de llover.

Rachet se arrastró por la orilla del agua, pero tres personas lo asustaron y lo devolvieron a la cubierta de hojas. Chávez y su hija habían regresado y llevaban a otro hombre con ellos. Bajaron por el terraplén con botas y ropa impermeable. Chávez hablaba de cómo podría vadear las rápidas aguas hasta la isla con una cuerda si su amigo le sujetaba un extremo.

—Esto es una locura, —dijo Pete, el amigo de Chávez—. Ningún gato vale esto.

—Mi hija sí, —dijo Chávez, y se ajustó el abrigo. Se pararon junto al río crecido y Chávez cogió un extremo de la cuerda.

En ese momento oyeron rodar piedras detrás de ellos, y por la pendiente bajó Mike. Vio lo que Chávez y su compañero planeaban y, temiendo por ellos, miró el árbol caído y tuvo otra idea.

—Voy a por el gatito, —dijo—. ¿Alguien tiene una bolsa de papel?

—Yo sí, —dijo Pete—. He traído mi almuerzo en él. —Mike lo cogió y, de repente, tan rápido como el vuelo de un pájaro, saltó sobre el tronco del árbol y se balanceó sobre el agua rugiente durante un instante.

—¡No lo hagas! —gritó Chávez, viendo lo que pretendía—. Yo la cogeré. —Vadeó hasta la orilla del río, donde el torrente casi le hizo perder el equilibrio. Se dio la vuelta.

Mike, bloqueando su mente a todo menos al árbol caído bajo sus pies, corrió rápidamente hacia la isla.

Entonces el pie derecho de Mike resbaló. Lo detuvo la rama de un árbol. Agarrado a uno de los sauces, trepó por sus ramas por encima de la isla inundada hasta el cobertizo para botes.

Chávez y Pete apenas respiraban. Troy había cerrado los ojos con fuerza.

—Gatito, gatito, —llamó Mike. Por una esquina de la estructura derruida asomó Coal Tar. La magia de aquel sonido era antigua e innegable. Mike esperó unos minutos, sacó la bolsa de papel del bolsillo de su abrigo y la abrió. Agarrándose a una rama con una mano, extendió la mano y depositó la bolsa en el suelo del desván devastado. Esperó.

Chávez y Pete no hablaron por miedo a desconcentrar a Mike. El agua fangosa se arremolinaba bajo el árbol y atronaba la mayor parte de la isla. Mike no se movió.

Después de largos minutos, Coal Tar olfateó la bolsa varias veces y se introdujo en ella a cuatro patas. Se puso a bailar dentro. Mike cogió la bolsa y al gatito. Cerró la bolsa, se soltó de la rama y volvió a la orilla del árbol caído. Corrió sobre el tronco y saltó a la orilla del río.

Presentó la bolsa a Chávez.

—Su gatito, señor. Lo llamo Coal Tar. No puedo decir su sexo.

—Cielos, —dijo Chávez—. Eso fue valiente. Gracias, gracias.

Troy, con su largo cabello suelto al viento, agarró la bolsa y el gatito. Los abrazó.

—Eres increíble, —le dijo a Mike—. Tenía tanto miedo por ti.

—¿Por qué? No tenía ningún problema. Lo haces todo el tiempo.

Troy miró hacia el río crecido y rugiente y hacia Mike.

Sacó a Coal Tar de la bolsa y le besó la nariz mojada. Coal Tar maulló, el maullido sólo para humanos.

Mike quedó fascinado al ver que el gatito de Rachet no era salvaje y escupía como ella, sino dócil y cariñoso. El gato salvaje que había en Coal Tar se había desvanecido, cubierto por esa maravillosa atracción de humanos y gatos a vivir el uno con el otro en sus propios términos. Volvió a maullar.

—Tienes un buen padre, —le dijo Mike a Troy y se dio la vuelta lentamente. No era la comida lo que había domes tocado al gato. Los gatos podían conseguirlo solos. Se volvió hacia Troy.

—Dale muchas bolsas de papel y amor, —le dijo. Como respuesta, Coal Tar dijo: "Miau".

—Oh, lo haré, lo haré, —respondió Troy.

En el arbusto Rachet oyó el "miau" y supo que su gatito estaba hablando con un humano. Coal Tar le estaba diciendo a Troy que sería un cariñoso

Las patadas y los armarios habían estropeado a Rachet, pero no a Coal Tar. Él llenaría una extraña y misteriosa necesidad tanto en humanos como en gatos.

Rachet se escabulló de la confusión y trepó al arce. Olfateó el hueco donde Ringx había criado a sus cachorros y se alegró de ver que ya no estaban.

Después de que sus cachorros de mapache crecieran, Ringx había abandonado el hueco del arce para estirarse en las ramas de los grandes árboles del bosque.

Rachet se arrastró hasta su madriguera y se quedó dormida, colgada como un trapo en la entrada.

Capítulo 16

Las aguas se calmaron y el verano avanzó: los lirios de día florecieron y germinaron. El encaje de la reina Ana empezó a florecer, apareció la vara de oro y el árbol que Mike había pisado al cruzar el río Olga se convirtió en un puente hacia la isla para las ardillas y Shifty.

Windy había abandonado la torre con su pareja después de que el huevo fuera aplastado por girarlo y criarlo. Habían vuelto a un dormidero en los acantilados sobre el río.

Un día, Mike subió a hurtadillas al ático de la torre para ver cómo estaban los búhos. Al ver que se habían ido y que el huevo estaba destrozado, pensó en arreglar la ventana rota. Pero las lechuzas, ¿dónde anidarían la próxima primavera? No había más graneros para ellos en Roxville. Esta parte de la casa no se usaba y bien podía entregarse a los búhos, pero la señora Matute no le daría dinero para arreglarla. Así que, en lugar de arreglar la ventana, puso un trozo de plástico en el suelo para mantenerla seca cuando hacía mal tiempo.

En los bochornosos días de perro de finales de verano, mientras Mike trabajaba duro en otro barco, Rachet dormía la siesta en la fresca infraestructura del puente y Shifty holgazaneaba bajo las parras de agridulce con sus frutos ahora amarillo-verdosos. Ringx estaba estirado en la rama de un árbol mientras Lysol permanecía en su fresca guarida subterránea. Los jóvenes cardenales, que hacía tiempo que habían abandonado el nido pero seguían formando un grupo familiar, seguían a sus padres en busca de semillas en el comedero de pájaros del patio donde vivía Flea Mercados. Abrieron el pico para sudar el calor.

Los algodoncillos se convirtieron en semillas y los susanos de ojos negros florecieron como mariposas naranjas y negras. Los pollywogs de los estanques se metamorfoseaban en sapos y saltaban a tierra en busca de moscas y pequeños escarabajos. Mike pasaba todas las mañanas de verano fuera, trabajando en el barco.

La señora Matute le había dado dinero para comprar papel de lija, masilla y pintura. Y ahora podía extender sus propios cheques para comprar comida enlatada para gatos. Colocó las latas detrás del gran arce al borde del patio, tal como había planeado.

Y Rachet por su parte en el esquema de las cosas simplemente cambió su Primera Casa a un lugar más fresco. Estaba más cerca de la casa encantada, bajo un arbusto de lilas muerto junto a la valla y el gran arce. Las enredaderas que habían asfixiado el arbusto lo convirtieron en un paraguas de hojas para protegerla de la lluvia y el sol.

Rachet hizo una cama debajo, y sin ser vista por pájaros, bestias y hombres, se revolcaba sobre su espalda durante el día, con las patas estiradas. Cuando no estaba dormitando y Mike estaba fuera trabajando, le clavaba los ojos y los bigotes.

Queenella había permanecido en el fresco sótano de la casa encantada. Vivía de los abundantes ratones que había cerca de la casa y ni siquiera echaba de menos a la Dama doblada. Se había adaptado a la realidad de la vida tras la construcción de la nueva estación cazando por su cuenta, por lo que no sentía ninguna necesidad de mudarse.

Cubitera, por su parte, trasladó su primer hogar de los arbustos del carril bici a la densa maleza junto a la casa de las dos hermanas en el bloque de Mike, desde donde tuvo que atravesar el territorio de Queenella para llegar a los ratones de campo. Y eso requería paciencia gatuna. Al final de una noche de caza, se detenía al llegar a la carretera de Queenella y localizaba a la señora a través de los bigotes, los ojos y el olfato. Cuando apareció Queenella, caminando a grandes zancadas por su pasarela privada, con la espalda recta y la cola extendida, Cubitera siseó. Queenella se sentó como una esfinge a la vista de Cubitera. Cubitera apartó la mirada. Entonces Queenella miró hacia otro lado, y Cubitera miró hacia atrás y Queenella miró hacia otro lado. Parecían ignorarse mutuamente, pero cada una estaba muy atenta a los movimientos de la otra. De repente, cuando Cubitera miraba hacia otro lado, Queenella se precipitó sobre la encrucijada y se deslizó hacia su casa. Con eso, Cubitera se levantó y cruzó tranquilamente la propiedad de Queenella. Cabizbaja, con la cola en movimiento, tomó su propia carretera hacia los matorrales junto a la casa de las dos hermanas.

Una noche, Queenella estaba al fondo de una pila de cajas de cartón cuando vio una rata. Se agachó. La rata la vio y se quedó inmóvil. Sabía que cuando se quedaba quieta se volvía invisible para sus enemigos.

Tenía razón, Queenella no podía verlo. Pero sabía que estaba allí. Esperó. La rata esperó. Pasaron largos minutos. La rata se rascó una pulga y Queenella

saltó. Con la pata derecha la agarró. La rata se retorció y mordió con saña, buscando su garganta con sus dientes de cincel. Ella rodó sobre su espalda, le golpeó con sus poderosas patas traseras y le mordió en la nuca. La batalla había terminado. Queenella se alejó de su conquista y se sentó. Se alisó el pelaje y se lavó las patas para relajarse de la emoción de la victoria.

Luego se levantó lentamente. No cogió la rata, sino que caminó deliberadamente hacia el pantano de los ciervos. Era vieja. Estaba cansada. Se hizo un ovillo, con las patas sobre el hocico, y no volvió a levantarse.

Windy voló sobre ella en blanco silencio. Las plumas de un búho están bordeadas de suaves púas que hacen que su vuelo sea silencioso. Siguió volando hasta posarse en el tejado de la torre. Trianguló con un sonido. Era Volton caminando por el sendero de Cubitera

De repente emitió un graznido, un grito de banshee de la selva, fuerte y desgarrador.

Despertó a la señora Matute y se sentó en la cama. Entonces volvió a oír el grito.

En el desayuno le dijo a Mike que realmente había un ghosi cerca. Lo había oído gritar como un loco.

Ahora, razonó Mike, era el momento.

—Señora Matute, —dijo—. Tengo que decirle que no hay ningún fantasma. Esos gritos y golpecitos que oímos antes eran lechuzas comunes. La lechuza común macho grita cuando está cortejando a la hembra. Ron, mi amigo que sabe mucho de aves, lo dijo. Los golpes eran las lechuzas chasqueando sus picos.

—Los búhos estaban aquí, anidando en la torre. Entraron por la ventana rota. Han abandonado la torre. El grito de anoche era un gato macho buscando a su hembra. Yo también lo oí. Los búhos se han ido.

Alice Matute dejó de untar mantequilla en la tostada, dejó el cuchillo y guardó silencio durante varios minutos. Luego volvió a untar la mantequilla.

—Me gustaría que lo siguiente que hicieras fuera arreglar el barco azul, —dijo, cambiando bruscamente de tema—. Podríamos usarlo aexl verano para

hacer picnics en las islas de la bahía a las que usted y el señor Matute solían ir remando.

Llegó el otoño. Mike volvió a la escuela. Rachet cazaba ratones en el campo por la noche y tomaba el sol en las tejas durante el día. Mike no la veía, aunque se quedaba cerca de la valla del campo de los Vinski cuando Mike y Lionel tiraban a canasta. Un sábado de octubre, cuando Mike estaba trabajando en el bote azul, escuchando a un grillo cantar despacio para indicar la temperatura, le pareció oír a Rachet. Hacía tiempo que no la veía y temía que alguien la hubiera adoptado, era tan rara y hermosa. Una vez pensó que tenía una mascota de exterior, pero ahora no estaba seguro. La comida para gatos que había colocado cuidadosamente detrás del arce para que la señora Matute no la viera había sido visitada por muchos animales, pero no sabía cuáles. No sabía cuáles. Mike estaba herido. Eso era una tontería. Intentó convencerse de que Ratchet sólo era un gato.

Sacó la pasta de calafatear, la metió entre dos tablas del fondo y se sentó en la hierba para alcanzar la parte inferior del barco.

De pronto, la cercanía del muchacho, la luz, el viento y el aire, todo se conjugó. Rachet se levantó y salió tranquilamente del paraguas de enredaderas. Mike oyó el susurro de la hierba y levantó la vista para verla cruzar el patio hacia él. Su pelaje naranja y amarillo brillaba como la luz del sol. Sus ojos verdes se clavaron en él. ¿Podría ser? ¿Le buscaba Ratchet?

De repente se sentó. Miró hacia otro lado. Miró hacia otro lado. Ratchet miró hacia atrás. Miró hacia atrás. Ratchet miró hacia otro lado. Entonces, por el rabillo del ojo, la vio correr hacia él, con las patas traseras a la altura de los hombros. No estaba cazando, y su cola estaba recta, sin dobleces en la punta.

Entonces Stalin saltó por la esquina de la casa encantada, arrastrando la correa. Se abalanzó sobre Ratchet. Ratchet le dio un zarpazo y se zambulló en la grieta de los cimientos de la casa encantada.

—¡No, Stalin! ¡No! ¡Perro malo, perro malo!

Mike cogió la correa de Stalin, tiró de él alrededor de la casa y bajó por la acera hasta casa de los Vinski. No estaban en casa, así que lo arrastró hasta su perrera.

—No, no, gato no, Stalin, —dijo mientras ataba la correa con fuerza a la anilla de la puerta de la perrera.

—La has espantado. Ahora nunca será mía. —Se sintió fatal—. Perro malo. Perro malo, malo.

Stalin movió la cola, ladró y se metió en su perrera.

Ratchet oyó el ladrido. Sonaba lejano y decía que el perro estaba atado y a salvo. Se quedó quieta en el pasadizo del muro durante unos instantes, luego salió tranquilamente y se escabulló por el agujero de la valla. Cogió su autopista de campo, ahora dorada -ocre por la ambrosía cargada de polen-, y se dirigió a las raíces que había bajo el árbol caído. Se tumbó boca abajo, con las orejas pegadas a la cabeza.

El resto del mes de octubre, Rachet buscó la orilla del río y construyó su primer hogar en las raíces del árbol. Mike buscó a Rachet pero no pudo encontrarla.

El viento arremolinaba las hojas caídas y los pájaros que se dirigían al sur tomaban rumbo hacia la parte más cálida del globo. Pensó que no volvería a ver a Rachet. Lavó los platos, hizo sus tareas y fue a la escuela. Pero su mundo era gris.

Un petirrojo que se marchaba tarde voló hacia los árboles cercanos a la casa encantada y se detuvo a pasar la noche. De repente vio a Rachet y voló hacia ella, acosándola con fuertes gritos, diciendo al vecindario salvaje que un enemigo estaba aquí: un zorro o un halcón. Entonces, tan repentinamente como comenzó a asustar, se detuvo. Rachet se perdió de vista. Estaba en el asiento del bote azul invertido para evitar al pájaro acosador.

Mike se tiró al suelo para guardar sus herramientas en la caja de herramientas cuando de debajo de la barca salió Rachet.

Se acercó a él y frotó la cabeza contra su muslo.

—Miau.

Mike oyó el anhelo en su voz y la tomó suavemente en sus brazos. Frotó su cabeza contra la de ella.

—Miau, —dijo.

Con esa palabra gatuna, Rachet dejó de codiciar la caja de trapos junto a las tuberías de agua caliente. Tenía un primer hogar mejor: Mike.

Una misteriosa y amorosa relación había comenzado y evolucionaría.

¿Por qué este libro?

Un día, la gata de mi hija, Trinket, bajó a sus gatitos por la escalera y los colocó en la alfombra delante de nosotros. Los admiramos como lo haría cualquiera y, cuando terminamos, Trinket volvió a subirlos.

A partir de ese momento, los gatitos estaban solos.

Yo estaba enamorada. Era una gata doméstica, solitaria, no un animal social como el perro. Sin embargo, se comportaba socialmente y nos presentaba a sus gatitos como una leona presenta a sus cachorros a la manada.

"El gato doméstico es mucho más que un solitario". Le dije a mi hija y empecé a tomar notas sobre el *Felis domesticus* Años más tarde me encontré con un libro de un científico alemán

que había estudiado el comportamiento del gato doméstico durante veinte años. Aprendí que los gatos tienen autopistas, puntos de caza y puntos para tomar el sol. Me había dado cuenta de esto mientras observaba de cerca

el comportamiento de un grupo de gatos callejeros alrededor de la estación de ferrocarril de North White Plains, donde tenía veinte minutos para esperar mientras hacía transbordo en un tren expreso a Nueva York.

Recientes científicos del comportamiento felino me han enseñado que los gatos son animales sensibles muy conscientes de su entorno. Con sus narices, bigotes, ojos, orejas y cuerpos, captan a la gente y sus artefactos. Cuando están al aire libre, son conscientes de las varas de oro, los ríos, los árboles, las mariposas y las tormentas, así como de las cuatro estaciones.

¿Qué mejor animal para mí, ecologista, para escribir que un adorable gato salvaje que vive al aire libre?

Y Mike, a quien Rachet eligió como persona, ¿quién es? Es cada niño que me escribe para decirme que sus padres no le dejan tener una mascota por diversas razones. Lo siento por ellos y espero que, como Mike, puedan tener una mascota "de exterior". Preferiblemente un gato doméstico que dé y reciba cariño sin perder su independencia y libertad.

Este es un libro que tenía que escribir.

Jean Craighead George